

EL INICIO DEL VIAJE

Langston Hughes

Francisco Javier Beltrán Cabrera
Cynthia Araceli Ramírez Peñaloza
Comps.



Universidad Autónoma
del Estado de México

EL INICIO DEL VIAJE

Langston Hughes



1920 28 /
/ 1921.
Cleveland



Universidad Autónoma
del Estado de México

Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales
Carlos Eduardo Barrera Díaz
Rector

Doctora en Ciencias Sociales
Martha Patricia Zarza Delgado
Secretaria de Investigación y Estudios Avanzados

Maestra en Administración
Susana García Hernández
*Directora de Difusión y Promoción
de la Investigación y los Estudios Avanzados*

EL INICIO DEL VIAJE

Langston Hughes

Francisco Javier Beltrán Cabrera
Cynthia Araceli Ramírez Peñaloza

Compiladores

Universidad Autónoma del Estado de México

Toluca, 2023

El inicio del viaje : Langston Hughes / Francisco Javier Beltrán Cabrera, Cynthia Araceli Ramírez Peñaloza, compiladores.

1ª ed.

Toluca, Estado de México : Universidad Autónoma del Estado de México, 2023.
240 p. : il. ; 23 cm.

Incluye referencias bibliográficas.

ISBN 978-607-633-709-7 (impreso)

ISBN 978-607-633-710-3 (PDF)

1. Hughes, Langston, 1902-1967 -- Crítica e interpretación.

PS3415.U274 A655 2023



EL INICIO DEL VIAJE

Langston Hughes

Francisco Javier Beltrán Cabrera
Cynthia Araceli Ramírez Peñaloza
Compiladores

Libro sometido a sistema antiplagio y publicado con la previa revisión y aprobación de pares doble ciego externos, uno de ellos forma parte del Sistema Nacional de Investigadores, nivel 1. Expediente de obra 365/03/2023, Dirección de Difusión y Promoción de la Investigación y los Estudios Avanzados, adscrita a la Secretaría de Investigación y Estudios Avanzados de la Universidad Autónoma del Estado de México.

Traducción: Cynthia Araceli Ramírez Peñaloza

Primera edición: 27 de octubre, 2023

ISBN 978-607-633-709-7 (impreso)

ISBN 978-607-633-710-3 (PDF)

D.R. © Universidad Autónoma del Estado de México

Instituto Literario número 100 Ote.

C.P. 50000, Toluca, Estado de México

www.uaemex.mx

Imagen de separadores: El Chicnauhtécatl, Luis Merlos Vega.

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Autónoma del Estado de México.

El contenido de esta publicación es responsabilidad de los compiladores.



Esta obra queda sujeta a una licencia *Creative Commons* Atribución-No comercial-Sin derivadas 4.0 Internacional. Puede ser utilizada con fines educativos, informativos o culturales, ya que permite solo descargar sus obras y compartirlas, siempre y cuando den crédito, pero no pueden cambiarlas de forma alguna ni usarlas de manera comercial. Disponible para su descarga en acceso abierto en: ri.uaemex.mx

Hecho e impreso en México

Contenido

- 13 Presentación
Carlos Eduardo Barrera Díaz
- 15 El Xinantécatl de Langston Hughes
Francisco Javier Beltrán Cabrera
- 39 Una ciudad desde los ojos de un poeta
Cynthia Araceli Ramírez Peñaloza

The Beginning of the Journey

- 65 In a Mexican City
- 71 The Virgin of Guadalupe
- 75 Up to the Crater of an Old Volcano
- 87 Mexican Games
- 91 The Gold Piece. A Play that Might be True
- 97 Poems
- 99 The Big Sea (fragments)

El inicio del viaje

- 145 En una ciudad mexicana

- 153 La virgen de Guadalupe
- 157 Escalando hasta el cráter de un antiguo volcán
- 169 Juegos mexicanos
- 173 La moneda de oro. Una obra de teatro
que podría ser cierta
- 179 Poemas
- 181 El gran mar (fragmentos)
- 227 Anexos
Francisco Javier Beltrán Cabrera

Este libro es resultado de aprovechar los hombros de gigantes que lo hicieron posible.

Tenemos mucho que agradecer a Jorge Guadarrama López, Guillermina Martínez Rocha y María Eugenia Monroy Moreno[†], por todo el apoyo y por la visión que tuvieron para que fuentes de conocimientos como las aquí editadas formaran parte del patrimonio de la institución en que laboramos.

El origen de este libro fue el archivo personal de Luis Mario Schneider, quien generosamente donó todas sus posesiones materiales e intelectuales a la Universidad Autónoma del Estado de México, confiando en Jorge Guadarrama y Guillermina Martínez como los albaceas ideales para esta voluntad testamentaria.

María Eugenia Monroy Moreno[†] nos ha brindado todas las facilidades para consultar el archivo de Schneider, además de que se ha asegurado de preservarlo en las mejores condiciones posibles en esta institución.

También se agradece a Patrick Duffey su valiosa ayuda con la traducción de una metáfora particularmente difícil en *The Big Sea*.

Honor a quien honor merece.

Presentación

El libro que en esta ocasión presenta la Universidad Autónoma del Estado de México (Uaemex), con el sello de su fondo editorial, da cuenta de la presencia en nuestras aulas de uno de los escritores más connotados de la literatura norteamericana y de la universal, Langston Hughes. En 1921 se le dio inscripción en el Instituto Científico y Literario “Ignacio Ramírez”, como lo constatan los documentos que se incluyen en los anexos de esta publicación. La importancia documental cede paso también a los textos literarios que a la edad de diecinueve años escribiera a propósito de nuestra ciudad capital y que fueron publicados el mismo año en dos revistas de larga tradición en la cultura afronorteamericana, las revistas *The Brownies’ Book* y *The Crisis*. Se incluye también una selección de fragmentos de su autobiografía, *The Big Sea* (1944), escrito y publicado en su etapa madura como escritor, donde reconstruye, a través de su memoria, los rasgos principales de nuestra ciudad: sus calles, casas y los nobles y agradables portales del centro de la entonces pueblerina ciudad de Toluca de hace más de cien años. Deambulan en estas páginas personajes y el ambiente del periodo. Por dichas dos razones, la Uaemex se enorgullece de esta publicación, que ofrece a la comunidad cultural de nuestro Estado para su regocijo y reconocimiento.

Además de la búsqueda realizada en publicaciones de la época y en nuestro vecino país, destaca el hecho de que las fuentes documentales más importantes que motivaron esta búsqueda fueron el Archivo Histórico y el Archivo “Luis

Mario Schneider”, que son parte del patrimonio cultural de nuestra casa de estudios. Vemos con satisfacción que su resguardo e importancia se revelan en esta publicación que el lector tiene en sus manos.

El rescate, presentación y edición ha sido realizado por dos de nuestros investigadores miembros de la comunidad de nuestra muy estimada Facultad de Humanidades, quienes guían al lector por estas páginas de indudable brillo literario y ofrecen los datos necesarios que contextualizan las páginas y ayudan a disfrutar la lectura.

Dr. Carlos Eduardo Barrera Díaz
Rector

El Xinantécatl de Langston Hughes

Francisco Javier Beltrán Cabrera

I

Siempre es oportuno releer a Langston Hughes. Para muchos ha sido el escritor norteamericano más leído, conocido y popular en el mundo hispánico a partir de la década de los años veinte durante el siglo pasado. Sus poemas merecieron sendas traducciones de los también afamados Jorge Luis Borges y Xavier Villaurrutia,¹ publicadas en las revistas *Sur* y *Contemporáneos*, respectivamente, en 1931. Notas periodísticas y traducciones de sus poemas acompañaron la fama del poeta negro más “importante” (Kutzinski, 2012: 57) de su época. De un total de 856 poemas escritos, han sido traducidos al español 164, según datos de Vera Kutzinski (2012), quien explica por qué fue el poeta más reconocido fuera de su país, inclusive más que en el propio. De ella también retomo la siguiente información: entre 1928 —año en que Hughes visita por primera vez Cuba— y 2004 se registran más de trescientas traducciones publicadas en Argentina, Brasil, Chile, Costa Rica, Cuba, El Salvador, España, México, Puerto Rico, Uruguay y Venezuela. También señala que después de 1967, año de su deceso, es el tercer poeta norteamericano más leído por los hispanohablantes, después

¹“Yo también”, “Poema”, “Plegaria”, “Nota de un suicida”, traducciones de Xavier Villaurrutia (Hughes, 1931: pp.157-159).

de Henry Wadsworth Longfellow y Walt Whitman. Solo para jugar con las estadísticas, en los apéndices de su libro, Kutzinski señala los títulos de los poemas, la primera vez que se publicaron en inglés, luego los títulos en español, el año y el país que lo publicó. De acuerdo con ello, los países hispanohablantes que lo han publicado son los siguientes: Argentina (108), México (95), España (62), Chile (15), Cuba (14), Costa Rica y Uruguay (13), Puerto Rico (3), Venezuela y Colombia (2). Donald C. Dickinson (1972) y Edward J. Mullen (1979) han publicado listados bibliográficos abundantes de la obra de Hughes publicada en español.

Además de su popularidad y su importancia en el terreno de las letras, Hughes fue un gran viajero, de lo cual son prueba fehaciente sus dos libros autobiográficos, además de los textos que son motivo de este libro. Mientras viaja tiene la facilidad para relacionarse con los artistas más relevantes de los lugares que visita, mira la realidad social, racial, cultural e histórica y expresa sus divagaciones en los hechos que narra (vive acontecimientos sobresalientes durante la primera mitad del siglo xx: la implementación del comunismo ruso en los primeros años treinta, los preparativos e inicios de la invasión japonesa en China, el auge cultural del México posrevolucionario y la Guerra Civil Española). A la par, por iniciativa propia, fue promotor de la cultura afroamericana, en especial del jazz.

El propósito de esta publicación es rescatar y visibilizar algunos de los primeros textos literarios de Langston Hughes, importantes por su valor literario y porque fueron escritos a partir de sus vivencias en nuestro país, sobre todo en la ciudad de Toluca, México. A juicio de D. Wayne Gunn, quien repasa una larga lista de escritores norteamericanos y británicos que conocieron o se establecieron en alguna región mexicana, Langston Hughes es “el primer escritor

importante que llegó a México durante este periodo [...] que apareció en la primavera de 1919” (Gunn, 1977: 101).

El tema de México es constante en la literatura escrita por extranjeros que han visitado el país en distintos momentos de su historia. Desde las crónicas de Indias (que fueron las primeras páginas escritas por los españoles, y que son producto del asombro de quienes se acercaron a la gran Tenochtitlán, a la vez que daban cuenta de las dificultades, las hazañas, los atractivos y afrentas que padecieron en su momento, y justificaban su intervención militar), muchos extranjeros han escrito sobre nuestro país en las distintas etapas de su historia. Cada uno a partir de su propio interés y con el afán de captar la naturaleza, la esencia política, cultural, y humana de ese mundo que han aceptado o rechazado.

Desde entonces es constante la curiosidad de los escritores visitantes: crónicas, relatos de viajes, cartas, reportes diplomáticos, etc., dan cuenta del paisaje, personas, vivencias, anécdotas, historias o simples reportes. Desearon conocer nuestras condiciones naturales o sociales, pensar y actuar para apropiarse, aunque sea por medio de la escritura, de nuestra realidad. Es decir, son muchos y de diversas nacionalidades e intereses. Por la relevancia y prueba de la diversidad, baste destacar la presencia de Alexander von Humboldt como muestra del interés que México ha despertado en las miradas ajenas.

A comienzos del siglo pasado, a partir de la Revolución Mexicana hasta la consolidación política de las instituciones, se desarrollaron otras expresiones que hicieron del momento una etapa diversa con propuestas estéticas y trascendentes en la cultura mexicana; desde el punto de vista cultural, las nuevas experiencias artísticas que florecieron durante los años veinte y treinta de la centuria del novecientos resultaron de gran atractivo para otros intelectuales provenientes del

exterior (como John Reed o Alma Reed). Cito nuevamente a D. Wayne Gunn para remitir al lector interesado en la presencia de escritores de habla inglesa en nuestro país y a modo de documentar el tema:

Si París seguía siendo el primer imán literario para el mundo, la ciudad de México vio entonces a expatriados como D. H. Lawrence, Katherine Anne Porter, John Dos Passos y Somerset Maugham, explorando sus calles, saliendo al campo y anotando sus impresiones para publicarlas. Con ellos llegaron muchos otros escritores: algunos mercenarios; otros, importantes solamente en su día, como Witter Bynner y Joseph Hergesheimer, y otros de un talento más amplio, como Langston Hughes, Kenneth Rexroth y Bruno Traven (Gunn, 1977: 93).

Cada uno trajo consigo una forma de ver, un punto de vista sobre los atractivos y agravios de nuestro país, lo que se proyectó en sus obras con temática mexicana. Así Lawrence vio el espacio adecuado para su utopía de una comunidad socialista diseñada desde su imaginación, y Traven, el más leído de los extranjeros que escriben sobre México, destacó los agravios étnicos y sociales de individuos, comunidades y regiones. Pero Langston Hughes es la personalidad literaria que nos ocupa.

II

James Langston Hughes nació el 1º de febrero de 1902 en Joplin, Missouri, Estados Unidos. Fue hijo de padres de raza negra (James Nathaniel Hughes y Carrie Mercer Langston Hughes), ascendencia que lo marca fuertemente en su vida personal y como poeta, “El poeta negro” es casi

su seudónimo, pues el tema de la negritud es constante y razón de ser en su literatura. Incluso cuando viaja por el mundo este es su punto de partida para observar a las personas de color semejante al suyo; es determinante, los relatos sobre México no están exentos de ello. Muere el 22 de mayo por complicaciones en una operación de próstata en 1967. Fue un escritor prolífico. Como El Cid, ganó batallas después de muerto: se publicaron dos libros suyos en el año de su muerte.

A los trece años escribió su primer poema y fue reconocido por sus compañeros como el poeta de su clase, quienes aceptaron que solo él tenía el ritmo y la expresión propia para un discurso escolar, tarea que cumplió en los dieciséis versos que escribió a propósito y que fueron muy aplaudidos. El mismo Hughes menciona el hecho como el principio de una actividad que no terminará mientras viva. La escritura se convierte desde entonces en el vehículo a través del cual es posible recrear la vida y con ella el pensamiento, incluso vivir de la escritura, aunque siempre con dificultades.

Escribir fue su sinónimo de vida, o, mejor, su razón de vida; vida y escritura se acompañan en una línea poética donde resultan inseparables. La ansiedad de vivir y de escribir es la fuente de su prolijidad y es parte natural en su condición de poeta, pues no concibe la una sin la otra. Viajero incansable, toma nota de todo lo que vive. Nos lega, por ejemplo, dos obras que ilustran esta percepción: *The Big Sea* (1940) (*El inmenso mar*) y *I Wonder as I Wander: An Autobiographical Journey* (1956) (*Divago mientras vago. Un viaje autobiográfico*).² Remito al lector

² *El inmenso mar* se publicó, traducido por Luisa Rivaud, Editorial Lautaro, en Argentina en 1944. El otro libro autobiográfico cambió su título a *Yo viajo por un mundo encantado* editado por Compañía General Fabril Editora también en Argentina, en 1959, traducido por Julio Galer.

a esas páginas escritas de manera memorable como hecho artístico y fuente documental del periodo y de los lugares que visitó y vivió.

Cultivó diversos géneros; además del autobiográfico, escribe poesía, cuento, novela, teatro, musicales, artículos diversos; fue columnista semanal del *New York Post*, antologista y traductor de Federico García Lorca, Nicolás Guillén y autor de varias óperas. Entre sus textos más importantes están *The Weary Blues* (1926), *Fine Clothes to the Jew* (1928), *Not Without Laughter* (novela, 1930), *Dear Lovely Death* (1931), *The Dream Keeper* (1932), *Scottsboro Limited* (1932), *The Ways of White Folk* (cuentos, 1934), *Mulatto* (teatro, 1936), *Shakespeare in Harlem* (1942), *Fields of Wonder* (1947), etcétera.

La imagen del mundo que describe en el conjunto de su obra no es imparcial, se trata de la mirada atenta que nos enseña una manera de verlo; a pesar de los hechos y las vivencias que nos cuenta, la mirada de Langston humaniza y le da razón de ser a la diversidad de lo que percibe, con ello y un lenguaje adecuado lo convierte en literatura. Tal vez no haya mucha imaginación porque no la necesita, no hay que imaginar lo que a simple vista es perceptible, pero esa mirada convertida en escritura es un mundo lírico que se desliza resuelta y ágilmente entre las páginas que escribió y que, amable, nos comparte su lirismo. Su otro compañero de vida fue el jazz, que mucho le sirvió como carta de presentación en algunos lugares que visitó.

Esta percepción estética fincada en la realidad es una manera de afianzar su creatividad; establecida la línea general de sus temas como aspecto esencial se concentra en la creatividad y búsquedas formales. Hay en su manera realista de contar una organización formal de la mirada en la que son determinantes las imágenes, el ritmo y las descripciones que apuntan siempre al placer de leer y, en

su caso, de escribir. Esta postura contrasta con la búsqueda de las vanguardias que se expresaron en el primer tercio del siglo xx en Europa y América Latina. Los vanguardistas europeos y americanos rompieron con los moldes clásicos de la narrativa y la poesía para desaparecer toda preceptiva creada durante una larga tradición que sus militantes nunca reconocieron. La estética de Hughes es distinta porque viene de otros cánones y obedece a otras necesidades, aunque los une la búsqueda. Es decir, la diferencia y el contraste que apreciamos en este escritor norteamericano con respecto al modernismo tardío que le toca vivir en Toluca son notorios. Hughes se encarga de decirnos las fuentes de su estética temprana como lo anotamos más adelante.

El modernismo que se expresa en un lugar provinciano como Toluca no parece alterar su percepción estética. Al contrario, fue reafirmada su idea general de la cercanía entre el arte y la realidad, aunque más cercano al costumbrismo y su mirada antropológica. La búsqueda de Hughes consistió en afinar cada vez más su percepción del mundo y la soltura con que integró tradiciones y lecturas que mejoraron su escritura. Pero quiero adelantar que, en buena medida, su estancia en Toluca le permitió a este joven escritor ejercitarse con los medios que entonces le proporcionó el pequeño rincón provinciano. De ello da cuenta este libro.

En la escritura de Hughes domina una paradoja; por un lado, la creación artística que es sinónimo de belleza y, por otro, la realidad muchas veces dramática. ¿Cómo es posible? La escritura de este autor norteamericano es el aporte de un artista que prefiere ver en el mundo cotidiano el sesgo dramático que algunos asuntos tienen, como la constante temática de la negritud en su obra, asuntos realzados en un mundo que tiene muchos atractivos vivenciales y que

aprecia y disfruta. En ese sentido, en esta percepción estética, la realidad enseña mucho y tal enseñanza hay que descubrirla como se destapa un juego de naipes para revelar el resultado. En otros términos, leer a Hughes es valorar el mundo y disfrutarlo, sonreírle, en su variedad, finalmente es la humanización de esa realidad que su temática expresa.

Esta apreciación de Langston Hughes sobre su escritura es importante en la literatura que practicó durante su estancia en Toluca, pues forma parte del estilo delineado desde entonces. A partir de esta postura son explicables los textos que escribió entre los diecinueve y veinte años, textos iniciales, pero que a juicio de sus biógrafos tienen el impulso y el ritmo, la fluidez y el placer de contar lo que mira o de saber expresar lo que es objeto de su vista.

Cuando Hughes llega a Toluca, primero en 1919 y luego en 1920-21, ya traía consigo cierta experiencia literaria que se expresa en 1918, cuando publica cuentos y poemas en *The Belfry Owl*, revista colegial de la Central High School. Ya fuera del ámbito escolar publica en *The Brownies' Book* de la National Association for the Advancement of Colored People (NAACP) en 1921, sus primeros textos inspirados en la realidad de Toluca.

Otro de los medios para la divulgación de sus textos fue la revista *The Crisis*, también de la NAACP, fundada en 1910 por el sociólogo, activista e historiador estadounidense W. E. B. Du Bois.³ Esta revista, además de divulgar la expresión artística de las personas de color, ayudó a dar voz a las injusticias derivadas del racismo. En esta revista

³ Williams Edward Burghard Dubois (Massachusetts 1868-1963 Acora, Ghana), editor de *The Crisis Magazine* por treinta y cuatro años, escribió *The Soul of Black Folk*, su libro principal.

Langston Hughes dio continuidad a la publicación de sus poemas y textos cortos.⁴

El estilo literario inicial de Hughes en Estados Unidos se acerca mucho al jazz, compone poemas jazzeros en los que recrea las tonalidades rítmicas del *Harlem Renaissance* o *New Negro Movement*. Este movimiento artístico tuvo gran importancia para la comunidad afroamericana y para el propio Hughes, pues incorporó a la poesía el mejor logro musical de la raza a la cultura norteamericana y que abrió paso para su expresión individual. Sin embargo, las grandes y primeras influencias dentro de la literatura estadounidense, a juicio de sus críticos (Mullen, 1977), son: Carl Sandburg (1878-1967), Nicolas Vachel Lindsay (1879-1931), Edgar Lee Master (1868-1950) y Walt Whitman (1819-1892). Destaco al muy importante Guy de Maupassant, a quien leyó por los migrantes rusos, polacos y alemanes que conoció en Central High School:

I think it was de Maupassant who made me really want to be a writer and write stories about negroes, so true that people in faraway lands would read them—even after I was dead (Mullen, 1977: 10).

Pero la poesía de Langston Hughes va más allá de estas influencias. Su tradición más importante y fuerte es la poesía negra en Norteamérica. En esta tradición son dos sus aportaciones más reconocidas: asimilar a los poetas negros que le precedieron, aquellos que abrieron camino en una historia paralela a la de los negros en Norteamérica, buscando lo propio en un país extraño que los relega a desechos humanos; lo propio le viene de raíces africanas

⁴ El lector puede consultar el lugar de publicación, fecha y título, entre otros datos, en la cronología elaborada para tal propósito que aparece al final de este libro.

y una lengua llamada criolla y sus variantes, lugareña por versar en una mezcla de africanismos y norteamericanismos. Esa fue la ruta marcada por sus predecesores. Ante ello, y este es el segundo aporte, Hughes se inclina por tomar los ritmos de la música negra y el inglés como lengua. Es decir, al escribir en inglés opta por declararse norteamericano, más exactamente afroamericano. Su poema “Yo también soy América” tiene este sustento.

Yo también canto a América

Soy el hermano oscuro.
Me mandan a comer en la cocina
Cuando llegan visitas,
Mas yo me río
Y como bien
Y crezco fuerte.

Mañana
Me sentaré a la mesa
Cuando lleguen visitas.
Entonces,
Nadie se atreverá
A decirme
—“Ve y come en la cocina”.

Además,
Verán que soy hermoso
Y se avergonzarán.

Yo también soy América.

La primera persona con que se inicia el poema (como Walt Whitman en *Canto a mí mismo*) es el “hermano oscuro”

que “también” canta a América. Una subversión declarativa inicial a la que le sigue el tono risueño, humorístico y profético. El adverbio *también* reaparece en el verso final, concluyente, “soy América”. Va implícita la ironía en la construcción del poema. Obsérvese el manejo de los espacios que son parte de la significación y énfasis del contenido. Si a estos aspectos agregamos la dosis de lirismo que contiene, entendemos la modernidad de la poesía de Hughes en esta tradición de la poesía negra. Lo lírico es posible ejemplificarlo mejor en el siguiente poema breve, en traducción de Xavier Villaurrutia, cuya prosopopeya destaca como atributo poético:

Nota de un suicida

La serena,
fría cara del río
me pidió un beso.

Otra modalidad estilística de la poesía de Hughes, que ya se ha mencionado, es tomada del jazz; consiste en la repetición de los versos, luego el cambio a un tercero que le agrega y enfatiza la estrofa. El efecto —musical, persuasivo, suave y novedoso— nos lleva al final del poema como un círculo que cierra el tema, en este caso, de la nostalgia y de la risa.

Blues de la nostalgia

El puente del ferrocarril
Es un canto triste en el aire
El puente del ferrocarril
Es un canto triste en el aire
Cada vez que pasa el tren
Tengo ganas de irme a otra parte.

He bajado a la estación;
Tenía el corazón en la boca
He bajado a la estación;
Mi corazón yacía en mi cama.
Buscaba el vagón del correo
Para rodar hacia el Sur.

Blues de nostalgia, Señor,
Que terrible cosa.
Blues de nostalgia, Señor,
Que terrible cosa.
Para impedirme llorar
Abro la boca y río.

III

México es una presencia constante en la vida de Hughes. Vino a México junto con su madre, por primera vez, en 1905 y en 1907 regresan a Lawrence, después de la definitiva separación de sus padres; la segunda vez, en junio de 1919, cuando su padre lo invita a Toluca y pasa por él a Cleveland, Estados Unidos. En ese mes llega a Toluca, pasa julio y agosto; regresa a Cleveland en septiembre —Hughes describe una estancia que su padre hizo desagradable—; y la tercera en 1920 con la intención de buscar apoyo económico del padre para continuar sus estudios, estancia que se prolonga hasta algunos meses de 1921. De este año tenemos otra constancia de la presencia de Langston en la capital del Estado de México, por su solicitud de ingreso como alumno en el Instituto Científico y Literario del Estado de México; es aceptado en calidad de oyente en las materias de Francés y Química, esta última de gran interés para el padre, como se advierte más

adelante.⁵ En el verano de aquel año es cuando escribe la mayoría de los textos que en este libro presentamos.

Quizá el viaje más provechoso en términos culturales y placenteros para Hughes fue en 1934-35, pues vive el explosivo ambiente cultural de mediados de los treinta en México, rico en expresiones pictóricas, literarias y musicales con las cuales tuvo cercanía y con los protagonistas de ese momento. Conoció a pintores como José Clemente Orozco, David Alfaro Siqueiros, Roberto Montenegro y Diego Rivera. Cerca del mercado de La Lagunilla rentó una habitación con Henri Cartier-Bresson, fotógrafo francés, y con Andrés Henestrosa, escritor y académico oaxaqueño. Este trío realizó excursiones a Taxco, a Guadalajara y a “mi viejo hogar” de Toluca (Hughes, 2013: 306). Cabe considerar que la revista *Contemporáneos* publicó textos suyos con traducción de Xavier Villaurrutia (1931); Salvador Novo (1931) también le dedicó páginas a propósito de su obra poética. En México, fue creciente su popularidad como poeta y, para algunos, el poeta negro más conocido en América Latina, debido a la presentación como gran poeta en el medio cultural mexicano que lleva a cabo José Fernández de Castro, diplomático cubano a quien Hughes había conocido en Cuba.

En 1953 está solo un día en Ciudad Juárez, Chihuahua. La última visita de Hughes a México es en 1962. Es decir, México no le fue nada ajeno.

De estos viajes a nuestro país, la visita más importante a Toluca, y significativa en su carrera de escritor, ocurrió de junio de 1920 a septiembre de 1921, quince meses, que sumados con los cuatro que vivió en 1919, son poco más de año y medio que Langston Hughes recorrió la ciudad capital del Estado de México, tiempo suficiente para una inteligencia como la suya de aprender la lengua española.

⁵ Ver la cronología en los anexos de este libro.

Más tarde confesará que leyó *El Quijote* de Cervantes en español, lectura que lo llevó a crear su personaje llamado “Simple” y después a traducir al inglés el *Romancero Gitano* y *Bodas de Sangre* de Federico García Lorca y poesía de Nicolás Guillén.

¿Por qué llegó a Toluca? Su padre fue auxiliar del responsable de la planta de luz eléctrica de Toluca, aproximadamente de 1919 a 1921 (Mullen, 1977: 17). La Compañía de Luz y Fuerza Eléctrica de Toluca, cuyos propietarios fueron los hermanos Alberto y José Arcadio Henkel, empresarios muy conocidos por los mexiquenses, se mantuvo hasta 1927 (Birrichaga, 1996: 10s). Diana Birrichaga Gardida (1996), en su ensayo “Grupos empresariales en la industria hidroeléctrica”, relata la importancia que tuvieron estas compañías de capital local para el desarrollo social y económico de la zona que atendieron, pero también señala que las compañías extranjeras fueron apropiándose de ellas con el paso del tiempo. Finalmente, la compañía de más larga presencia en la región fue la Sultepec Electric Light and Power Company, empresa que compró la Toluca Electric Light and Power, fundada en 1903. Sultepec Electric Light and Power Company tenía derechos sobre el Río Verde o Temascaltepec, nombre donde se ubica esta bajada de agua del volcán Nevado de Toluca o Xinantécatl. Desapareció en 1912, cuando fue asaltada por los revolucionarios zapatistas. Sin embargo, es altamente probable que después del largo litigio iniciado por su propietario, el inglés John Gill, quien reclamaba al gobierno mexicano el pago de los destrozos hechos por los revolucionarios, este haya vendido a norteamericanos interesados que conservaron el nombre de la compañía, pero con las oficinas centrales en Nueva York. En su autobiografía *El inmenso mar*, Hughes menciona: “Mi padre llegó a ser gerente general de una compañía de luz

eléctrica que pertenecía a una sociedad norteamericana de Nueva York” (Hughes, 1944: 43).

El padre de Hughes poseía propiedades en la Ciudad de México y un gran rancho en las montañas a 150 kilómetros de la capital del país, a la que se refería como “plantación en Toluca” (Rampersad, 2002: 32).⁶ Es descrito por su hijo como una persona que gustaba de ganar dinero y guardarlo; practicaba la usura, prestaba dinero y reclamaba hipotecas, pues en México le permitieron practicar “leyes”, a decir de Hughes.

La ambición del padre de Langston corrió a la par del desarrollo minero en auge en México a partir de la Primera Guerra Mundial y de las concesiones del Gobierno mexicano, pese a las limitaciones a los extranjeros que la Constitución de 1917 establecía, como el principio constitucional de que los bienes territoriales son propiedad de la nación. La inversión de las compañías mineras era posible recuperarla en muy poco tiempo. Las ganancias se duplicaban rápidamente, en la historia de la minería en México es un hecho común, pasa hoy en día. El señor James Nathaniel Hughes llegó, con la ambición de enriquecerse, al Estado de México en el tiempo y en un lugar adecuado para hacerlo rápidamente. El mayor número de concesiones para la extracción de oro y plata, además de otros minerales, está ubicada en la zona de Temascaltepec, Sultepec y Zacualpan, esta última la de mayor número (94 en total, actualmente). La “fiebre del oro” le hizo trazar el plan de que su hijo Langston estudiara ingeniería en minas para asegurar el éxito y el futuro familiar de su plantación minera, razón paterna que explica las invitaciones al hijo

⁶ Arnold Rampersad anota que tal plantación se encontraba en Temascaltepec, México: “In addition to the Toluca house and the property in Mexico City, Jim Hughes also owned a large ranch in Temexcaltepec, in the mountains” (2002: 32).

para que viajara a Toluca. Hughes hijo se negó, pues quería ser escritor. La desavenencia duró toda la vida.

Producto de este distanciamiento, el joven escritor ganó en independencia. Ante la negativa paterna de apoyarlo económicamente, Langston Hughes comenzó a ganar su dinero en Toluca enseñando inglés a particulares y en la Academia Comercial “Isaac Pitman” del señor Luis Tovar y Arzate (Pérez, s.f.: 182), también en la escuela superior de niñas de la señorita Padilla; pasea por los portales (temática de uno de sus textos que acá presentamos), asiste a las corridas de toros en la Ciudad de México (fragmento narrado en *El inmenso mar*, y que también se presenta en estas páginas) y observa y escribe sobre las costumbres y acontecimientos importantes de la vida cotidiana de la ciudad de Toluca. Es decir, ensaya y demuestra sus deseos de ser escritor.

Finalmente, se embarca en Veracruz para viajar a Nueva York en septiembre de 1921. Por primera vez, escribe, conoce el océano, cuyo paisaje le será familiar en varios de sus viajes.

De este tiempo, de 1920 a 1921, destaco la anécdota del momento en que crea el poema “El negro habla de los ríos”. En su libro autobiográfico *El inmenso mar* relata que escribió el poema mientras comenzaba su viaje de San Luis (Missouri), poco después de cruzar el puente del río Misisipi, hacia Texas cuando se dirigía a México a encontrarse con su padre. Alude a su sentimiento de desdicha como fuerte motivadora de la escritura de muchos de sus poemas.⁷ El poema es catalogado como uno de los mejores de juventud, se ha escrito que tales versos son un tributo

⁷ Raúl Ortiz Ávila afirmó en “El ruiseñor y la prosa” que “En Toluca germinó su famoso poema al río Misisipi, escrito mucho antes del poema que lo llevó a la cumbre de la fama ‘Yo también soy América’” (1952: 12), dato que no coincide con las palabras de Hughes.

épico a la universalidad de la raza negra. Para Jean Wagner el poema “proclama la existencia de una unidad mística entre los negros de todos los lugares y de todos los tiempos” (Dickinson, 1972: 14).

IV

La presente publicación pretende rendir tributo a la cortesía de uno de los más destacados escritores que nos han visitado y cuya estancia es productiva tanto para los locales como para este visitante. Leer estas páginas a más de cien años de distancia, escritas con la ansiedad de un viajero por recuperar el momento y la coincidencia con la vocación del escritor que “ensaya” el criterio fundamental de sus páginas autobiográficas y el inicio de una madurez literaria es siempre reconfortante y necesariamente actual. Hughes tuvo el tino de referirse a hechos que vivió y que sin embargo siguen siendo, a pesar del tiempo, práctica frecuente y cíclica de valores y costumbres. Leer estas páginas es también un modo de reconocernos.

Es importante agregar que cinco fragmentos con temática de su estadía en el Valle de Toluca y México, pertenecientes a su autobiografía *El inmenso mar*, aparecieron en el suplemento cultural de la revista *Siempre!*, cuyo director era José Pagés Llergo.⁸ En esa ocasión se

⁸ El director del suplemento “La Cultura en México” era Fernando Benítez, Jefe de Redacción José Emilio Pacheco, Director Artístico Vicente Rojo. El ejemplar anuncia en su portada las recientes muertes de dos grandes escritores norteamericanos: Elmer Rice, con nota de Rodolfo Usigli, y Langston Hughes de quien José Luis González escribe una reseña biobibliográfica y selecciona cinco fragmentos en español de su libro autobiográfico *El inmenso mar*, cuyos títulos son los siguientes: “Corridos de toros”, “Una gringa en Toluca”, “Una tarjeta de Cuernavaca”, “El paseo” y “De vuelta a casa” que publica con el título genérico de “Páginas mexicanas”; una

entiende que los textos fueron traducidos por José Luis González, escritor portorriqueño. Con todo y el prestigio del autor de *Mambrú se fue a la guerra*, nuestra traducción se justifica porque la hace una toluqueña, amante de su terruño, que además de dominar el inglés curioseosa cuando un escritor norteamericano nos describe y que, además de tener de suyo los valores de esta región, tiene la capacidad para comprenderlos y recurrir a las técnicas filológicas para facilitar la lectura. En cambio, regresando al tema de los primeros relatos y poemas escritos durante su estadía en Toluca, es la primera vez que se publican en México en inglés y en lengua española. De modo que quien lee el inglés puede hacerlo porque esta edición es bilingüe y apreciar los valores lingüísticos y literarios particulares del idioma en que fueron escritos, o bien en la traducción en lengua española de Cynthia Araceli Ramírez Peñaloza. O en ambos casos.

Hughes concilió en Toluca su compromiso con la escritura y sus preocupaciones raciales. Se sorprende ante la poca preocupación del mexicano por su condición de moreno o mestizo, muy diferente del racismo dominante en su país natal. El otro contraste entre nuestra literatura y la suya tiene su explicación en la mirada antropológica que practicó en esos años y que transformó en imágenes y cuadros más que descriptivos que se formalizan en una narrativa de sucesos extraordinarios en un mundo también para él extraordinario. Este asombro y la delicadeza con que es tratado se identifica en los textos que se reúnen aquí, no solo por su temática y el hecho de que fueron escritos

segunda selección de cuatro de sus conocidos poemas de la negritud: “El negro habla de los ríos” (tr. de Xavier Villaurrutia), “Mestizaje” (tr. Emilio Ballagas), “Yo también canto a América” y “Tio vivo”. Significa que los relatos publicados en *The Crisis* y *The Brownies’ Book* han sido ignorados en el mundo hispano por más de cien años (González, 1967).

a propósito, o en el entorno de la ciudad de Toluca. Los relatos “En una ciudad mexicana”, “La virgen de Guadalupe”, “Escalando hasta el cráter de un antiguo volcán”, “La moneda de oro” (teatro) y los poemas “La nueva luna”, “Pregunta”, “Mujer de mercado mexicano” y “El negro habla de ríos” son también sus primeros escritos y por lo tanto la génesis de una literatura de valor y carácter universal fuera de duda.

V

Con los fragmentos traducidos de *The Big Sea* (*El inmenso mar*) es diferente. El libro fue escrito y publicado en inglés en 1940, aunque la ciudad de Toluca y los personajes y acontecimientos que describe corresponden a los años de 1919 a 1921. Se tradujo al español en 1944 en Argentina y no se ha vuelto a publicar. De ese libro existe un ejemplar en el archivo personal de Luis Mario Schneider. Así que los mexicanos, unos cuantos, lo conocemos. Ochenta años después los toluqueños podemos leer nuestro retrato en la traducción que ahora se presenta en estas páginas. Tal rescate nos lo permite.

Con el otro libro autobiográfico de Hughes, *I Wonder as I Wander: An Autobiographical Journey* (1956) (*Divago mientras vago. Un viaje autobiográfico*), también pasa algo diferente. Se ha traducido en España en 2013⁹ y su edición es asequible, y antes en Buenos Aires, Argentina, en 1959,¹⁰ con algunas notorias diferencias en el criterio de edición. En él los lectores pueden acercarse al paisaje cultural de la Ciudad de México de 1935. Ambos libros fueron escritos en la etapa madura de la obra de Langston Hughes.

⁹ *Divago mientras vago. Un viaje autobiográfico* (Hughes, 2013).

¹⁰ *Yo viajo por un mundo encantado* (Hughes, 1959).

El archivo personal de Luis Mario Schneider,¹¹ perteneciente a la Universidad Autónoma del Estado de México (Uaemex), conserva documentos hemerobibliográficos, la mayoría fotocopias, acerca de la obra del “Poeta Negro”, algunas copias de los poemas más antologados, notas manuscritas del propio Schneider, cinco textos mecanuscritos en español atribuidos a Langston Hughes, cuatro traducciones sin referencia bibliográfica de los siete textos de Hughes que se dan a conocer en estas páginas, versiones en español que la traductora de esta edición no conoció. El archivo muestra el interés de Schneider por Langston Hughes, así como la intención de publicar los relatos.

De la revisión de estos documentos surgieron las dudas, entre ellas si Hughes las escribió en español o en inglés, si eran inéditos o no, dónde se publicaron, si eran todos los relatos que escribió su autor durante los dos primeros años de 1920 en Toluca, así como la veracidad de las pertenencias del padre de Langston en Toluca y en la Ciudad de México. En esta tarea fue de gran ayuda la cronología escrita por Arnold Rampersad (2002) y la “Introducción” de Joseph MacLaren (2013) para la edición de *Divago mientras vago. Un viaje autobiográfico*, publicada por La balsa de la Medusa, editorial española. También ayudó de manera importante la licenciada en Letras Latinoamericanas Frida Sofía Mendoza de la Luz, quien con su habilidad para el rastreo de fuentes localizó las digitalizaciones de las publicaciones en inglés a las cuales el lector puede tener acceso hoy en día con los datos aquí proporcionados. Así se fueron aclarando dudas.

Años atrás, mientras se buscaban documentos que también atestiguaran la presencia de Gilberto Owen en el

¹¹ Tesoro académico cuya adquisición y conservación debemos al celo y visión de Jorge Guadarrama López, Guillermina Martínez Rocha y María Eugenia Monroy Moreno[†].

Instituto Científico y Literario, se encontraron los oficios fechados en enero de 1921 que documentan la presencia de Langston Hughes como alumno oyente en las materias de Francés y Química. En esos documentos se afirma que vivió en Toluca en la dirección Parque Reforma número 3,¹² frente al actual jardín donde se encuentra el Hemisclero a Juárez en la capital mexicana y que coincide con la descripción que hace del lugar donde está la que fue la casa paterna, muy cerca de la estación del tren que semanalmente abordó Hughes para viajar a la Ciudad de México los fines de semana, y visitar a las hermanas Patiño,¹³ amigas y representantes financieras para el cobro de las rentas de las propiedades que el padre poseía en la capital del país.

A la muerte del padre de Hughes, sus pertenencias pasaron a manos de estas tres hermanas, en la memoria de Langston Hughes. Este solo disfrutó de \$ 300.00 dólares que ya debía a la tía Sally, interesada también en la herencia, dinero empleado para pagar el viaje a la Ciudad de México y escuchar la lectura del testamento.

Por último, de los textos autobiográficos que Langston Hughes escribió sobre México, el mayor número de páginas de sus experiencias se refieren a Toluca. En *I Wonder as I Wander: An Autobiographical Journey*, que comprende los primeros años de la década de los treinta, relata las emociones que vivió en el mundo cultural de la capital mexicana. Pocas páginas, pero de vivencias intensas. Este detalle de tiempo entre el periodo que cuenta y cuándo fueron escritas define en mucho las características del

¹² Arnold Rampersad (2002: 32) anota la misma dirección “3 Plaza de la Reforma”.

¹³ De acuerdo con Arnold Rampersad (2002), se trata de “Dolores, Refugio y Rafaela Villaseñor Patiño”, quienes vivieron atrás de la Catedral en la Ciudad de México, en el número 16 de la calle Santa Teresa.

género autobiográfico que Hughes les atribuyó a estas obras. La crítica le reclama a Hughes que cuente más la experiencia que le da el viaje que las divagaciones que promete. Sin embargo, desde la perspectiva del autor, las divagaciones, si se entiende por ello la opinión sobre los lugares que describe, van implícitas en los sucesos de la narración, pues el narrador “vive” desde su yo cognitivo la parte de lo narrado, cumple así una de las primordiales leyes del género cuando protagonista, narrador y autor no son más que desdoblamientos del mismo yo.

Otro detalle importante que justifica la divulgación parcial de estos libros es que las traducciones realizadas en lengua española se publicaron en Argentina en 1944 y 1959. La traducción en lengua española más reciente está publicada en Madrid, España, en 2013 (solo se publicó *I Wonder as I Wander: An Autobiographical Journey*). Como es explicable, los giros coloquiales y el léxico son propios del país que lo traduce. En México, con todo y que es el segundo país de habla hispana que mayor reconocimiento le tiene a Langston Hughes, y que entre sus páginas se alude a la vida mexicana de los años veinte y treinta, ningún traductor mexicano ha dedicado su tiempo a las páginas autobiográficas aludidas. Por ello también la afirmación de que son inmerecidamente poco leídas en nuestro país y que se justifica su relectura.

Debido a este interés por Hughes en el país sudamericano no dudo que Luis Mario Schneider, argentino, supiera de la importancia de localizar las prosas que se refieren a Toluca. Las notas manuscritas que se encuentran en su archivo son inquietudes sobre el lugar donde estaban las propiedades del padre de Langston, quiénes fueron las hermanas Patiño, la casa donde vivió en Toluca y otras más que seguramente surgirán en el lector de las páginas que aquí se difunden.

La ciudad de Toluca que retrata no se ha ido del todo, los toluqueños la reconocerán y agregarán los datos que hacen falta. Para otros lectores no toluqueños supongamos otro interés, pero el común denominador de este libro es el propósito de leer nuevamente a Langston Hughes y sus vivencias en nuestro país.

Fuentes

- AHPALM (Archivo Histórico Presidente Adolfo López Mateos) (1921), Universidad Autónoma del Estado de México, Fondo Instituto Científico y Literario Autónomo, Exp. 6566, fs. dig. 204-206.
- Birrichaga Gardida, Diana (1996), “Grupos empresariales en la industria hidroeléctrica”, *Boletín del Archivo Histórico del Agua*, año 3, núm. 8, México, septiembre-diciembre, pp. 10-11.
- Dickinson, D. Charles (1972), *A-Bio-Bibliography of Langston Hughes 1902-1967*, Hamden, Connecticut, Archon Books.
- González, José Luis (1967), ‘La muerte de dos grandes escritores norteamericanos’, “La Cultura de México”, *Siempre! Presencia de México*, suplemento cultural, núm. 278, México, 14 de junio, pp. v-ix.
- Gunn, D. Wayne (1977), *Escritores norteamericanos y británicos en México*, México, Fondo de Cultura Económica, Lengua y Estudios Literarios.
- Hughes, Langston (1931), “Yo también”, “Poema”, “Plegaria”, “Nota de un suicida”, traducciones de Xavier Villaurrutia, *Contemporáneos*, núms. 40-41, septiembre-octubre, pp.157-159.
- Hughes, Langston (1944), *El inmenso mar, una autobiografía de Langston Hughes*, Buenos Aires, Lautaro, Colección Mirajes.
- Hughes, Langston (1959), *Yo viajo por un mundo encantado*, traducción de Julio Galer, Buenos Aires, Compañía Fabril Editora.

- Hughes, Langston (2013) *Divago mientras vago. Un viaje autobiográfico*, edición e introducción de Joseph McLaren, tr. Mariano Peyrou, Madrid, Machado Grupo de Distribución, Colección La balsa de la Medusa, 190.
- Kutzinski, Vera M. (2012), *The Worlds of Langston Hughes, Modernism and Translation in the Americas*, Cornell, Ithaca / Londres, Cornell University Press.
- McLaren, Joseph (2013), “Introducción”, *Divago mientras vago. Un viaje autobiográfico*, tr. Mariano Peyrou, Madrid, Machado Grupo de Distribución, Colección La balsa de la Medusa, 190.
- Mullen, Edward J. (1977), *Langston Hughes in the Hispanic World and Haiti*, Hamden, Connecticut, Archon Books.
- Novo, Salvador (1931), “Notas sobre la poesía de los negros en la poesía de los Estados Unidos”, *Contemporáneos*, núms. 40-41, septiembre-octubre, pp. 197-200.
- Ortiz Ávila, Raúl (1952), “El ruiseñor y la prosa”, *El Nacional*, suplemento, México, 20 de abril, p. 12.
- Pérez, Ramón (s.f.), *Estampas toluqueñas*, Toluca, Ediciones del Gobierno del Estado de México, Dirección General de Hacienda.
- Rampersad, Arnold (2002), *The Life of Langston Hughes*, volumen I, segunda edición, Nueva York, Oxford University.
- Villaurrutia, Xavier (1931), traducción de “Yo también”, “Poema”, “Plegaria”, “Nota de un suicida”, *Contemporáneos*, núms. 40-41, septiembre-octubre, pp.157-159.

Una ciudad desde los ojos de un poeta

Cynthia Araceli Ramírez Peñalosa

Toluca —ciudad industrial, capital del Estado de México— no ha sido nunca un sitio turístico, pues no ha preservado su arquitectura colonial o decimonónica, excepto por algunos pocos rescates. No obstante, hace un siglo esta ciudad recibió la visita de un joven poeta quien, pese a todo, la retrató con singular belleza.

Langston Hughes publicó estos breves textos en Estados Unidos, tras volver de un viaje a México; Javier Beltrán me proporcionó una digitalización de los originales en inglés, y me honró con su confianza para que los tradujera. Mientras lo hacía, me tomé la libertad de cambiar el orden de los textos, seis de los cuales fueron publicados en 1921 y otro en 1922. Visto que son contemporáneos, los ordené por tema y género. El primer grupo está constituido por tres testimonios tipo crónica: “In a Mexican City” (“En una ciudad mexicana”), “The Virgin of Guadalupe” (“La Virgen de Guadalupe”) y “Up to the Crater of an Old Volcano” (“Escalando hasta el cráter de un antiguo volcán”); a continuación se encuentra “Mexican Games” (“Juegos mexicanos”), publicado en la columna Playtime (El recreo), en la que Hughes se dirige a los niños (“Dear Little Friends”) para compartirles tres juegos infantiles “which the children play in your beautiful neighbor country, Mexico” (“que los niños juegan en tu hermoso país vecino, México”), con la intención de que los disfruten.

Por tener también carácter infantil, sigue “The Gold Piece. A Play that Might Be True” (“La moneda de oro. Una obra de teatro que podría ser cierta”), que es el único texto aquí incluido en que se nota la juventud del autor, lo cual lo determina como un excelente testimonio para valorar la forja de este escritor. Bajo el título “Poems” (“Poemas”) se reúnen dos publicaciones con un total de cuatro textos líricos, de excelente calidad.

Finalmente, el libro cierra con la traducción que hice de algunos fragmentos de *The Big Sea*,¹ precisamente, como Javier Beltrán lo señala en su presentación, aquellos que se refieren a sus visitas a Toluca, visitas marcadas por la nefaria relación con el padre. Para contextualizar los fragmentos incluí algunos subtítulos de mi autoría entre corchetes; asimismo, cuando omití textos lo indiqué con puntos suspensivos, también entre corchetes.

Hughes transcribe las palabras en español que no tenían o tienen equivalente en inglés, las escribió en cursivas, y así las mantuve en la traducción. Se trata de sustantivos o expresiones referenciales. Además, también marcó en cursivas los términos que quiso destacar, como en “ganar dinero para *conservarlo*”, cuando se refiere a la avaricia de su padre, en contraste con los gastos de su madre y su padrastro para disfrutar la vida. Hay solo tres casos que no se corresponden con el resto de las expresiones referenciales escritas en cursivas en español en el original, cursivas que mantuve en la traducción.

¹ Como el lector podrá notar, hay distintas traducciones en español para este título. Javier Beltrán da como referencia *El inmenso mar, una autobiografía de Langston Hughes*, Buenos Aires, Editorial Lautaro, Colección Mirajes; mientras que yo empleo en español el título de mi propia traducción: *El gran mar*.

Toluca, la bella

En “In a Mexican City”, Hughes describe la ciudad de Toluca —siempre fría—, sus habitantes y sus costumbres: la gente pobre que camina descalza, pese al frío; las procesiones funerarias, a pie, con un grupo cargando el ataúd sobre los hombros (ceremonia que a la fecha aún puede verse, aunque no en la ciudad de Toluca, sino en las delegaciones que otrora fueron pueblos, actualmente absorbidos por la urbe); las mujeres con rebozos y los hombres con sarapes asistiendo a misa los domingos; así como las hermosas iglesias (de las pocas joyas arquitectónicas preservadas).

Una de las costumbres que le llamó la atención fue la celebración del Día de Muertos, que en México dura al menos dos jornadas, el 1º y 2 de noviembre. En su experiencia, el 1º de noviembre se celebraba el Día de los Santos Inocentes, muy similar al April Fools’ Day estadounidense; en esa fecha no se debía prestar nada, so pena de perderlo; en caso de recuperación, el objeto se devolvía en una cajita con juguetitos y el letrerito “pobre inocente santito”.

Actualmente, en México se reconoce el 1º de noviembre como el Día de Todos los Santos, y el 2 como el Día de los Fieles Difuntos. La descripción de Langston Hughes se parece más a nuestro Día de los Santos Inocentes, que se celebra el 28 de diciembre, en conmemoración a la matanza de Herodes tras el nacimiento de Jesús; si ese día se obtiene dinero o un objeto prestado, el recipiente puede decir: “Inocente palomita, que te dejaste engañar”, con lo cual indica que no hay deuda, además, hay bromas y noticias falsas, al igual que en la tradición estadounidense del 1º de abril.

De vuelta al testimonio de Hughes, dice que el 2 de noviembre se vendían pequeños ataúdes de cartón y

muñecas de papel vestidas como plañideras; lo más notable es la práctica de decir “me estoy muriendo” cuando se encontraban las personas en la calle, el primero que lo dijera debía recibir un regalo. Ahora solo podemos imaginar a las personas cargando regalitos en los bolsillos para estos encuentros, de los que ya no hay más testimonio que el registro de Hughes.

Desde 1932, y hasta nuestros días, durante la Feria del Alfeñique —que inicia a principios de octubre y termina el 3 de noviembre— sigue la venta de ataúdes de juguete, aunque predominan las calaveras —que antes eran de azúcar, pero que ahora han sido prácticamente reemplazadas por las de chocolate—, además de muchos otros dulces típicos con diversas figuras de animales o frutos.

La bendición de los animales también le llamó la atención; de las diversas fechas acostumbradas por la Iglesia Católica —17 de enero, el día de San Antonio Abad; 15 de mayo, día de San Isidro Labrador; y 4 de octubre, día de San Francisco de Asís— a él le tocó la primera, en este caso destaca que cada animalito —desde bueyes hasta conejos— tiene un listón colorido.

Otra descripción del patrimonio histórico del que quedan pocos vestigios corresponde a las antiguas casas toluqueñas, con corredores y patios interiores, donde, entre otros aspectos, notó que las casas contaban con cocina de humo; la descripción de esta y su uso es muy clara e ilustrativa. También retrató el centro de Toluca, los portales, las tienditas de abarrotes de las calles adyacentes, sus pintorescos nombres y la diversidad de productos que se podían adquirir.

Hasta hace algunos quinquenios, el tianguis de Toluca era muy grande e importante; la descripción de Hughes —aunque corresponde a otra ubicación del mercado— es similar a la imagen que tuvimos todos los que conocimos el

tianguis antes de que lo dividieran y reubicaran en distintos sitios lejos de la ciudad.

Durante las décadas de los sesenta y setenta, los habitantes del centro de Toluca realizaban las compras en dos mercados: el pequeño Mercado Hidalgo —sobre la calle del mismo nombre, entre Bravo y 5 de Febrero— y, a unas pocas cuadras hacia el noreste, el suntuoso Mercado 16 de Septiembre, en un hermoso edificio Art Nouveau —ubicado entre Juárez, Lerdo y Santos Degollado—, alrededor del cual se cerraban las calles aledañas para el tianguis de los viernes, posiblemente el que conoció Hughes.

En 1970, en las afueras de la ciudad, lejos del centro, inició la construcción del Mercado Juárez, el más grande en el estado, inaugurado en 1972 y que a la fecha sigue activo. Sus amplias explanadas fueron destinadas para contener el tianguis toluqueño de los viernes;² sin embargo, el crecimiento de la actividad comercial invadía las calles aledañas, que son vías de alta circulación.

El 17 de julio de 2006 (Gutiérrez, 2006), se vuelve noticia la decisión de las autoridades por concesionar la explanada del Mercado Juárez, lo cual implicaba nuevamente el traslado del famoso tianguis de los viernes. Pese a las protestas de los comerciantes y clientes, muchos de los puestos fueron reasignados a Palmillas, en el km. 8.5 de la carretera Toluca-Atlacomulco. El proceso fue muy complejo, visto que las autoridades solo reconocieron a poco más de ocho mil de los más de veinte mil vendedores que debían ser reubicados (González, 2006; Dávila y Chávez, 2007).

² Cabe reiterar la diferencia entre *mercado* —un edificio que está abierto todos los días, mayoritariamente con puestos fijos— y *tianguis*, que es un mercadito itinerante (tradicionalmente, porque el que acá referimos era enorme, otro ejemplo es el que se pone el 24 de diciembre en Cusco, Perú, inmenso), que se pone un solo día a la semana o en fecha de celebración especial.

La descripción de Hughes nos transporta a ese ahora ya perdido tianguis; quienes lo conocimos reconocemos la maestría con la que el poeta describe las frutas, el regateo, y hasta las compras “ecológicas”, pues el cliente o marchante³ debía llevar su canasta, saco o bolso de malla, e incluso hasta papel, pues “everything is sold without wrapping” (“todo se vende sin envoltura”).

Los personajes que interactuaban en el tianguis también están magistralmente retratados: la joven de clase alta seguida de sus sirvientes, las mujeres indias y sus variadas y pesadas cargas, los niños que buscan ganar algo de dinero cargando las canastas de los clientes (fenómeno que persiste en los mercados toluqueños), los mendigos y ciertas personas que se abrían paso a codazos para avanzar en el mar de gente que inundaba ese tianguis.

Además del atractivo de las mercancías —sombrosos, petates, nieves, panes, madera, carbón, por ejemplo—, sus palabras bosquejan con líricas imágenes las formas de transportarlas: un sombrero nuevo encima del viejo, cuando el cliente ha decidido estrenar, o bien, cuando el vendedor de sombreros decide cambiar de lugar, se pone todos los sombreros, uno encima del otro, “and goes walking down the street like a Chinese pagoda out for a stroll” (“y se va caminando calle abajo, como una pagoda china que ha salido a dar un paseo”). En su experiencia, lo que es muy pesado para ser llevado en la cabeza se carga en la espalda. Hay una preciosa carga que siempre se lleva a la espalda: el bebé, asegurado a su madre por medio del rebozo, práctica que aún puede verse, aunque cada vez menos.

³ *Marchante* es un término muy interesante, porque se empleaba tanto para el que compraba como para el que vendía, con una diferencia: usualmente el vendedor llamaba *marchantita* a la compradora (regularmente las mujeres hacían las compras), mientras que a la inversa se prescindía del diminutivo.

Mexicano, guadalupano

En “The Virgin of Guadalupe” se destaca el contraste físico entre los españoles (“blancos”) y “the brown men”, lo cual incluye el sincretismo religioso, acá presentado como transculturación:

After the coming of the Spaniards, who brought priests and missionaries, as well as soldiers to conquer Mexico, most of the subdued Indians were converted to the faith of the Catholics. The ancient Indian temples to barbaric gods were torn down by the Europeans who built new Christian churches in their stead. Thus it came about that the brown men learned to worship the saints and idols brought by the invaders and so forgot their old gods (Hughes, 1921e: 77).

La redacción, impecable, es intencionalmente antitética y anfibológica: México fue conquistado por medio de sacerdotes, misioneros y soldados; los antiguos templos dedicados a bárbaros dioses fueron destruidos y reemplazados con iglesias cristianas (usa el adjetivo *cristianas*, en lugar de *católicas*), lo cual pareciera ser algo positivo, pero el párrafo concluye reemplazando *indios* por *hombres cafés* y *españoles / europeos* por *invasores*, con el resultado de que los autóctonos “olvidaron sus antiguos dioses”, un olvido que parece ingrato, particularmente por el hecho de que aprendieron a adorar santos e *ídolos* ajenos.

Tras esta crítica introducción, Hughes relata la historia del supuesto milagro del Tepeyac, donde de nueva cuenta encontramos la oposición entre el humilde indio y ciertos encumbrados personajes, pero el contraste está más marcado que en las escenas del tianguis, pues en este caso los personajes están claramente identificados, con

la ironía de que “Su Excelencia” no es contactada por la deidad, sino que se entera del milagro vía el despreciado indio que no está considerado a su altura.

El relato está muy bien narrado, en la trama destaca la belleza de la Virgen, la perseverancia de Juan Diego y la incredulidad del obispo. Finalmente, Hughes describe la iglesia y el manantial que marcan el sitio de la aparición, así como las peregrinaciones anuales, cuya última parte del camino suele hacerse de rodillas.

Excursión al Xinantécatl

Al inicio de “Up to the Crater of an Old Volcano”, Hughes destaca la belleza del Nevado de Toluca, el Xinantécatl, al tiempo que relata las leyendas relacionadas con ese volcán. Mientras estudiaba en el Instituto Científico y Literario de Toluca, otros alumnos lo invitaron a un paseo de dos días para subir al cráter del volcán, invitación que aceptó con mucho gusto.

La descripción de los preparativos muestra la amabilidad y solidaridad de los jóvenes institutenses, así como el interés del visitante por conocer sus costumbres y disfrutar nuevas experiencias. El equipo básico para el viaje de cada estudiante estaba constituido por un *tompiate*⁴ con mucha

⁴ Actualmente el uso de los *tompiates* para cargas voluminosas ha desaparecido; en el Valle de Toluca se mantiene como el empaque natural para el queso de puerco (embutido preparado con la carne y piel de la cabeza del cerdo, sin leche, pese a la denominación con la que se conoce). En el *Diccionario de mejicanismos. Razonado; comprobado con citas de autoridades; comparado con el de americanismos y con los vocablos provinciales de los más distinguidos diccionaristas hispanoamericanos* (2000), *tompiate* es definido por Francisco J. Santamaría como: “Esportilla tejida de palma, cilíndrica y honda a manera de bolsa o morral, muy usada para guardar granos y cosas semejantes”. El *Diccionario del español de México* (2021)

comida, un sombrero de ala ancha, dos cobijas gruesas, cámara fotográfica, agua, un poco de coñac, una pistola y cebollas (cuyo olor permite combatir el mal de altura).

A las siete de la mañana, el grupo de cuarenta jóvenes partió en tren de Toluca hasta Calimaya, donde contrataron —previas negociaciones— tres burros, tres arrieros y un guía. Hughes notó el abuso a los animalitos, agobiados por la carga y azuzados por los arrieros, pero lo justificó por ser “strong sturdy little beasts” (“bestezuelas fuertes y robustas”), además, la sobrecarga a los burros significó la liberación del peso para los paseantes.

La primera parte de la caminata fue bajo los rayos del sol, en un polvoso camino bardeado por magueyes y nopales, lo que pronto agotó la ración de agua. Tras llegar a un río para beber y rellenar sus botellas o cantimploras, iniciaron el ascenso en el bosque, deteniéndose en otro espacio cerca de un arroyo, para almorzar y volver a surtirse de agua, pues no volverían a encontrar este líquido antes de alcanzar el cráter.

El ascenso continuó, haciéndose cada vez más difícil, lo que permitió a Hughes comprobar la eficiencia del olor de las cebollas para combatir el mal de altura. En esa montaña, sin senderos, el avance se complicaba por la presencia de enormes árboles derribados dos años atrás, debido a un huracán.

A las seis de la tarde acamparon en el sitio donde, debido a la altura, terminan los árboles, y ahí cenaron. Hubo relatos y canciones, hasta las nueve de la noche, cuando empezó la primera guardia para velar por el sueño

registra el cambio de tamaño, pero con diversos contenidos: “Tompiate / s m (También *tompeate*) / 1 Canasta pequeña, de forma cilíndrica, tejida con palma, muy flexible, que se utiliza para guardar tortillas, granos, frutas, etc: ‘Llegaban los campesinos tempranito y se instalaban en la plaza con sus *tompiates*’”.

del grupo, en caso de peligro. Al amanecer, continuaron el ascenso, hasta que llegaron a un punto en el que podían decidir si escalar uno de los picos volcánicos (lo que les permitiría ver el cráter desde lo alto) o rodear el pico para llegar al cráter desde su punto más bajo. El grupo se dividió entre ambas opciones; como era de esperarse, nuestro narrador-poeta eligió seguir escalando.

Para quienes se atrevieron a seguir subiendo, los obstáculos se incrementaron: el aire más ligero, el camino cubierto de rocas o grava, y hasta parches de nieve los hicieron escalar a gatas por tramos. El esfuerzo los recompensó con la vista del doble cráter, las dos lagunas del volcán, hoy conocidas como la del Sol y de la Luna. Desde ahí vieron al resto del grupo disfrutando de la rocosa costa de La Laguna Chica.

El descenso fue más rápido, no solo porque ahora estaban acicateados por el hambre, pues los burros se habían quedado abajo, sino porque se deslizaban entre las rocas y la nieve. Finalmente pudieron desayunar y disfrutar de la refrescante agua de la laguna, después de lo cual se lanzaron hacia las costas de La Laguna Grande. Las descripciones de Hughes son espectaculares, permiten sentir la experiencia como si uno la hubiera vivido ahí mismo, con el grupo. El circular relato termina como empezó: esperando en la plataforma del tren, mientras contemplan la majestuosidad del Nevado de Toluca; antes esperaban el tren de salida, ahora esperan el que los llevará de regreso. El dominio narrativo de este joven escritor es admirable.

Así juegan los niños

Cien años han transcurrido desde la visita del poeta a Toluca, y desde la publicación de los textos que consecuentemente

redactó; a lo largo de ese periodo resulta muy interesante ver los cambios en las rondas infantiles, además de los ya señalados en sus retratos de la ciudad y sus alrededores.

De los tres juegos presentados, solo uno es actual y ampliamente conocido —incluso registrado en el clásico *Naranja dulce, limón partido. Antología de la lírica infantil mexicana* (Díaz Roig, 1979)—, se trata de “Doña Blanca”, una dama acosada por un enamorado —que en el texto de Hughes es don Felipe Felipón—,⁵ pero defendida por la corte de doña Blanca, que en la versión actualmente conocida son los niños que se toman de las manos para formar un círculo alrededor de la dama. El siguiente cuadro muestra, en la primera columna, mi traducción de la versión registrada por Hughes; en la segunda, la versión que conocí de niña.

Traducción	Versión conocida
<i>La dulce doña Blanca está refugiada</i>	<i>Doña Blanca está cubierta</i>
<i>Dentro de paredes de oro y plata; El que la ama debe romper una ventana, para ver a la doña.</i>	<i>de pilares de oro y plata; romperemos un pilar, para ver a doña Blanca.</i>
Entonces doña Blanca pregunta	
<i>¿Quién camina alrededor de mi casa?</i>	<i>¿Quién es ese jicotillo que anda en pos de doña Blanca?</i>
Y el enamorado responde	
<i>Don Felipe Felipón.</i>	<i>Yo soy ese jicotillo que anda en pos de doña Blanca.</i>
Y la dama dice	
<i>¿Por qué, quién puede ser este gordo?</i>	

⁵ El jicotillo, en la versión que yo jugué en la infancia. Tanto los niños como las niñas hacíamos de doña Blanca o de jicotillo, sin distinción de género.

Y el pretendiente responde

Don Felipe Felipón.

Entonces todos los niños del círculo cantan

*Tú no puedes entrar a esta casa,
Don Felipe Felipón;
A menos que rompas una venta-
na, Don Felipe Felipón.*

El jicotillo pregunta
¿Y de qué es este pilar?
Los niños responden
De oro
El jicotillo replica
¡Ah, ese no lo rompo!

En la versión que yo jugué, el jicotillo sigue preguntando de qué es cada pilar, mientras toca o señala las manos entrelazadas de los niños, quienes agotan los materiales hasta llegar al papel, que el jicotillo rompe sin problemas, lo que le permite correr tras doña Blanca, hasta alcanzarla. Esto permite reiniciar el juego, eligiendo nuevos protagonistas como doña Blanca y el jicotillo.

Los otros dos juegos, “El burro perdido” y “El sacerdote y el profesor” (Hughes, 1921b: 18), no están registrados en la literatura ni son conocidos por los habitantes de la región. En el primer caso se trata de una versión del juego de las sillas, sin necesidad ni de mobiliario ni de música, pues los propios niños cantan, y se entrelazan las manos, en lugar de sentarse en una silla.

El último juego también permite a los niños divertirse sin necesidad de ningún equipo o mobiliario. En este caso hay tres protagonistas: el tendero, el sacerdote y el maestro. Resulta muy interesante cómo los dos últimos protagonistas son las figuras de autoridad que compiten entre sí, mientras que el tendero los reta a adivinar los

artículos que hay en su tienda, representados por el resto de los niños; ganará el que más compras realice.

La descripción de Hughes es muy clara y explícita, así como su atenta y amable invitación para que sus angloparlantes lectores disfruten estos juegos que sus cercanos vecinos practican.

Vanidad de vanidades

“The Gold Piece” es una pequeña obra de teatro que se centra en un conflicto ético entre gastar lo arduamente ganado en los sueños e ilusiones de un joven matrimonio de campesinos o donarlo a una anciana en extrema necesidad. La escena inicia durante el crepúsculo, a esa hora en que no es ni de día ni de noche, en que no hay claridad ni definición.

El contraste entre las ávidas descripciones de los objetos de lujo que serán adquiridos por el matrimonio contra la desesperanza de la anciana, que necesita ese dinero para que su hijo pueda ser operado contra la ceguera, está muy marcado, como también se destaca la presencia en el piso de la codiciada moneda de oro, alrededor de la cual los jóvenes bailan y sueñan lo que van a comprar con ella; moneda que es rápidamente recogida y escondida en el apretado puño del varón, cuando la fatigada anciana tímidamente toca a la puerta de su cabaña.

Tras conocer la triste historia de la anciana, los jóvenes niegan tener posibilidad de ayudarla, pese a que su atesorada moneda era todo lo que la visitante necesitaba para la operación de su hijo. Mientras la derrotada anciana se despide y emprende el camino de regreso a su propia casa, el joven matrimonio recapacita y decide renunciar a sus lujos y deslizar la moneda en el bolso de la anciana,

quien se retira agradecida, creyendo haber recibido un juguete para su hijo ciego.

La escena termina con la habitación en penumbra, solo iluminada por el débil fuego de la chimenea, que —tras el reconocimiento de la pareja de que su decisión final los ha hecho más felices que las posesiones materiales— incrementa su fuerza, calentando e iluminando por completo el espacio.

A black Spoon River

La culminación de la perfección literaria de todos los textos acá recopilados está en los poemas. “The New Moon” canta al amor joven en solo cuatro versos; pero esa luna nueva es al mismo tiempo vivaz y tímida, cabalga colinas, explora las nubes y “vela su rostro, como si fuera una virgen esperando a su amante” (“veiling her face like a virgin, / Waiting for her lover”). Saque el lector sus propias conclusiones.

En consonancia con la *Spoon River Antology* de Edgard Lee Masters, publicada en 1915, en el poema “Question”, de Hughes (1922: 210), los ocho versos cuestionan si tras la muerte habrá diferencia entre el blanco multimillonario o el negro que pizcaba algodón. Las palabras son fuertes, pero necesarias. En la misma línea, el tercer poema, “Mexican Market Woman” (Hughes, 1922: 210) retrata a una anciana mujer mexicana de piel oscurecida por el sol, que día a día vence obstáculos para poder ganarse el cotidiano sustento. Si bien no se trata de monólogos en epitafios, el cuestionamiento social está presente en breves y líricas imágenes.

Finalmente, llegamos al mejor de los poemas de esta selección: “The Negro Speaks of Rivers”. El poeta retrata los antiguos, históricos ríos que el sujeto lírico reconoce

alrededor del mundo, que además han alimentado su alma. El poema es el perfecto ejemplo de intertextualidad conforme a Kristeva (1967), pues el sujeto lírico entrelaza el tiempo y el espacio para constituir su existencia en íntima comunicación con los ríos y periodos más importantes en la historia de la humanidad, en particular los momentos que determinaron el destino de nuestros hermanos de raza negra, como la fatalidad de ser vendido al sur del Misisipi en contraste con la vida llevada al margen de los ríos africanos, Éufrates, Congo y Nilo.

La gente café

El árbol genealógico de Langston Hughes es una muestra pluriétnica que no debería asombrar a nadie; basta ver una foto del rostro del poeta para reconocer el crisol genético de sus raíces. Sin embargo, en la sociedad estadounidense, Hughes y su familia pertenecían a una minoría fuertemente discriminada; una de las razones para sus viajes era huir de ese acoso social.

No es de extrañar que el poeta se sintiera a gusto entre los mexicanos, mayoritariamente morenos; en sus textos destaca el color de piel, lo mismo que las condiciones sociales, porque se siente identificado, es evidente que las experiencias que marcaron su visita a México fueron muy distintas a las vivencias en su país natal.

En su narración sobre la excursión al volcán, destaca reiteradamente cómo experimentó la calidez humana, la camaradería de sus compañeros, amables, dicharacheros y parlanchines; esa experiencia le recordó otro viaje que hizo con jóvenes de piel oscura (requisito que no existía ni existe en México, aunque la discriminación en este país no es tema menor), a unas dunas en Estados Unidos. Desde su

perspectiva, la única diferencia entre los participantes de ambos periplos fue el idioma. Fuera de contexto, el lector moderno podría preguntarse por qué tanta insistencia en el color de la piel; incluso se podría considerar ofensivo referirse a los mexicanos como la gente café. Todo lo contrario.

Hughes publicó estos nueve textos en dos revistas dirigidas al público afroamericano: *The Crisis* y *The Brownies' Book*. En la primera aparecieron “The Negro Speaks of Rivers”,⁶ “The Virgin of Guadalupe”, y “Poems” —título bajo el cual se presentaron tres poemas: “Question”, “The New Moon” y “Mexican Market Woman”—; mientras que *The Brownies' Book* publicó “Mexican Games”, “In a Mexican City”, “The Gold Piece: A Play That Might Be True” y “Up to the Crater of an Old Volcano”.

The Crisis es una revista neoyorkina trimestral, órgano de la National Association for the Advancement of Colored People, asociación fundada por William Edward Burghardt Du Bois, connotado sociólogo y reformador social estadounidense, quien dirigió la revista de 1910 a 1934 (Rudwick, 2021).

Actualmente considerada la publicación afroamericana más antigua, *The Crisis* surgió con el propósito de combatir el prejuicio racial; la aceptación del público a quien iba dirigida fue total. De 1919 a 1926 tuvo como editora literaria a Jessie Redmon Fauset, quien dio el visto

⁶ A diferencia de la selección presentada en este libro, los nueve textos enlistados en este párrafo siguen orden cronológico de publicación (que solo en un caso difiere del criterio editorial del presente libro), a fin de apreciar las decisiones editoriales de cada revista. Reitero que, en mi opinión, “The Negro Speaks of Rivers” es, con mucho, el mejor texto de Hughes en esta selección; se trata de un poema publicado en *The Crisis* en 1921, cuando la editora literaria de esa revista era Jessie R. Fauset, a quien se debe el descubrimiento de este laureado poeta. Lamentablemente, la magnitud de la obra literaria y editorial de Fauset sigue esperando ser debidamente reconocida (Jerkins, 2017).

bueno al primer poema publicado en una revista de circulación nacional por Langston Hughes: “The Negro Speaks of Rivers” (Jerkins, 2017; Britannica, 2020).

The Brownies’ Book, otra revista neoyorkina publicada mensualmente —“A monthly magazine for children of the sun”, ‘una revista mensual para los niños del sol’—, tuvo solo veinticuatro números en dos volúmenes, de enero de 1920 a diciembre de 1921, cuyos editores fueron Du Bois y su pupilo Augustus Granville Dill, ambos pioneros en el logro de metas académicas entonces negadas a las minorías; intelectuales que predicaron con el ejemplo, como lo prueba esta revista, dedicada a difundir cuentos e historias dirigidos a niños afroamericanos, labor en la que Fauset fue pieza clave (Jerkins, 2017; Du Bois, 1920).

La historia de las minorías silenciadas a lo largo de los siglos se sigue descubriendo y denunciando. Langston Hughes fue parte de los valientes que se atrevieron a rebelarse contra la discriminación y la interdicción; los nueve textos acá reimprimos son testimonio del esfuerzo de Fauset, Du Bois, Dill y muchas otras voces que deben ser recuperadas y valoradas por su aportación, no solo al Harlem Renaissance, sino a la lucha por los derechos humanos

Un poeta que registra lengua oral

Varios términos registrados por Langston Hughes en estos textos fueron excelentes transcripciones de palabras que, evidentemente, nunca vio escritas.⁷ A diferencia de los

⁷ Por ejemplo, dudé mucho sobre la escritura del término *tompiate*, porque no recuerdo haberlo leído en ningún texto académico, aunque sí en los listados de alimentos de dos famosas y populares torterías toluqueñas. Lo interesante es que Hughes lo recogió en la forma más culta, con hiato, que es la opción que aparece en segundo lugar en el *Diccionario del español de México* (DEM, 2021), forma que, en la actualidad, es prácticamente

corpus del banco de datos que la Real Academia Española tiene a disposición de los estudiosos de esta lengua, desde sus primeros registros lingüísticos a la fecha, no sé cómo fijar la primera fecha en que se registra un préstamo en inglés. En “In a Mexican City” Hughes registra *serapes*, en cursivas, como si estuviera anotando *sarapes*, la palabra en español. Dejé su transcripción con nota a pie de página, porque no puedo demostrar cuándo entró el préstamo a la lengua inglesa. Caso similar es “*patio or court-yard*”, término para el que Hughes usó la palabra en español, junto con la traducción al inglés. Para distinguir el uso del término extranjero, lo escribió en cursivas. Actualmente, tanto *patio* como *serapes* son palabras ampliamente usadas en Estados Unidos.

También en “In a Mexican City” escribió *reboza* en lugar de *rebozo*, (“tied in her *reboza* or shawl”) vocablo que ajusté al uso regional. Otro término que usó para *rebozo* es *scarf*: “A rich señorita with her black scarf draped gracefully about her shoulders is doing the family buying”. En México, las bufandas no se ponen sobre los hombros; los rebozos, sí. Un último ejemplo de este texto es “The ice-cream man crying *nieve*”, donde se pone en evidencia la diferencia entre el helado a base de leche o crema y el tan popular mexicano a base de agua. En “Up to the Crater of an Old Volcano”, *Rudolfo*, cruce entre el nombre en inglés y en español, fue cambiado a *Rodolfo*. Lo mismo sucedió con el nombre de un torero en la selección de textos que traduje de su autobiografía *The Big Sea*.

Las tienditas alrededor de los portales son referidas por el poeta como “little *expendios*”; las frutas consignadas en su

inexistente en el habla popular del Valle de Toluca. El español mexicano privilegia el diptongo sobre el hiato, de ahí mi sorpresa ante el registro de Hughes, donde, además, hay una ere de origen desconocido: *trumpete*, posible cruce con *trumpet*, lo cual explicaría también el hiato.

descripción del tianguis son “red pomegranates [granadas rojas] and black zapotes [zapotes negros]; small, round melons [pequeños melones redondos] and fat little bananas [gordos platanitos] and the delicately flavored granada, which feels like a paper ball and has a soft seedy pulp inside [la granada de delicado sabor, que se siente como una bolsa de papel que adentro tiene una pulpa suave, llena de semillas]”. Nótese la diferencia entre las dos frutas que en español tienen el mismo nombre, *granada*, pero que Hughes presenta en inglés para la roja (*pomegranate*) y en español para la verdeamarilla, que es la que describe en sublime y metafórico detalle. En “The Virgin of Guadalupe”, usa otras dos palabras en español, *tilma* y *fiesta*, la primera de las cuales es exclusiva de México, mientras que la segunda también ha sido ya incorporada al léxico estadounidense. Hay más palabras en lengua española registradas por este joven enamorado de la experiencia de conocer otras culturas, placer que plasmó en escritos de gran calidad humana y literaria.

Un caso clásico de la versatilidad del inglés, donde el mismo término puede cumplir diversas funciones gramaticales, es la descripción que Hughes hace sobre cómo encender una típica estufa de leña: “One must fan and fan at the square holes in front until the charcoal on top begins to blaze”, donde “to fan” significa echar aire, pero con un objeto específico para ello, no un abanico, sino lo que en español de México se llama *soplador* o *aventador*.

Memorias de un poeta

Javier Beltrán decidió acompañar estos escritos con fragmentos de la autobiografía de Langston Hughes, los cuales me pidió seleccionar y traducir. Esta decisión ha

resultado fundamental para contextualizar esos escritos de juventud. Posiblemente lo más notorio es constatar que el joven poeta se sentía aburrido, encerrado, aislado en Toluca (sentimiento en el que, a la fecha, no está solo). Para colmo, la nefaria relación con el padre y las limitaciones económicas hicieron muy difícil su estancia en esta ciudad que, reitero, no es la más atractiva para visitar. Advierto al lector que nací y he pasado toda mi vida en Toluca, ciudad que amo, pero sin inventarle incentivos. Lo que admiro de Hughes es cómo, pese a la dura realidad vivida en esta fría (en todos los sentidos) ciudad, fue capaz de escribir sobre sus vivencias acá, no solo de forma magistral, sino también presentándola como una hermosa experiencia. El contraste entre las publicaciones sobre Toluca en *The Crisis* y *The Brownies' Book* frente a lo escrito en su autobiografía muestra su comprensión sobre la distinción entre escribir para publicar y escribir para recordar y retratar esas memorias, sabiendo que ya estaba lo suficientemente consolidado como para confiar en que se publicaría cualquier texto suyo, como efectivamente sucedió.

Cierre

Como ha podido observarse, en este magnífico ramillete de textos escritos por un poeta de talla internacional hay material de sobra para varias líneas de investigación. Se entrega este material a los interesados, a fin de que el conocimiento sobre este autor y su época enriquezca nuestra comprensión de la cultura, independientemente de género, fronteras y etnias.

Queda en el lector la valoración de este material que es un rescate más del archivo de Luis Mario Schneider.

Fuentes

- Britannica, The Editors of Encyclopaedia (2020), “The Crisis”, *Encyclopedia Britannica*, 18 de agosto, <https://www.britannica.com/topic/The-Crisis-American-magazine>
- Dávila, Israel y Silvia Chávez (2007), “La reubicación de vendedores ambulantes de Toluca, detenida”, *La Jornada*, martes 9 de enero, <https://www.jornada.com.mx/2007/01/09/index.php?section=estados&article=028n1est>
- DEM (*Diccionario del español de México*) (2021) “tompiate”, *Diccionario del español de México*, Ciudad de México, El Colegio de México, <https://dem.colmex.mx/ver/tompiate>
- Díaz Roig, Mercedes (1979), *Naranja dulce, limón partido. Antología de la lírica infantil mexicana*, Ciudad de México, El Colegio de México.
- Du Bois, WEB (ed.) (1920), *The Brownies' Book. A Monthly Magazine for the Children of the Sun*, Nueva York, <https://www.loc.gov/item/22001351/>
- González, Concepción (2006), “Desalojan a 22 mil ambulantes en Toluca”, *Crónica.com.mx*, martes 12 de abril, <https://www.cronica.com.mx/notas/2006/266765.html>
- Gutiérrez, Benjamín (2006), “Juárez, historia de un mercado 1”, YouTube, <https://www.youtube.com/watch?v=37sgEI4QYBM>
- Hughes, Langston (1921a), “In a Mexican City”, *The Brownies' Book*, vol. 2, núm. 4, Nueva York, abril, pp. 102-105, <https://www.loc.gov/resource/rbc0001.2004ser01351/?sp=520>
- Hughes, Langston (1921b), “Mexican Games”, *The Brownies' Book*, vol. 2, núm. 1, Nueva York, enero, p. 18, <https://www.loc.gov/resource/rbc0001.2004ser01351/?sp=430>
- Hughes, Langston (1921c), “The Gold Piece: A Play That Might Be True”, *The Brownies' Book*, vol. 2, núm. 7, Nueva York, julio, pp. 191-194, <https://www.loc.gov/resource/rbc0001.2004ser01351/?sp=618>

- Hughes, Langston (1921d), “The Negro Speaks of Rivers”, *The Crisis*, vol. 22, núm. 2, Nueva York, junio, p. 71, <https://modjournal.org/issue/bdr513685/>
- Hughes, Langston (1921e), “The Virgin of Guadalupe”, *The Crisis*, vol. 23, núm. 2, Nueva York, diciembre, p. 77, <https://modjournal.org/issue/bdr514003/>
- Hughes, Langston (1921f), “Up to the Crater of an Old Volcano”, *The Brownies’ Book*, vol. 2, núm. 12, Nueva York, diciembre, pp. 334-338, <https://credo.library.umass.edu/view/pageturn/mums312-b215-i245/#page/7/mode/1up>
- Hughes, Langston (1922), “Poems”, *The Crisis*, vol. 23, núm. 5, Nueva York, marzo, p. 210, <https://modjournal.org/issue/bdr514154/>
- Hughes, Langston (1963), *The Big Sea*, Nueva York, Hill and Wang.
- Jerkins, Morgan (2017), “The Forgotten Work of Jessie Redmon Fauset”, *The New Yorker*, <https://www.newyorker.com/books/page-turner/the-forgotten-work-of-jessie-redmon-fauset>
- Kristeva, Julia (1967), “Bakhtine, le mot, le dialogue et le roman”, *Critique*, núm. 239, abril, pp. 438-465.
- Masters, Edgard Lee (1915), *Spoon River Anthology*, Nueva York, McMillan & Co., <https://www.gutenberg.org/ebooks/1280>
- Rudwick, Elliott (2021), “W.E.B. Du Bois”, *Encyclopedia Britannica*, 23 de febrero, <https://www.britannica.com/biography/W-E-B-Du-Bois>
- Santamaría, Francisco J. (2000), *Diccionario de mejicanismos. Razonado; comprobado con citas de autoridades; comparado con el de americanismos y con los vocablos provinciales de los más distinguidos diccionaristas hispanoamericanos*, sexta edición, México, Porrúa.

Zangston Hughes



The Beginning
of the Journey

Zangston Hughes

In a Mexican City¹

Toluca sits in the highest plateau of Mexico at the foot of the old and long extinct volcano Xinantecatli, which is said to be named after one of the ancient Indian kings. All around us there are mountains and our valley is broad and fertile. Here the climate is cool and often cold, but the poor folks never have shoes to wear nor do the rich use stoves in their houses. In summer it is the rainy season and every day brings long showers and misty clouds that hide the mountains. In winter the sky is clear and the sun shines warm at mid-day, but in the shade it is always cool.

The house where I live faces a little plaza or park and from my window I can see many interesting things. Every morning a bare-footed old woman in a wide straw hat and long skirts drives a little flock of white sheep down the street, and sometimes she has a tiny baby lamb in her arms. They go to the country to graze all day and in the evening they come back again. Often I see a funeral procession passing through the plaza on the way to the Panteon and as they do not have hearses here, the men carry the casket on their shoulders while the mourners walk behind them. On Sundays the park is full of black-shawled women and men wrapped in *serapes*² or blankets who come in the early

¹ Langston Hughes (1921a), "In a Mexican City", *The Brownies' Book*, Vol. 2, No. 4, New York, April, pp. 102-105, <https://www.loc.gov/resource/rbc0001.2004ser01351/?sp=520> Illustrated by Hilda Rue Wilkinson.

² In Spanish the word is *sarapes*, the author used the English word in italics, assuming it was Spanish.

morning to say mass in the quaint old church in front with its pretty tower and its most unmusical bells.

There are many churches here and all of them are very old. Some were built before the Independence, when Mexico was still under Spanish rule, and have beautiful domes and tall, graceful towers. Practically every one is Catholic and they keep many feast days. On the day of the Innocent Saints there is a custom that reminds one of our April Fool. On this date things should never be loaned and if you forget, the article is sure to be sent back by the joking friend who borrowed it, accompanied by a tiny box full of tiny toys and a note calling you a “poor little innocent saint”. On the second of November, which is a day in honor of the dead, they sell many little cardboard coffins and paper dolls dressed as mourners, and if a person meets you in the street and says “I’m dying”, you must give him a gift unless you have said “I’m dying” first; then, of course, he has to treat you to the present. On a certain day in January the people take their animals to be blessed and in the church-yard one sees everything from oxen to rabbits. Each is wearing a bit of gay colored ribbon and they wait patiently for the priest to come.

The houses here from the outside all look very much alike and are but a succession of arched doors and windows with small balconies facing the sidewalk. They often have lovely court-yards and verandas but these are hidden from the passers-by behind high walls, and the fronts of the houses never tell anything about the beauty that may be within them. When one enters a house the door usually leads directly into the court-yard or sometimes into the long open corridor from which every room has its entrance. In the *patio* or court-yard there are flowers the year round and if it is a large one, there may be a garden or trees. On the railing of the long veranda, too, there are many pots

of red and pink geraniums and fragrant heliotrope. Inside the house there will probably be little furniture. Only a few of the well-to-do people have a great deal, so most of the homes use chairs as their principal space fillers. In a friend's parlor I counted twenty-seven one day and the only other articles of furniture were two small tables. Most of the parlors of the middle-class folk show the same emptiness but perhaps it is a good idea, for on holidays there is plenty of room to dance without moving anything out.

The kitchens here are very different from American ones, for they do not use stoves or gas ranges. The fuel is charcoal and the stoves are made of stone or brick, built into the wall like a long seat, except that they have three square grates on top for the fire and three square holes in front for removing the ashes. Some are prettily built and covered with gaily colored tiles. To make the fire several splinters of pine are lighted in the grate and then the black pieces of charcoal piled on top. Then one must fan and fan at the square holes in front until the charcoal on top begins to blaze, and in a little while you have a nice glowing fire ready to cook with.

The shops here in the portals, which is Toluca's "uptown", are much like the American stores, but in the little *expedios* in the side streets one can buy a penny's worth of wood or a tablespoonful of lard or a lamp full of oil. The poor here do not have much money. These little shops paint themselves all sorts of colors and have the funniest names. One I know is called "The Wedding Bouquet". Others are "The Light of America", "The Big Fight", "The Fox", and so on, and one tinner's shop is even called "Heart of Jesus". The last store on the edge of town, where the road leads off to San Juan, has the very appropriate name of "Farewell". One who did not know Spanish could acquire a whole vocabulary just by reading

the store names which are painted in large colored letters across the front and are often accompanied by pictures or decorations to illustrate their meanings. For instance, the meat market called “The Bull of Atenco” has the animal’s picture on one side of the door and a bull-fighter’s on the other, painted over a background of bright blue.

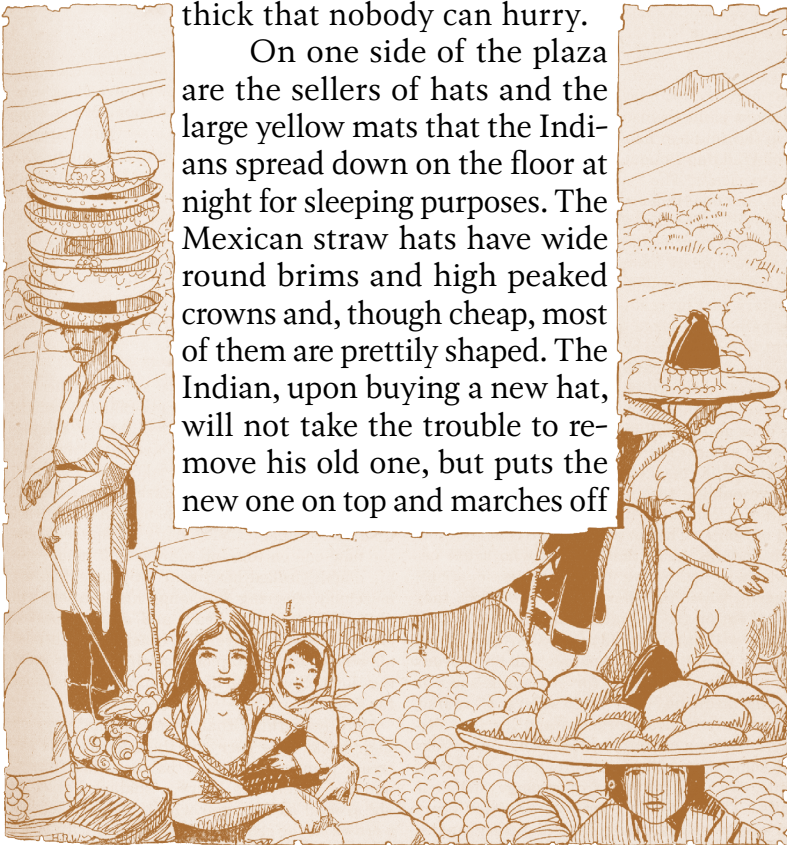
Friday is market-day in Toluca and the square outside the market-house is one sea of wide Mexican hats, as buyer and trader jostle and bargain. The surrounding streets are lined with Indians from the country who squat behind their little piles of vegetables, or fruit, or herbs, which they have to sell and which they spread out on the ground before them. One old woman will have neat little piles of green peppers for a cent a pile. Another will have beans and another wild herbs for seasoning soup or making medicine. The fruit sellers, of course, always have a most gorgeous and luscious display. Under a canopy created from four sticks and some sort of covering to make a spot of shade, are piled all sorts of strange, delicious fruits. There one finds creamy alligator pears and queer-tasting mangoes; red pomegranates and black zapotes; small, round melons and fat little bananas and the delicately flavored granada, which feels like a paper ball and has a soft seedy pulp inside. Then there are oranges that come up to us from the hot country, along with limes and juicy lemons that are not sour like the ones we know up North.

Here people never buy without bargaining. If the price asked for a thing is two cents, they are sure to get it for one. These price arguments are always good-natured and the merchant, knowing that he will have to come down, usually asks more than he should in the first place. Everyone going to market must carry their own baskets and sacks and even the paper for their meat, as everything is sold without wrapping.

A market-day crowd is composed of all sorts of people. A rich señorita with her black scarf draped gracefully about her shoulders is doing the family buying, while the servants carrying baskets follow behind. Indian women with sacks of vegetables on their backs; others with turkeys or chickens in their arms; little ragged brown boys seeking a chance to earn a few cents by carrying a customer's basket; and beggars, numberless beggars, blind, lame and sick beggars, all asking patiently for pennies or half-rotted fruits; these are the folks one sees on market-day pushing and elbowing their way through the crowd which is so

thick that nobody can hurry.

On one side of the plaza are the sellers of hats and the large yellow mats that the Indians spread down on the floor at night for sleeping purposes. The Mexican straw hats have wide round brims and high peaked crowns and, though cheap, most of them are prettily shaped. The Indian, upon buying a new hat, will not take the trouble to remove his old one, but puts the new one on top and marches off



Market-day in Toluca

home with his double decked head gear. Sometimes a hat merchant, desiring to change his location, will put one hat on his head, and as each peaked crown fits snugly over the other, he then piles his whole stock on top of himself and goes walking down the street like a Chinese pagoda out for a stroll.

Here everything that people do not carry on their backs they carry on their heads. The ice-cream man crying *nieve*, balances his freezer, and the baker-boys carry a shallow basket as big around as a wagon wheel. This basket has a crown in the center and when filled with bread it fits over the head like a very wide Mexican hat, while its wearer underneath is as insignificant as the stem of a mushroom. Sometimes we see fruit sellers, too, with great colorful mounds of fruit piled upon their wooden trays and balanced gracefully on their black-haired heads. When a thing is too heavy or too unwieldy to put on the head, then it is carried on the back, and the Indians bear immense burdens in this way. Men, women and even small children are often seen with great loads of wood or charcoal, or sacks of grain, on their backs, and the only carriage that the little Indian baby ever knows is its mother's back, where it rides contented all day long, tied in her *rebozo* or shawl.

The Virgin of Guadalupe³

After the coming of the Spaniards, who brought priests and missionaries, as well as soldiers to conquer Mexico, most of the subdued Indians were converted to the faith of the Catholics. The ancient Indian temples to barbaric gods were torn down by the Europeans who built new Christian churches in their stead. Thus it came about that the brown men learned to worship the saints and idols brought by the invaders and so forgot their old gods.

One day a pious follower of the Spaniards' faith, Juan Diego by name, was returning from mass across the hill of Guadalupe, when suddenly a veiled figure, all light and beauty, appeared before him. The poor Indian was much astonished and filled with surprise when the woman spoke to him and commanded in a soft voice that he go to the bishop and tell His Excellence to construct a church on the hill where the figure was standing. This Juan did, or attempted to do, but the bishop's servants, thinking the man a common, ignorant Indian, would not give him admission to the house, so Juan Diego went back.

For a second time the vision appeared before him, issuing the same command in her beautiful voice, so the Indian returned in search of the bishop. Each time, however, he was refused an entry but the vision told him to persevere. Finally, after many days, he was admitted and the old father

³ Langston Hughes (1921e), "The Virgin of Guadalupe", *The Crisis*, Vol. 23, No. 2, New York, December, p. 77, <https://modjourn.org/issue/bdr514003/>

asked him what he wished. When Juan Diego told of the beautiful spirit and her message, the bishop could not believe such a tale and thought perhaps that the poor fellow was demented. At last he told the Indian that he would have bring some sign or token of proof in support of his strange words.

Once more the man returned to the hill and there at its foot the bright vision reappeared. Hearing the message that the bishop had sent, she said, “Pluck those flowers there at your feet.” But Juan Diego, standing on the bare and rocky earth, asked, “What flowers?” Then suddenly looking down he saw the ground covered with white blossoms which he began to pick and with which he filled his small woven *tilma* or mantle, used to wrap about his shoulders on cold mornings.

Then he went to the bishop and said, “Here is your sign.” Opening the mantle the white flowers rolled out at their feet. The bishop looked, but still more marvellous than the flowers, the surprised priest saw, painted on the mantle where the blossoms had been, the figure of the Virgin surrounded by a halo of light. “This,” he said, “is surely the proof.” So they proceeded to erect the church on the top of the hill. Later a magnificent cathedral was built at its foot where the *tilma* bearing the picture of the Virgin is preserved to this day above the altar and on the spot where the vision first appeared, a spring of water gushed forth and is now covered by a pretty shrine where people may stop to drink.

Once a year a great *fiesta* is held in honor of this patron saint of Mexico and many people come from far away to visit her. Any day when one cares to take a trip out to the stately church where she is housed near Mexico City, her faithful worshippers may be seen going on their knees the long distance from the outside door to the high

altar carrying white candles in their hands, crawling up to place them before her—La Virgen de Guadalupe—whose name is known and loved by all Mexico.

Up to the Crater of an Old Volcano⁴

Near Toluca, Mexico, there is an old volcano, Xinantecatl. The fires which once burned within its bosom have long ago gone out and now, in the deep crater that in past centuries held boiling lava and red hot ashes, two calm blue lakes sparkle like dainty jewels in a rough setting. No one knows when the last eruption of this volcano took place but some say that it was long before the time of Christ, and when the Aztec Indians came down from the North to found their powerful empire, Xinantecatl, for so they called it, had long been sleeping. Now, like a dead giant at rest, it is still great and majestic. Rising above the puny cities and little low hills that cluster about its base, it is as some nature king rising above a subject people. The ancient Indians thought it a god and climbed its steep sides carrying gold and jewels and precious gifts on their backs as an offering to the mountain deity. Even today the rural Indians say that when shots are fired in the crater or stones thrown into the blue lakes, the mountain becomes angry and calls the clouds to hide its peaks and send rain down upon its disturbers. We in Toluca, however, are not afraid of Xinantecatl. It is like a well known friend to us and one whom we see every day. On clear mornings its peaks are

⁴ Langston Hughes (1921f), "Up to the Crater of an Old Volcano", *The Brownies' Book*, Vol. 2, No. 12, New York, December, pp. 334-338, <https://credo.library.umass.edu/view/pageturn/mums312-b215-i245/#page/7/mode/1up> Accordingly the pictures and data in this chronicle, it is possible that Langston Hughes was the cameraman during the climb to the volcano.



We saw the mountains
rising like a wall about
the valley

sharp and distinct in the blue sky; at evening the whole mountain makes a great black silhouette against the twilight colors.

When the boys of the Instituto, Toluca's high school, began to plan a two-day walking trip to the crater, and invited me to go with them, I accepted eagerly. They, with the customary Mexican politeness, put my name first on the list of those who were to go and several of the students went with me to aid in choosing the proper kind of "tompeate", a sort of bag for carrying food. It is woven from marsh grass and is light of weight. They also saw that I bought a wide Mexican hat, as protection from the sun, and told me all the things that I would need to carry. First, plenty of lunch; then, two warm blankets because we were to sleep in the open mountains; my camera for pictures; a bottle for water; a small amount of cognac or some other liquor in case of mountain sickness in the high altitude;⁵ and a pistol. "But above all," they said, "take onions!" Those who had been up to the volcano before claimed that they were the very best things to smell if one began to feel ill in the thin air near the summit. I thought to myself that if I should get sick, the scent of onions would only make me worse. Nevertheless I took them and when the time arrived for their use I found my mind completely changed about their smell.

It was a beautiful sunny morning when we left Toluca. From the platform of the small station, where we were to

⁵ The volcano raises at 15 350 feet over the sea level.

board the seven o'clock train for Calimaya, we could see the white, sparkling snow peaks of the volcano and they seemed very high and far away. There were forty of us going on the trip and, before leaving time, the first coach of the tiny train was completely filled with Instituto boys. The aisle of the car was one jumble of blanket rolls and fat "tompeates" of food, and the windows were crowded with faces—mostly brown faces of laughing young fellows, all talking at once and watching the late comers hurrying down the platform. These dark faced, friendly school boys were about like other dark skinned boys of my own race whom I had known in the United States. They made me remember a hike that the colored YMCA⁶ fellows, in Chicago, took out to the sand dunes one summer. There the car windows were crowded with dark faces, too, and

everybody talked at once. The only difference was that in Chicago they were speaking English and when a late member of the party reached the platform, every one cried out, "Hurry up!" while here, when Rodolfo, the tardy, came running through the gates, every one in the window shouted, "Apúrese!" which means the same in Spanish.

The little train went click, click, click, down the pretty valley. We passed several small villages: Metepec, with its great church large enough to hold its whole population; San Francisco, a collection of small huts, and a white temple; Mexicaltzingo,



We had two men
to drive burros

⁶ Young Men Christian Association, an international club founded in England in 1844, with the purpose of develop healthy "body, mind, and spirit".

where the country bullfights are held; and then Calimaya, where the road to the volcano begins.

We found Calimaya a small, clean, town with cobblestone streets and a stream of water running down the center of each one, where the cows and long horned oxen stopped to drink.

We piled our blankets and bags in one corner of its arched *Portales* to wait while two of the boys went for the guide and the *burros*—patient little beasts of burden—who were to carry our things. After a long while the *burros* came. There had been some disagreement in regard to the money to be paid, so we learned, the guide having set a price and then suddenly changing his mind, saying that he could not risk his animals in the cold mountain air for such a small sum. But finally an agreement was reached and we had three *burros*, a boy and two men to drive them, and a guide—all for a price that would amount to but five American dollars, and this for a two day trip!

When the word *vámonos* was given, the three small animals were almost hidden under their loads of blankets and lunch-bags, but being strong sturdy little beasts, they did not seem to mind. They started off down the road with a trot, the two drivers and the boy running behind shouting *burro! burro!* to make them go faster. The members of the hiking party, freed of their luggage, had nothing to pack now except the canteens or water bottles and their guns. Very few having pistols, there was an unusual variety of firearms in sight, from a modern rifle to ancient carbines. The reason for so many shooting machines was that we might meet bandits on the road, and, though it was only a *might*, every one should be prepared. During the revolutions and until a year or so ago the hills were full of robbers, who, not content with taking traveler's money, would oftentimes take their clothes, even to their shoes, leaving the robbed ones

to get home as best they could. Now, though such robberies are infrequent, no one goes far into the country unarmed. The boys of the Instituto, going through the quaint streets of Calimaya, looked like a small militia.

The road leading to the foothills was quite bare of trees. High in a cloudless sky, the sun beat down upon our heads without pity, while the dust rose in clouds from under our feet.

On either side the road was lined with maguey and cactus plants which served as a sort of fence around the fields, where lazy, slow moving oxen were pulling wooden plows yoked to their horns, and wide-hatted peons pricked them languidly with sharp-pointed sticks. After about an hour's walking we passed Zaragoza, a small village which, like all Mexican villages, had its tall old church towering sad and beautiful above the miserable little huts. By this time all our water bottles were empty and our throats were dry. The guide promised us that we should come to a river soon and when we finally reached its friendly banks, after what seemed like an eternity of tramping in dust and sun, we lay on our stomach like dogs and drank the cool clear water that came rippling down from the hills.

Soon the road began to ascend and we found ourselves climbing a slope covered with little pine trees. Before us, when we reached the summit, we saw only pine clad hills and then more hills, hiding the volcano from us. Looking back, we saw the wide valley of Toluca below, dotted with red roofed villages and the white towers and domes of old, old churches. At its opposite side we saw the mountains rising like a wall about the valley, shutting it in from the rest of the world and protecting it with their grey and purple strength.

The road now led upward, and it was not easy climbing through the forest of stunted trees with the sun like a hot



Great tree trunks lay across the path

ball overhead. About one o'clock, when everybody was aching and tired, the guide showed us a little *cañon* at one side of the road and said that here was the last water to be found before reaching the crater, the next morning; so he advised us to stop for lunch and to fill our water bottles. The *burros* were unloaded and everyone searched in the pile of *tompeates* for his lunch-bag. As each woven sack looked just about like another, there was much opening and exchanging and inspecting before each one had his own. Then we scattered about the slope and prepared to eat. One of the boys from each group went down to the spring for water, and it was deliciously sweet and cool. After lunch we decided to rest a while. The guide said we had made good time and in three hours we could reach the timber line, where we were to make camp on the edge of the woods.

At three o'clock we climbed up to the road, loaded the *burros* and were off again—up, up, up. We had left the foot-hills behind us now and were on the very slope of the volcano itself. Here the trees, taller and thicker, made what we call a real forest. Perhaps we had eaten too

much lunch, or perhaps we were tired, but anyway the trail seemed difficult. Then, too, we had begun to notice the lightness of the air and at every hundred yards or so we had to stop for breath. Some of the boys began to feel ill and at this juncture the onions put in their appearance. I felt none too well, so I began to search in my pockets for my onions, too,—and when, with a dull ache in my head and a breathless feeling in the lungs, I pressed them to my nose, all the former aversion to their scent disappeared. I kept them under my nose all the way to the camp. And whether due to the onions or not, I didn't feel any worse while some of the fellows had to walk so slowly that they were left behind the rest of the party.

In the late afternoon we passed through a part of the forest where it seemed as if more than half the trees had been torn up by the roots. Great tree trunks, so large that we could hardly climb over them, lay across the path. Looking down, I could see whole hillsides strewn with these fallen members of the forest. Some of the boys explained to me how, two years before, a hurricane had swept across the mountains and tried to carry the whole forest off with it. The fallen trees were a bad impediment to our progress because, in an atmosphere where one cannot walk without getting out of breath, to climb over a gigantic trunk is an exercise that is not taken with pleasure.

It was almost six o'clock when we arrived at the spot chosen for camp, just below the timber line, where the trees of the mountain end. We were close to the peaks now and one of them, that looked very near, loomed between us and the sinking sun so that all the mountain-side was in shadow. Down below we saw the valley—far, far beneath—bathed in a twilight mist of rose and purple; the little river, that had been a winding, silver thread all day, had now turned golden in the sunset.

We began to make camp. Some unloaded the *burros* and tied them fast to trees. Others searched for the dry limbs and branches of the pine in order to make the fires. And still others, too tired and out of breath to do anything, sank down upon the ground to rest, for the last hour of the ascent had been the hardest of all.

The shadows on the mountain-side deepened and the sunset colors faded from the sky. For me, the evening passed quickly. There was supper around the blazing camp-fires, of which each group of fellows had its own; then songs and stories and more songs, to which the two *burro* drivers contributed a love ballad which they said they had learned down in the “hot country.” At nine, the first guards were posted and the camp became still. The only noise to be heard was the occasional sob-like “hee-hooing” of the *burros* and the strong *alerta* of the watchers, crying to each other from the four corners of the camp.

At two o’clock, when my turn came to stand guard, the moon had gone down behind the mountain and the forest was in inky blackness. The low burning camp-fires gave a little light. A long way off and deep down in the night-covered valley, we saw the white lights of Toluca, shining like a cluster of sunken stars in the darkness.

The next morning, at sunrise, we were off for the crater. A half hour’s walk took us past the timber line, out of the forest, and to the open mountain-side. In a little while we found ourselves at the foot of one of the volcanic peaks, which, if we chose to climb it, would give us a view down into the crater. About half the party chose to go up; the others took the *burro* path which led around the side of the peak, entering the crater at the lowest opening. The peak, which near the top was covered with large patches of snow, did not appear to be very high. But we soon found that the steepness of its slope and the lightness of the air

made the ascent more laborious than we thought it would be, and at every eight or ten steps we had to stop for breath. It seemed as if we would never reach the summit. The rocks and sand and gravel, of which the mountain was made, slipped beneath our feet and made us slide half-way back at every forward movement. We had to cross the snow covered spaces on our hands and knees—they were so slippery. When we finally gained the summit, it seemed as if our last breath had gone. We were very high and, between us and the hills below, the white clouds drifted by.

As we turned to look down into the crater, we saw it as a sort of double one, divided into two parts by a long hump-backed hill. On each side of the hill there was a blue lake with a rocky shore. The sides of the crater were steep and many colored, and the three highest of the tall, jagged peaks that formed its ragged edge had snow upon them. We, on top of our laboriously climbed summit, had an excellent view down into that part of the volcano where La Laguna Chica (The Little Lake) sparkled in the morning sun. Those who had taken the burro path were already resting on its shore and the height from which we saw them made them appear very tiny. Feeling the pangs of hunger, as we had not yet eaten breakfast, and knowing that the *burros* carrying the lunch bags were waiting for us below, we began to descend. Half running, half sliding in the loose sand and gravel of the inner slope, we reached the bottom much more quickly than we had ascended. On the sandy shore, scattered with big boulders taller than a man, we ate our breakfast and drank the cold, refreshing water of the clear blue lake.

After breakfast we decided to see La Laguna Grande (The Big Lake), and so, circling around the side of The Little Lake, we began to climb one of the low ends of the humpbacked hill. In a short while, from the top of its rocky

ridge, we saw below us the deep blue waters of La Laguna Grande, so beautiful and lovely and calm that it gave one a thrill of surprise at finding it buried in this old volcano's burnt, scarred walls. Some people say that this pretty lake has no bottom and that swimmers who venture far into its cold waters may be drawn down into unknown depths. Its smooth, innocent surface, however, gives no indications of such treachery, and the charm of its beauty makes one think it is a good fairy lake and not the wicked old witch with the pretty face, which reputation has given it.

We walked all around the rocky shore, stopping now and then to pick up small queer-colored stones or the sulphur coated rocks found on the beach. To reach the other end of the lake's long oval required more time than we had expected, for distances are deceiving in the high clear air. We stopped often to rest, sitting down on the large boulders and admiring the beautiful colors in the sides of the crater whose walls were sometimes deep crimson capped with jagged peaks, sometimes bright red or soft orange streaked with purple, and sometimes just gray rock covered with snow patches near the rim. And the blue lake was always like a jewel in a rough setting. At the other end of the oval we found erected on the sandy shore, a large wooden cross which a band of religious people had carried up the steep trail some years before. They held a mass in the crater. Behind the cross rose "El Pico del Fraile," the highest of the Xinantecatl peaks, glittering snow white in morning sun. From its tooth-like summit on a clear day, one who has a pair of strong binoculars can see, off the coast of Guerrero, more than a hundred miles away, the silver waters of the Pacific.

When we climbed back over the hump-backed hill and down to the wider shore of the Little Lake, the *burros* were already packed with our blankets and much diminished

lunch bags. Before we reached the spot where we had eaten, the first ones started off. We filled our water bottles and canteens from the lake and started after them. When we came to the highest point in the narrow road we turned for a last look at the little blue lake below, the hump-backed hill and the opposite red and purple walls of the volcano. Then we turned and followed the path which curved, at a dizzying height, onto the steeply sloping outer sides of the crater, where a false step too near the edge would have sent one tumbling down a mile or so into a green tree-covered valley. We took care not to make the false step.

When, at sunset, we unloaded the *burros* in the clean little “Portales” of Calimaya, although stiff and footsore and weary, everybody was happy and agreed that it had been a fine trip. A few minutes later, sitting on the platform of the country station, awaiting the last train for Toluca, we could see, high and far away, the sharp, jagged peaks of the old volcano faintly outlined against the sunset sky. They seemed so very high and so very far from us we could scarcely believe that just ten hours before we had visited them and drunk the cool snow water of their clear blue lakes.

Mexican Games⁷

Lady White

One child is chosen as Lady White and another as Don Philip, her suitor. All the other players join hands to form a large circle, thus making a house for Lady White, who stands in the center. Don Philip comes to call and begins to walk around the circle, but finds every hand tightly joined and so he can not get in. The children forming the ring then sing the following verse three times:

*Sweet Lady White is sheltered
In walls of silver and gold;
Her lover must break a window,
The Lady to behold.*

Then Lady White asks:

Who is walking around my house?

And the lover answers:

Don Philip Philipon.

And the Lady says:

⁷ Langston Hughes (1921b), "Mexican Games", *The Brownies' Book*, Vol. 2, No. 1, New York, January, p. 18, <https://www.loc.gov/resource/rbc0001.2004ser01351/?sp=430>

Why, who can this fat person be?

And the suitor replies:

Don Philip Philipon.

Then the players in the circle all sing:

*You can't get into this house,
Don Philip Philipon;
Unless you break a window out,
Don Philip Philipon.*

Then Don Philip attempts to break through the circle in order to reach the inside. As soon as he succeeds in getting in, however, Lady White must run out and Don Philip has to catch her. Then the game may be played over again with two different children taking the parts of Don Philip and Lady White.

The Lost Donkey

Here is a game to be played when there is an odd number of children present so that when pairs are formed there will always be one left over. All the players walk about in different directions and pretend to be gathering flowers while they sing this little song:

*Benny goes a walking,
Picking pretty flowers.
Benny goes a walking
Under shady bowers.
But he shall lose his way,*

*Little donkey,
And be alone all day,
Little donkey,
And be alone all day,
Little donkey.*

At the third *Little Donkey* all the players must run to join hands with another player so as to have a partner and the one who is left without a partner is the *Little Lost Donkey* until the next game gives him a chance to get one.

The Priest and the Teacher

In this game one child is a priest, another is a teacher and the third a storekeeper. The priest and the teacher are buyers. All the other children are articles of merchandise and should sit down in a long line. To each one in line the storekeeper gives a secret name such as *Butter*, *Sugar*, *Cinnamon*, and so on, which the buyers must not know. Then the priest and the teacher take turns at buying and can only ask for one article at a time. For example, if the priest calls for *cheese*, the player who has that name must rise and follow him, but if there is no *cheese* the storekeeper says so and the priest must wait until his next turn to ask for something else. When the storekeeper has sold all his merchandise the priest and the teacher count their articles and the one who has the most can be storekeeper for the next time, and he also has the privilege of choosing the new priest and the new teacher.

Dear Little Friends:

These are three games which the children play in your beautiful neighbor country, Mexico. I hope you will enjoy them.

The Gold Piece A Play that Might be True⁸

Characters *A Peasant Boy.*
 A Peasant Girl, his wife.
 An Old Woman.

Scene

The interior of a hut by the roadside. It is twilight. A boy and a girl are lying before the fire-place, a gold piece on the floor between them. There is a door at the right of the fire-place and a window at the left. During the play the twilight deepens into darkness.

THE GIRL (*Looking at the coin*) —Just to think that this bright gold piece is ours! All ours! Fifty whole loren!

THE BOY (*Smiling happily*) —The ten old pigs were fat ones, Rosa, and brought us a fine price in the market.

THE GIRL—Now we can buy and buy and buy.

THE BOY—Sure we can. Now we can buy all the things we've wanted ever since we've been married but haven't had the money to get.

THE GIRL—Oh! How good, Pablo! It seems we've been waiting an awfully long time.

THE BOY—We have, but now we shan't wait any longer. Now we can get the wooden clock, Rosa. You know—the

⁸ Langston Hughes (1921c), "The Gold Piece: A Play That Might Be True", *The Brownies' Book*, Vol. 2, No. 7, New York, July, pp. 191-194, <https://www.loc.gov/resource/rbc0001.2004ser01351/?sp=618> Illustrated by Hilda Rue Wilkinson.

one that we've wanted since we first saw it in the old watch-maker's window. The one so nicely carved, that strikes the hours every day and runs for a whole week with a single winding. And I think there is a cuckoo in it, too. It will make our little house look quite elegant.

THE GIRL—And now you can buy the thick brown boots with hob nails in them to work in the fields.

THE BOY—And you may have the woolen shawl with red and purple flowers on it and the fringe about the edges.

THE GIRL—O-o-o! Can I really, Pablo? I've dreamed of it for months.

THE BOY—You surely can, Rosa. I've wanted to give it to you ever since I knew you. It will make you look so pretty. And we'll get two long white candles, too, to burn on Sundays and feast days.

THE GIRL—And we'll get a little granite kettle for stewing vegetables in.

THE BOY—And we'll get a big spoon to stir with.

THE GIRL—And two little blue plates to eat from.

THE BOY—And we'll have dried fish and a little cake for supper every night.

THE GIRL—And—but oh! Pablo! It's wonderful!

THE BOY—Oh! Rosa! It's fine!

THE GIRL AND THE BOY (*Rising and dancing joyously around and around the little gold piece which glistens and glitters gaily on the floor before the open fire as if it knew it were the cause of their joy*) —Oh! How happy we are! Oh! How happy we are! Because we can buy! Because we can buy! Because we can buy and buy and buy!

(Just then an old woman's figure passes the window and there is a timid knock at the door. The dancing stops. The Boy picks up his shining gold piece and clutches it tightly in his hand.)

THE GIRL (*With a little frown of annoyance*) —Who’s there?

(*The door opens slowly and a bent old woman leaning on a heavy stick enters.*)

THE BOY (*Rudely*)—Well, Grandmother, what do you want?

THE OLD WOMAN (*Panting and weak*)—I’ve come such a long way today and I am very tired. I just wanted to rest a moment before going on.

(*The Girl brings her a stool and she sits down near the fireplace.*)

THE GIRL (*Sympathetically*) —But surely, Old Woman, you aren’t going any further on foot tonight?

THE OLD WOMAN—Yes, I am, child, because I must.

THE GIRL—And why must you, Old Lady?

THE OLD WOMAN—Because my boy is in the house alone and he is blind.

THE GIRL—Your boy is blind?

THE OLD WOMAN—Yes, for eighteen years. He has not seen since he was a tiny baby.

THE BOY—And where have you been that you are so late upon the road?

THE OLD WOMAN—I’ve been into the city and from sunrise I have not rested. People told me famous doctors were there who could make my blind boy see again and so I went to find them.

THE GIRL—And did you find them?

THE OLD WOMAN—Yes, I found them, but (*her voice becomes sad*) they would not come with me.

THE GIRL—Why would they not come?

THE OLD WOMAN—Because they were great and proud. They said, “When you get fifty loren, send for us and

then perhaps we'll come. Now we have no time." One who was kinder than the rest told me that a simple operation might bring my boy's sight back. But I am poor. I have no money and from where in all the world could a worn out old woman like me get fifty loren?

THE BOY AND THE GIRL (*Quickly*)—We don't know!

THE BOY (*Keeping his fist tightly closed over the gold piece*)—
Why, we never even saw fifty loren!

THE GIRL—So much money we never will have.

THE BOY—No, we never will have.

THE OLD WOMAN—If I were young, I would not say that, but I am old and I know I shall never see fifty loren. Ah! I would sell all that I have if my boy could only see again! I would sell my keepsakes, my silken dress that I've had for many years, my memories, anything to bring my boy's sight back to him!

THE GIRL—But, Old Lady, would you sell your dream of a wooden clock, a clock that strikes the hours every day and need not be wound for a whole week?

THE OLD WOMAN—Yes, child, I would.

THE BOY—And would you sell your wish for white candles to burn on feast days and Sundays?

THE OLD WOMAN—Oh! Boy, I would even sell my labor on feast days and Sundays were I not too weak to work.

THE GIRL—And would you give up your dream of a woolen shawl with red and purple flowers on it and fringe all around the four edges of it?

THE OLD WOMAN—I would give up all my dreams if my son were to see again.

(There is a pause. The Girl, forgetting for a moment her own desires, begins to speak slowly as if to herself.)

THE GIRL—It must be awful not to know the sunshine and the flowers and the beauty of the hills in springtime.

THE BOY— It must be awful never to see the jolly crowds in the square on market days and never to play with the fellows at May games.

THE GIRL—And the doctor says that maybe this boy could be made well.

THE BOY—And the Old Woman says that it would cost but fifty loren.

THE GIRL (*Suddenly*)—I have no need of a gay shawl, Pablo.

THE BOY—We have no shelf for a wooden clock, Rosa.

THE GIRL—Nor vegetables to cook in a granite kettle.

THE BOY—And a big spoon would be such a useless thing.

THE OLD WOMAN (*Rising*)—Before the night becomes too dark I must go on. (*She moves towards the door.*)

THE BOY—Wait a moment, Mother. Let us slip something into your pouch.

THE GIRL—Something bright and golden, Mother.

THE BOY—Something that shines in the sunlight.

THE GIRL—Something from us to your boy.

(They open the Old Woman's bag and the Boy slips the gold piece into it. The Old Woman does not see what they have given her.)

THE OLD WOMAN—Thank you, good children. I know my boy will be pleased with your toy. It will give him something to hold in his hands and make him forget his blindness for a moment. God bless you both for your gift and good-bye.

THE BOY AND THE GIRL—Good-bye, Old Woman.

(The door closes. It is dark and the room is lighted only by the fire in the grate.)

The Beginning of the Journey

THE GIRL—Are you happy, Pablo?

THE BOY—I'm very happy. And you, Rosa?

THE GIRL—I'm happy, too. I'm happier than any wooden clock could make me.

THE BOY—Or hob-nailed shoes, me.

THE GIRL—Or me, a flowered shawl with crimson fringe.

*(They sit down before the fire-place and watch the big logs glow. The wood crackles and flames and lights the whole room with its warm red light. Outside through the window a night star shines. The Boy and the Girl are quiet while
The curtain falls.)*



But, Old Lady, would you sell
your dream of wooden clock?

Poems⁹

The New Moon

There's a new, young moon riding the hills tonight;
There's a sprightly, young moon exploring the clouds;
There's a half-shy, young moon veiling her face like
a virgin,
Waiting for her lover.

Question

When the old junk man Death
Comes to gather up our bodies
And toss them into the sack of oblivion,
I wonder if he will find
The corpse of a white multi-millionaire
Worth more pennies of eternity,
Than the black torso of
A Negro cotton-picker?

⁹ Langston Hughes (1922), "Poems", *The Crisis*, Vol. 23, No. 5, New York, March, p. 210, <https://modjourn.org/issue/bdr514154/>, and Langston Hughes (1921d), "The Negro Speaks of Rivers", *The Crisis*, Vol. 22, No. 2, New York, June, p. 71, <https://modjourn.org/issue/bdr513685/>

Mexican Market Woman

This ancient hag
Who sits upon the ground
Selling her scanty wares
Day in, day round,
Has known high wind-swept mountains;
And the sun has made
Her skin so brown.

The Negro Speaks of Rivers

I've known rivers:
I've known rivers ancient as the world and older than
the flow of human blood in human veins.

My soul has grown deep like the rivers.

I bathed in the Euphrates when dawns were young.
I built my hut near the Congo and it lulled me to sleep.

I looked upon the Nile and raised the pyramids above it.
I heard the singing of the Mississippi when Abe Lincoln
went down to New Orleans, and I've seen its muddy
bosom turn all golden in the sunset.

I've known rivers;
Ancient, dusky rivers.

My soul has grown deep like the rivers.

The Big Sea (fragments)¹⁰

[First trip to Mexico]¹¹

When I was about five or six years old, my father and mother decided to go back together. They had separated shortly after I was born, because my father wanted to go away to another country, where a colored man could get ahead and make money quicker, and my mother did not want to go. My father went to Cuba, and then to Mexico, where there wasn't any color line, or any Jim Crow. He finally sent for us, so we went there, too.

But no sooner had my mother, my grandmother, and I got to Mexico City than there was a big earthquake, and people ran out from their houses into the Alameda, and the big National Opera House they were building sank down into the ground, and tarantulas came out of the walls—and my mother said she wanted to go back home at once to Kansas, where people spoke English or something she could understand and there were no earthquakes. So we went. And that was the last I saw of my father until I was seventeen.

When I was in the second grade, my grandmother took me to Lawrence to raise me. And I was unhappy for a long time, and very lonesome, living with my grandmother. Then it was that books began to happen to me, and

¹⁰ Langston Hughes (1963), *The Big Sea*, New York, Hill and Wang.

¹¹ My subtitles and other additions are in square brackets.

I began to believe in nothing but books and the wonderful world in books—where if people suffered, they suffered in beautiful language, not in monosyllables, as we did in Kansas. And where almost always the mortgage got paid off, the good knights won, and the Alger boy triumphed.

[First poem]

I was the Class Poet. It happened like this. They had elected all the class officers, but there was no one in our class who looked like a poet, or had ever written a poem. There were two Negro children in the class, myself and a girl. In America most white people think, of course, that all Negroes can sing and dance, and have a sense of rhythm. So my classmates, knowing that a poem had to have rhythm, elected me unanimously—thinking, no doubt, that I had some, being a Negro.

The day I was elected, I went home and wondered what I should write. Since we had eight teachers in our school, I thought there should be one verse for each teacher, with an especially good one for my favorite teacher, Miss Ethel Welsh. And since the teachers were to have eight verses, I felt the class should have eight, too. So my first poem was about the longest poem I ever wrote—sixteen verses, which were later cut down. In the first half of the poem, I said that our school had the finest teachers there ever were. And in the latter half, I said our class was the greatest class ever graduated. So at graduation, when I read the poem, naturally everybody applauded loudly.

That was the way I began to write poetry.

[...]

Abrupt Encounter

Eleven years had gone by and I had not seen my father. Suddenly, one day in the spring of 1919, a letter came from Mexico saying:

My Dear Langston:

I am going to New York for a few days on a business trip in June. On the way back I will send you a wire to be ready to meet me as the train comes through Cleveland. You are to accompany me to Mexico for the summer.

Affectionately,
your father,
James N. Hughes.

This letter made my mother very angry. She said it was just like my devilish, evil father—when I got big enough to work and help her earn a living, he wanted to come and take me off to Mexico. Then she began to cry. She said after all she had done for me, if I wanted to go away and leave her, to go ahead, go ahead!

I said I wanted to go to Mexico for the summer to see what the country was like—and my father. Then I would be back in the fall.

My mother was a waitress in a restaurant on Central Avenue, and she and my step-father were back together. My mother wouldn't be alone if I went to Mexico, so I began to get ready to go. My step-father thought it would be a good thing and said: "Sure, go on."

That spring I had got my track letter for the high-jump and the 440-relays, but I didn't have the money to buy a new sweater, so I packed the track letter away in my suitcase to show to my father.

James N. Hughes, my father! I vaguely remembered him carrying me in his arms the night of the big earthquake in Mexico City, when I was six years old. Since then he had always been in Mexico and I had been in the States growing up while my grandmother died and the house went to the mortgage man, my mother traveled about the country looking for my step-father or for a better job, always moving from one house to another, where the rent was cheaper or there was at least a bathroom or a backyard to hang out clothes. And me growing up living with my grandmother, with aunts who were really no relation, with my mother in rented rooms, or alone trying to get through high school—always some kind of crisis in our lives. My father, permanently in Mexico during all those turbulent years, represented for me the one stable factor in my life. He at least stayed put.

“Your father is a devil on wheels,” my mother said. “As mean and evil a Negro as ever lived!”

And when I displeased her, she declared I was just like my father.

I didn’t believe her. In my mind I pictured my father as a kind of strong, bronze cowboy, in a big Mexican hat, going back and forth from his business in the city to his ranch in the mountains, free—in a land where there were no white folks to draw the color line, and no tenements with rent always due—just mountains and sun and cacti: Mexico!

That spring, I was anxious to see my father.

Then an unfortunate thing happened in Cleveland. We moved on the first of June. But I left word with the landlady, that, should any messages come for me, she should send them directly to the new place where we lived. And every morning, to make sure, I went out to our old lodgings to see if there was any word from my father, now in New York.

But his telegram came late one afternoon, when our former landlady was not at home, so the delivery boy simply stuck it in the mail box, and the woman did not notice it there until the next morning.

The telegram said: “PASSING THROUGH TEN-FIFTY TONIGHT BE READY BOARD TRAIN AT STATION JAMES N. HUGHES”

That was the night before! The landlady found the wire, when I went out there the following morning. My heart stopped beating. Had my father gone on to Mexico without me, when he did not find me on the station platform? There was no further message from him. Had he, maybe, got off the train and stayed the night in Cleveland? Then where would he be?

I went to the telephone and called up the various colored hotels. The second one I called said, yes, there was a James Hughes stopping there, but that he had gone out to breakfast. I told them to tell him when he came back that his son would be right down.

The hotel was on Central Avenue, a block and a half from the restaurant where my mother worked as a waitress. I began to walk down Central Avenue as fast as I could. When I was about three blocks above the hotel, I saw a little, bronze man with a moustache, coming rapidly up the street toward me. We looked closely at each other as we passed. Then we turned and looked back.

The man said: “Are you Langston?”

I said: “Yes. Are you my father?”

“Why weren’t you at the train last night?” he asked.

“We moved, and I didn’t get your wire till this morning.”

“Just like niggers,” he spat out. “Always moving! Are you ready to go?”

“Soon as I tell my mother good-bye.”

“I just saw your mother,” he said, “waiting table in a restaurant. If she’d stayed with me, she’d have been wearing diamonds.”

I didn't know what to say about that, so I just stood there.

"I'm going to a barber shop," my father said. "Meet me at the hotel in half an hour. We'll leave on the noon train."

He turned and went up the street. He never said a word about being glad to see me.

That morning, by accident, he had been for breakfast to the very restaurant where my mother was working. When they recognized each other, he said: "How are you?"

All my mother said was: "What's your order?"

She served him ham and eggs and he left her a dime tip. She told the woman who ran the restaurant to throw the dime in the street.

When I came in, my mother was very angry as she told me this. "But go on if you want to! Go on! Go to Mexico if you want to go."

"Gee, ma! Don't be mad at me," I said. "I didn't pick him out for a father."

"Go with him!" she cried over the counter. "Go on—and leave me! Go ahead!"

"I might as well go," I said. "I haven't got any job in Cleveland."

"Sure, go on!" she said. "Hard as I've worked and as little as you care about me!"

By now, some customers came in and my mother had to wait on them. I sat on a stool at the counter a long time, but she kept walking by me silently to the coffee urns, the steam table, or to the kitchen. I wanted her to say something to me. But finally it was time to go. So I went.

Father

That summer in Mexico was the most miserable I have ever known. I did not hear from my mother for several weeks. I did not like my father. And I did not know what to do about either of them.

My father was what the Mexicans called *muy americano*, a typical American. He was different from anybody I had ever known. He was interested only in making money.

My mother and step-father were interested in making money, too, so they were always moving about from job to job and from town to town, wherever they heard times were better. But they were interested in making money to *spend*. And for fun. They were always buying victrolas and radios and watches and rings, and going to shows and drinking beer and playing cards, and trying to have a good time after working hours.

But my father was interested in making money to *keep*.

Because it is very hard for a Negro to make money in the United States, since so many jobs are denied him, so many unions and professional associations are barred to him, so many banks will not advance him loans, and so many insurance companies will not insure his business, my father went to Cuba and Mexico, where he could make money quicker. He had had legal training in the South, but could not be admitted to the bar there. In Mexico he was admitted to the bar and practised law. He acquired property in Mexico City and a big ranch in the hills. He lent money and foreclosed on mortgages.

During the revolutions, when all the white Americans had to flee from the Toluca district of Mexico, because of the rising nationalism, my father became the general manager of an electric light company belonging to an American firm in New York. Because he was brown, the

Mexicans could not tell at sight that he was a Yankee, and even after they knew it, they did not believe he was like the white Yankees. So the followers of Zapata and Villa did not run him away as they did the whites. In fact, in Toluca, the Mexicans always called my father *el americano*, and not the less polite *el gringo*, which is a term that carries with it distrust and hatred.

But my father was certainly just like the other German and English and American business men with whom he associated in Mexico. He spoke just as badly about the Mexicans. He said they were ignorant and backward and lazy. He said they were exactly like the Negroes in the United States, perhaps worse. And he said they were very bad at making money.

My father hated Negroes. I think he hated himself, too, for being a Negro. He disliked all of his family because they were Negroes and remained in the United States, where none of them had a chance to be much of anything but servants—like my mother, who started out with a good education at the University of Kansas, he said, but had sunk to working in a restaurant, waiting on niggers, when she wasn't in some white woman's kitchen. My father said he wanted me to leave the United States as soon as I finished high school, and never return—unless I wanted to be a porter or a red cap all my life.

The second day out from Cleveland, the train we were on rolled across Arkansas. As we passed through a dismal village in the cotton fields, my father peered from the window of our Pullman at a cluster of black peons on the main street, and said contemptuously: "Look at the niggers."

When we crossed into Mexico at Laredo, and started south over the sun-baked plains, he pointed out to me a cluster of brown peons watching the train slow down at an adobe station. He said: "Look at the Mexicans!"

My father had a great contempt for all poor people. He thought it was their own fault that they were poor.

In Mexico City we went to the Grand Hotel. Then my father took me to call on three charming middle-aged Mexican ladies who were his friends—three unmarried sisters, one of whom took care of his rents in the city. They were very Latin and very Catholic, lived in a house with a charming courtyard, and served the most marvelous dishes at table—roast duck stuffed with pears and turkey with *mole* sauce, a sauce that takes several days to prepare, so complex is its making. And always there were a pile of steaming-hot tortillas, wrapped in a napkin, at one corner of the table.

In their youth, they were very lovely ladies to look at, I vaguely remembered from my trip there as a child. And they still wore their shawls of black lace with dignity and grace. They were all three the color of parchment, a soft, ivory-yellow—the blood of Spain overcast just a little by the blood of Mexico—for they were not Indians. And they were not revolutionists. They had adored the former dictator-president, Porfirio Diaz, and when they wanted to speak of some one as uncouth, they said: “*Muy indio.*” Very Indian!

These three aging ladies were, I think, the only people in the whole world who really ever liked my father. Perhaps that was because his property helped to provide them with an income. And perhaps also because they shared many of his aristocratic ideas regarding the peons.

Their only worry about my father concerned his soul. He was not Catholic and never went to mass. The first thing they gave me as a present was a little amulet of the Virgin of Guadalupe. But my father laughed when we got back to the hotel and said he hoped I did not believe in that foolishness. He said greasers and niggers would never get anywhere because they were too religious, always praying.

The following morning, we left for Toluca. I wanted to see my father's tenement houses in Mexico City, but he said I could see them some other time. He was anxious to get back to the plant in Toluca.

Off the big trunk line between the capital and the border, railroad travel in Mexico then was slow and uncomfortable. Many of the coaches had been burned or bullet-ridden in the revolts, so the trains were very crowded. They had a parlor-car coach between Mexico City and Toluca, in which one could reserve a seat, but my father was too frugal with money to use this service. So we rode in a crowded second-class coach, with people standing in the aisles, and all over one's feet, and bundles and baskets hanging from everywhere. My father said: "Be careful of pickpockets and thieves. Mexicans steal."

The train wound up and up into the mountains, and finally came down into one of the most beautiful valleys in the world, all lush, green fields and lakes, where water lilies floated, with a snow-capped volcano in the distance, La Nevada de Toluca. We were in the highest inhabitable valley in Mexico. The air was very cool and sweet and the sky a brilliant blue.

We reached Toluca in time for luncheon. My father's *mozo* met us at the station. He was an Indian boy named Maximiliano, with a broad, brown face and black hair that fell into his eyes. He wore the common white trousers and shirt you see all over Mexico, and *huaraches* on his feet. He put all our baggage on his back and secured it in a sort of leather thong about his neck, and trotted on ahead of us toward the house.

My father's house faced a small park near the station. It was a low, blue-white house of one story, all spread out and surrounded by a blue-white wall. As you approached the house, you could see only high adobe walls, rimmed

with dull red tile at the top. At one end of the wall, there was a big double door for the horses. At the other end, a small door that led into the patio and the house.

The patio would have been nice, had my father bothered to keep the grass and flowers tended. But he took much better care of the corral at the back of the house, where the horses and chickens were, and the cow.

He had recently foreclosed on the cow. But some shrewd Mexicans must have got the best of him that time, because the cow was ill. She had something hard in her udders; she gave bitter milk, and finally stopped giving milk altogether, as her udders began to petrify. A few weeks after I arrived, she was dead.

But there were two beautiful horses in the corral, and about a hundred large, healthy American chickens, not at all like the scrawny Mexican chickens other people had. My father said he could trade a pair of his chickens any day for a calf or a sheep, and it was true.

My father's housekeeper was a tall Mexican woman with a kind tan-brown face, and two children approaching their teens, whom my father would not permit to eat at our house. But she used to take food home to them at night. My father lived on a rather meagre diet of beef and beans. But the cook and I soon teamed up against him, and when he was away at the ranch, we would order all kinds of good things to eat from the shops where he traded, and put them on his bill. I would take the blame. My father stormed and said I was just like my mother, always wasting money. So he would usually make a scene whenever he came home from the country, sending the cook flying from the kitchen in tears. But, nevertheless, he would always eat whatever good things were set before him.

Maximiliano, the *mozo*, took care of the horses and the chickens, swept the patio and the corral, and saddled

the horses for me or my father. He was a silent boy who spoke but little Spanish, his being an Indian language from the hills. He slept on a pile of sacks in the tool shed, so I asked my father why he didn't give Maximiliano a bed, since there were several old beds around.

He said: "Never give an Indian anything. He doesn't appreciate it."

But he was wrong about that. I gave Maximiliano my spare centavos and cigarettes, and we became very good friends. He taught me to ride a horse without saddle or stirrups, how to tell a badly woven serape from a good one, and various other things that are useful to know in that high valley beneath the white volcanos.

My father paid Maximiliano and the cook almost nothing, but he gave me ten pesos a week allowance, which I used to share with the two servants. There was nothing much to spend money for in Toluca. At least, not knowing any one and not yet being able to speak Spanish, I found nothing to spend money for, except the movies once a week, on Sundays.

The weekly movie show was a gala occasion for the whole town. Society and its pretty daughters attended and sat in the horseshoe of circular boxes, running from one side of the stage to the other around the ancient auditorium. The young blades and unmarried males of the better families sat in the orchestra proper, and between each reel of bad Hollywood movies, or arty German ones, practically all the males would rise and sweep the circle of boxes with their eyes until they found the girl each liked. Then they would stare at her until the house went dark again. The shows commenced at four o'clock and lasted an ungodly long time, because they had only one projector and had to show each picture reel by reel. When the sun went down, it got very cold in Toluca, and the

old theater had no heat, but you gathered your coat about you and stuck it out until the last cowboy had killed the last red-skin and smothered the heroine in a kiss. Then you came home through the badly lighted streets, where the meek Indian policemen, huddled in blankets to the eyebrows, slept leaning against adobe corners, a lantern on the ground at their feet.

I began to get very tired of Toluca. My father did not take me to the ranch with him, because he said the roads were infested with bandits, and I could not yet ride well enough. Instead of letting me go about with him to the country or to Mexico City, he put me to learning bookkeeping. I was never very good at figures, and I got hopelessly tangled up in the problems he gave me. My stupidity disgusted him immeasurably, and he would rail at me about the need of acquiring a good business head. “Seventeen and you can’t add yet!” he’d cry. Then he would bend over the ledger and show me all over again how to balance the spoiled page, and say: “Now, hurry up and do it! Hurry up! Hurry up!”

“Hurry up!” was his favorite expression, in Spanish or in English. He was always telling the employees under him at the electric light company, the cook at home, or Maximiliano, or me, to hurry up, hurry up and do whatever we were doing—so that we could get through and do something else he always had ready to be done.

Hurry up! My father had tremendous energy. He always walked fast and rode hard. He was small and tough, like a jockey. He got up at five in the morning and worked at his accounts or his mail or his law books until time to go to the office. Then until ten or eleven o’clock at night he would be busy at various tasks, stopping only to eat. Then, on the days he made the long trek to the ranch, he rose at three-thirty or four, in order to get out there

early and see what his workers were doing. Every one else worked too slowly for him, so it was always, “Hurry up!”

As the weeks went by, I could think of less and less to say to my father. His whole way of living was so different from mine, his attitude toward life and people so amazing, that I fell silent and couldn’t open my mouth when he was in the house. Not even when he barked: “Hurry up!”

I hadn’t heard from my mother, even by July. I knew she was angry with me because I had gone to Mexico. I understood then, though, why she had been unable to live with my father, and I didn’t blame her. But why had she married him in the first place, I wondered. And why had they had me? Now, at seventeen, I began to be very sorry for myself, in a strange land in a mountain town, where there wasn’t a person who spoke English. It was very cold at night and quiet, and I had no money to get away, and I was lonesome. I began to wish I had never been born—not under such circumstances.

I took long rides on a black horse named Tito to little villages of adobe huts, nestled in green fields of corn and alfalfa, little villages, each with a big church with a beautiful tower built a hundred years ago, a white Spanish tower with great bells swinging in the turret.

I began to learn to read Spanish. I struggled with bookkeeping. I took one of the old pistols from my father’s desk and fired away in the afternoon at a target Maximiliano had put up in the corral. But most of the time I was depressed and unhappy and bored. One day, when there was no one in the house but me, I put the pistol to my head and held it there, loaded, a long time, and wondered if I would be any happier if I were to pull the trigger. But then, I began to think, if I do, I might miss something. I haven’t been to the ranch yet, nor to the top of the volcano, nor to the bullfights in Mexico,

nor graduated from high school, nor got married. So I put the pistol down and went back to my bookkeeping.

My father was very seldom at home, but when he was, he must have noticed my silence and my gloomy face, because if I looked the way I felt, I looked woebegone, indeed. One day in August, he told me he was going to Mexico City for a week, and would take me with him for the trip. He said I could see the summer bullfights and Xochimilco. The trip was ten days off, but I began to dream about it, and to press my clothes and get ready.

It seemed that my father couldn't resist saying, "Hurry up," more and more during those ten days, and giving me harder and harder bookkeeping problems to have worked out by the time he got home from the office. Besides, he was teaching me to typewrite, and gave me several exercises to master each evening. "Hurry up and type that a hundred times before you go to bed. Hurry up and get that page of figures done so I can check on it. Hurry up and learn the verb, *estar*."

Hurry up... hurry up... hurry up... hurry up, began to ring in my ears like an obsession.

The morning came for us to go to Mexico City. The train left at seven, but unless you reserved parlor-car seats, you had to be in line at the station before dawn to be sure of getting on the train, for the coaches were crowded to capacity. My father did not wish to spend the extra money for parlor-car seats, so he woke me up at four-thirty. It was still dark.

"Hurry up and get dressed," he said through the dark.

At that hour of the morning it is bitter cold in Toluca's high mountain valley. From the well Maximiliano brought us water for washing that was like ice. The cook began to prepare breakfast. We sat down to eat. At the table my

father gulped his food quickly, looked across at me, and barked for no reason at all: “Hurry up!”

Suddenly my stomach began to turn over and over. And I could not swallow another mouthful. Waves of heat engulfed me. My eyes burned. My body shook. I wanted more than anything on earth to hit my father, but instead I got up from the table and went back to bed. The bed went round and round and the room turned dark. Anger clotted in every vein, and my tongue tasted like dry blood.

My father stuck his head in the bedroom door and asked me what was the matter.

I said: “Nothing.”

He said: “Don’t you want to go to Mexico City?”

I said: “No, I don’t want to go.”

I don’t know what else he said, but after a while I heard him telling Maximiliano in Spanish to hurry up with his bags. Then the outside door closed, and he was gone to the train.

The housekeeper came in and asked me what I wanted.

I said: “Nothing.”

Maximiliano came back from the station and sat down silently on the tile floor just inside my door, his blanket about him. At noon the cook brought me a big bowl of warm soup, but I couldn’t drink it. My stomach kept turning round and round inside me. And when I thought of my father, I got sicker and sicker. I hated my father.

They sent for the doctor. He came and gave me a prescription. The housekeeper took it herself and had it filled, not trusting the *mozo*. But when my father came back after four days in the city, I still hadn’t eaten anything. I had a high fever. He sent for the doctor again, and the doctor said I’d better go to the hospital.

This time my father engaged seats in the parlor-car and took me to the American Hospital in Mexico City.

There, after numberless examinations, they decided I had better remain several weeks, since they thought I had a stomach infection.

The three middle-aged Mexican sisters came to see me and brought a gift of guava jelly. They asked what on earth could have happened to make me so ill. I must have had a great shock, they said, because my eyes were a deep yellow. But I never told them or the doctors that I was sick because I hated my father.

For two or three weeks I got pushed around in a wheel chair in the charming gardens of the American Hospital. When I learned that it was costing my father twenty dollars a day to keep me there, I made no effort to get better. It pleased me immensely to have him spending twenty dollars a day. In September, I went back to Cleveland without having seen Xochimilco, or a bullfight.

[...]

[Next Summer, 1920]

June came. And graduation. Like most graduations, it made you feel both sorry and glad: sorry to be leaving and glad to be going. Some students were planning to enter college, but not many, because there was no money for college in most of Central's families.

My father had written me to come to Mexico again to discuss with him my future plans. He hinted that he would send me to college if I intended to go, and he thought I had better go.

I didn't want to return to Mexico, but I had a feeling I'd never get any further education if I didn't, since my mother wanted me to go to work and be, as she put it, "of

some use to her.” She demanded to know how I would look going off to college and she there working like a dog!

I said I thought I could be of more help to her once I got an education than I could if I went to work fresh out of high school, because nobody could do much on the salary of a porter or a bus boy. And such jobs offered no advancement for a Negro.

But about my going to join my father, my mother acted much as she had done the year before. I guess it is the old story of divorced parents who don’t like each other, and take their grievances out on the offspring. I got the feeling then that I’d like to get away from home altogether, both homes, and that maybe if I went to Mexico one more time, I could go to college somewhere in some new place, and be on my own.

So I went back to Toluca.

My mother let me go to the station alone, and I felt pretty bad when I got on the train. I felt bad for the next three or four years, to tell the truth, and those were the years when I wrote most of my poetry. (For my best poems were all written when I felt the worst. When I was happy, I didn’t write anything.)

The one of my poems that has perhaps been most often reprinted in anthologies, was written on the train during this trip to Mexico when I was feeling very bad. It’s called “The Negro Speaks of Rivers” and was written just outside St. Louis, as the train rolled toward Texas.

It came about in this way. All day on the train I had been thinking about my father and his strange dislike of his own people. I didn’t understand it, because I was a Negro, and I liked Negroes very much. One of the happiest jobs I had ever had was during my freshman year in high school, when I worked behind the soda fountain for a Mrs. Kitzmiller, who ran a refreshment parlor on Central

Avenue in the heart of the colored neighborhood. People just up from the South used to come in for ice cream and sodas and watermelon. And I never tired of hearing them talk, listening to the thunderclaps of their laughter, to their troubles, to their discussions of the war and the men who had gone to Europe from the Jim Crow South, their complaints over the high rent and the long overtime hours that brought what seemed like big checks, until the weekly bills were paid. They seemed to me like the gayest and the bravest people possible—these Negroes from the Southern ghettos—facing tremendous odds, working and laughing and trying to get somewhere in the world.

I had been in to dinner early that afternoon on the train. Now it was just sunset, and we crossed the Mississippi, slowly, over a long bridge. I looked out the window of the Pullman at the great muddy river flowing down toward the heart of the South, and I began to think what that river, the old Mississippi, had meant to Negroes in the past—how to be sold down the river was the worst fate that could overtake a slave in times of bondage. Then I remembered reading how Abraham Lincoln had made a trip down the Mississippi on a raft to New Orleans, and how he had seen slavery at its worst, and had decided within himself that it should be removed from American life. Then I began to think about other rivers in our past—the Congo, and the Niger, and the Nile in Africa—and the thought came to me: “I’ve known rivers,” and I put it down on the back of an envelope I had in my pocket, and within the space of ten or fifteen minutes, as the train gathered speed in the dusk, I had written this poem, which I called “The Negro Speaks of Rivers”:

I've known rivers:
I've known rivers ancient as the world and older than
the flow of human blood in human veins.

My soul has grown deep like the rivers.

I bathed in the Euphrates when dawns were young.
I built my hut near the Congo and it lulled me to sleep.

I looked upon the Nile and raised the pyramids above it.
I heard the singing of the Mississippi when Abe Lincoln
went down to New Orleans, and I've seen its muddy
bosom turn all golden in the sunset.

I've known rivers:
Ancient, dusky rivers.

My soul has grown deep like the rivers.

No doubt I changed a few words the next day, or maybe crossed out a line or two. But there are seldom many changes in my poems, once they're down. Generally, the first two or three lines come to me from something I'm thinking about, or looking at, or doing, and the rest of the poem (if there is to be a poem) flows from those first few lines, usually right away. If there is a chance to put the poem down then, I write it down. If not, I try to remember it until I get to a pencil and paper; for poems are like rainbows: they escape you quickly.

Mexico Again

That summer in Mexico, I wrote a great many poems, because I was very unhappy, in spite of the fact that it was

a much more varied summer than the previous one. Even my father seemed kinder and less difficult. He had a new housekeeper now, a German woman named Frau Schultz, whom he later married. She helped to make the house much pleasanter.

Frau Schultz had just come from Germany, where she said people were starving. She was a widow with several children, the youngest of whom, Lotte, a child of ten, she had brought with her. She came with a big boatload of other Germans voyaging to the new world, to Cuba, Mexico, and South America, to start all over again. Her husband had been killed in the war, and when you mentioned war to her, she would say: “*Mensch!*” and spit.

She was a portly, kindly woman, with dull blue eyes and chestnut hair. Her little girl was very lively and very German-looking. What German I know I learned from Frau Schultz and Lotte, for they could speak neither English nor Spanish then, and I had to learn German to say anything at all to them. It was because my father had studied German for years, and was a great admirer of the German people, that he had employed her as his housekeeper. And Frau Schultz was happy to have work, because she had arrived in Mexico with only a few pesos, and had had to depend on the kindness of fellow-countrymen to whom she had letters.

Since Frau Schultz did not know a word of Spanish in which to give orders, she was unable to keep our Mexican cook, so she did all the cooking herself. And good it was, too, for a while—until my father felt that the butcher’s bills were too high. Then for weeks at a time, we would revert to Mexican beans, except on days when he was at the ranch. Then Frau Schultz and I would often kill one of his prize American hens and she would stew the hen with dumplings and we would have a grand meal. Or else

I would take the responsibility for running the grocery bills up, and would go to the store with Maximiliano and a gunny sack, and come back with all sorts of cheeses and sausages and good imported German things that Frau Schultz liked, and several cans of sardines, salmon, fruit, and American corn.

Once I came back with a delicious kind of white meat in a can with a Spanish label that neither of us could read. The meat was so good that I went back to the store and bought three or four cans more, and Frau Schultz made sandwiches of it at coffee time in the afternoons. Finally, one day it occurred to me to look up the delicacy's name in my Spanish-English dictionary. It turned out to be eel. I didn't mind, since I have no prejudice against eels. But when, in the English-German dictionary, Frau Schultz saw the frightful word in her own tongue, she almost died, declaring she'd as soon have eaten a snake! But by then we had both consumed several pounds of eel.

My father was away at the ranch a great deal of the summer. But when he was at home in town, he spoke German all the time at the table. And Spanish all the time elsewhere. So I began to learn Spanish fairly well, at least well enough to get about and meet people, and to read the novels of Blasco Ibáñez, whose *Cuentos Valencianos* I liked very much. And the terrific realism of *Caños y Barro* still sticks in my head.

I didn't do much that summer but read books, ride my horse, Tito, eat Frau Schultz's apple cake, feel lonesome, and write poems when I felt most lonesome. I began to wish for some Negro friends to pal around with. With my bad Spanish, I was still shy about making friends with the Mexicans. And I was worried about the days to come. My father hadn't yet got around to having a talk with me about college, and it was now already late July.

That summer my father was doubly busy, because the electric light company was in process of liquidation. Its main plant in the mountains had been destroyed by the revolutionists, who hated gringos for the airs they put on, and the low wages they paid. The revolutionists had also taken off all the cattle and sheep on my father's ranch, and left it bare. The road to the ranch was infested with bandits, and since they had twice robbed my father, stopping him on the road and taking everything, from his boots to his horse, and leaving him standing in a pine forest in nothing but his underwear—since then my father never went to the ranch alone, but always with a party of other ranchers, or else German mining investors who were then making frequent trips to the silver mines in that region.

My father's ranch was most valuable for timber, he said. Now the mines were flooded, but should they ever open again, he would make thousands of dollars from his timber lands, since the mines would all have to be reshafted, and new barracks and houses built for the men.

When my father felt that I could ride rapidly enough and shoot straight enough to take care of myself in case of danger, he let me go with him to the ranch one weekend, in company with a party of German mine owners and Mexican rancheros. We started out at dawn. It was a good day's ride over rocky roads and mountain trails, through majestic scenery. The way was temporarily safe, since the Federal troops had recently been over the road and, appropriately enough, on a high pass called *Las Cruces* (the Crosses) they had hanged three bandits, and left them hanging there as examples to others. They were still there the day we passed, three poor Indian bandits with bare feet, strung from scrubby pine trees near the road, their thin dirty-white trousers flapping in the cold mountain wind. One had long black hair that lashed across his face.

Their bodies swayed slowly in the high wind at the top of the pass, like puppets stiff against the sky.

That afternoon we passed through a large ruined village, destroyed, my father said, several years before by the Zapatistas. Now wild grass grew between the cobblestones of the main street, and nobody lived in the tumbled-down houses. The church stood roofless, with its tall bell-tower of carved stone lording it above the desolation of what had once been a town.

“The Zapatistas were bandits,” my father said. “They loved to destroy property.”

“I read somewhere that Zapata was a poor shoemaker, who wanted to get the land back for the peons,” I answered.

“Lies!” my father cried. “Zapata, Villa, all of ‘em dirty bandits!”

We got to the ranch at sundown. We had been delayed on the road because Tito, the horse I was riding, became enamoured of a mare belonging to the Germans. In a sudden burst of affection, Tito made a flying leap for the mare. The mare bolted, broke her bridle and threw her German rider to the ground, then dashed off down the road. It was all I could do to hold Tito, who acted like a bronco in a rodeo, as all the horses began to wheel and whinny and neigh.

Several of the men galloped off in pursuit of the mare. The rest of us went to the aid of the deposed German, who had landed in a rocky gulley, six feet below the road. He was somewhat shaken up, but when he got himself together, he seemed none the worse for his fall, except a few stone bruises, and a tear in his trousers.

We were in a wild and lonesome-looking country as the shadows grew long in the late afternoon, and the mountains hid the sun. The party began to break up, some going to the abandoned mines, others to a ranch farther

on. Those who were returning to Toluca shortly agreed to meet at dawn two days later to make the trip together.

My father's ranch seemed to take in a whole mountain side and on over the rim beyond that. Little fires were glowing on his mountain, as we rode upward in the dusk toward a cluster of peasant huts, half-hidden in the foliage at the far edge of a broad, slanting field. It was cold and the peons had lighted bonfires outside their doors, and were sitting about the fires, wrapped in blankets. A withered old woman fixed us a meal of tortillas and red beans that were very good. Then we slept on the floor inside one of the mud huts.

The next day I went with my father to a flooded mine shaft nearby. The German, who had fallen off the horse the day before, was there. He and my father did a great deal of talking and figuring, while Tito and the mare champed and neighed and rolled their eyes at each other from the respective trees where they were tied, yards apart.

On the way back to the ranch, my father suddenly announced that he had made up his mind to have me study mining engineering.

"In another five or six years," he said, "these mines will be open and there will be plenty of work for you here, near the ranch."

"But I can't be a mining engineer, I'm no good at mathematics," I said, as we walked the horses.

"You can learn anything you put your mind to," my father said. "And engineering is something that will make you some money. What do you want to do, live like a nigger all your life? Look at your mother, waiting table in a restaurant! Don't you want to get anywhere?"

"Sure," I said. "But I don't want to be a mining engineer."

"What do you want to be?"

"I don't know. But I think a writer."

“A writer?” my father said. “A writer? Do they make any money?”

“Some of them do, I guess.”

“I never heard of a colored one that did,” said my father.

“Alexandre Dumas,” I answered.

“Yes, but he was in Paris, where they don’t care about color. That’s what I want you to do, Langston. Learn something you can make a living from anywhere in the world, in Europe or South America, and don’t stay in the States, where you have to live like a nigger with niggers.”

“But I like Negroes,” I said. “We have plenty of fun.”

“Fun!” my father shouted. “How can you have fun with the color line staring you in the face? I never could.”

We were riding in a bowl of pine trees, with the distant rim of the mountains all around and the sky very blue. For once, my father did not seem to be in a hurry. He let his horse mosey along, biting at the wayside grass. As we rode, my father outlined a plan he had made up in his mind for me, a plan that I had never dreamed of before. He wanted me to go to Switzerland to college, perhaps to Basle, or one of the cantons where one could learn three languages at once, French, German, and Italian, directly from the people. Then he wanted me to go to a German engineering school. Then come back to live in Mexico.

The thought of trigonometry, physics, and chemistry in a *foreign* language was more than I could bear. In English, they were difficult enough. But as a compromise to Switzerland and Germany, I suggested Columbia in New York—mainly because I wanted to see Harlem.

My father wouldn’t hear of it. But the more I thought of it, the better I liked the idea myself. I had an overwhelming desire to see Harlem. More than Paris, or the Shakespeare country, or Berlin, or the Alps, I wanted to see Harlem, the greatest Negro city in the world. *Shuffle Along* had

just burst into being, and I wanted to hear Florence Mills sing. So I told my father I'd rather go to Columbia than to Switzerland.

My father shut up. I shut up. Our horses went on down the mountain into the blue shadows. We didn't talk much for days. At home he gave me several involved problems in bookkeeping to do and told me to stop spending so much time with the Mexicans, promenading in the Portales in the evening. But his advice went in one ear and out the other. I liked the Portales, but I didn't like bookkeeping.

Promenade

In Toluca, the evening promenade was an established institution for the young people of the town and, on band concert nights, for the older people, too. Toluca's business district consisted largely of three sides of a square, with a cloistered walk running around the three sides. An enormous and very old church formed the fourth side of the square. The covered walkway had tall arched portals open to the cobblestoned street, hence its name, *Los Portales*.

The leading shops were along the Portales. The post office was there as well. And the biggest hotel. And a very appetizing chocolate and sweet shop, displaying enormous layer cakes, dripping with syrupy icings and candied fruits. Once a week, the town band gave a concert in the Portales. But every evening, concert or no concert, the young people of the town, between six and seven o'clock, took their evening stroll there.

I had become acquainted with Tomas, son of a dry goods merchant who had business dealings with my father, and Tomas took me to walk with the other young men of the town in the Portales, at the hour when all the girls were

out walking, too. But not walking with young men. Oh, no! Not at all. That was unheard of in Toluca. The girls of the better Mexican families merely strolled slowly up and down with their mothers or married sisters, or old aunts, or the family servant, but never unchaperoned or alone.

The boys promenaded in groups of three or four, usually, slowing down when you passed a particular girl you wanted to make an impression on. The girls would always pretend not to notice any of the boys, turning their heads away and giggling and looking in the shop windows. It was not considered polite for a nice girl really to notice boys, although it was all right for the boys to turn and stare at the girls as they went by. So the boys would pause and look and then walk on, turning at the end of the walk to retrace their steps until they had covered the three-sided promenade of the Portales perhaps fifteen or twenty times an evening. Then suddenly, it would be supper time, and the sidewalks would be deserted. The shops would begin to pull down their zinc shutters, and everybody would go home through the cool mountain darkness to a hot *merienda* of steaming chocolate, tamales, goat's cheese, and buns. And maybe some of the sticky and very sweet cake you had seen in the shop window on the Portales.

In Toluca, if a boy fell in love with a girl, he could not visit the young lady in her home until he had become engaged to her. He could only go to call on her outside the iron grilles of her front window, for all the houses in Toluca had iron grilles at the windows to keep lovers and bandits out. Within the living room, back in the shadows somewhere, the chaperon sat, and the lovers would have to speak very low indeed for that attentive female not to hear every word. The boy could hold the girl's hand, and maybe kiss her finger tips, but not very often would he be tall enough to steal a kiss from her lips, for most of the

windows had a fairly high sill. And even if the girl sat on the floor, it is not easy to achieve a real kiss through grilled bars and with a vigilant chaperon in the offing.

Good girls in Toluca, as is the custom in very Catholic and very Latin countries, were kept sheltered indeed, both before and after marriage. They did not go into the street alone. They did not come near a man unchaperoned. Girls who worked, servants, typists, and waitresses, and others who ran the streets free, were considered fair game for any man who could make them. But good girls—between them and the world stood the tall iron bars of *la reja*, those formidable grilled windows of the Latin countries. Sometimes groups of boys in love got together with guitars and went from house to house serenading their sweethearts. And lots of boys wrote poems to their girls and handed the poems, in carefully folded little notes, through the grilles for the beloved to read at night in her bed.

But when the mother, or the old aunt, or the family servant decided it was time to close the shutters of *la reja*, the suitor would move on up the street in the dusk, for the shutters were usually closed early. Perhaps he would go home, or perhaps he would play a game of *carambola* in the town's one billiard hall. Or perhaps, if he could afford it, he would go to Natcha's house. There were in Toluca, two houses of love—one for gentlemen and army officers, the other for laborers and common soldiers. Natcha's house was for gentlemen and officers.

Means of Escape

September approached and still I had made no headway with my father about going to college. He said Europe. I said New York. He said he wouldn't spend a penny to educate

me in the United States. I asked him how long I had to stay in Mexico. He said until I decided to act wisely. Not caring what that meant, I made up my mind to see about getting away myself.

I had no money, but Tomas' father had asked me if I would teach his son English, so I accepted, receiving a modest fee. Probably because Tomas proved an apt pupil (and we pal'd around together quite a little, too), others heard of his rapid progress in speaking *at* English, and I soon found myself with more applicants for classes than I could accept. I raised my fee. When the schools opened, I was offered two positions as an English instructor—one in Señor Luis Tovar's business college, another in Señorita Padilla's private finishing school for girls. I was able to take them both, since Señorita Padilla's classes were in the mornings and Señor Tovar's in the afternoon and early evening.

I used the Berlitz method, all instruction entirely in English, and I found that it worked very well. My students really did learn something, and we had lots of fun together, besides. Very shortly, the mayor of the town sent for me and asked if I would give private lessons to his son and daughter at home.

The daughter was about sixteen and very beautiful, but the son was as bad a fifteen-year-old youngster as ever decided *not* to learn a word of anything. Result, neither girl nor boy got much beyond the words *door* and *chair* that winter, and I don't think they cared. They were rather spoiled, cream-colored children, who played tennis with a doctor's family, browner and more Indian-looking—one of the few Indian families considered "aristocracy" in Toluca, where Spanish blood still prevailed in the best circles and the exaltation of things Indian had not yet triumphed—for Diego Rivera was still in Paris.

As a teacher of English to the “best” families, I met a great many interesting people and my funds for escape grew apace. For the first time in my life, I had my own money to spend in decent amounts, to send my mother, and to save. All that winter I did not ask my father for a penny. And I knew by summer I would have enough to go to New York, so I began to plan my trip long before the winter was over. I dreamt about Harlem.

Card from Cuernavaca

Six months anywhere is enough to begin to complicate life. By that time, if you stay in one place, you are bound to know people too well for things to be any longer simple. Well, that winter one of my pupils fell in love with me. She was a woman in her thirties, to whom I had been giving lessons two afternoons a week. She lived a secluded life with her old aunt, no doubt on a small income. And she had never been married because, since childhood, she had suffered with a heart ailment. She was a very delicate little woman, ivory-tan in color, with a great mass of heavy black hair and very bright but sad eyes. I always thought perhaps she was something like Emily Dickinson, shut away and strange, eager and lonesome, as Emily must have been.

But I had no way of knowing she was going to fall in love with me. She read and spoke a little English, but she wanted to be able to read big novels like Scott’s and Dickens’s. Yet she didn’t pay much attention to her lessons. When I read aloud, she would look at me, until I looked at her. Then her eyes would fall. After several weeks of classes, shyly, in a funny little sentence of awkward English, she finally made me realize she must be in love.

She began to say things like: “Dear Mister, I cannot wait you to come back so long off Friday.”

“But you have to learn your verbs,” I’d say. “And it will take until Friday.”

“The verbs is not much difficult. It’s you I am think about, Mister.”

She seemed almost elderly to me then, at eighteen. I was confused and didn’t know what to say. After a few such sentences in English, she’d blush deeply and take refuge in Spanish. And all I could think of to tell her was that she mustn’t fall in love with me, because I was going to New York as soon as I had saved the fare.

The little lady’s eyes widened and her face went white when I said it. I thought for a moment she was surely going to faint. And one day she did faint, but it was not, I suppose, for love. It was while we were going over conditionals, sentences like, “I would write if I could,” when she simply keeled over in her chair.

Her old aunt and the servants had told me that that might happen almost any time. Strains and excitement upset her. So after that I was never sure as to the safe thing to do when I found her looking at me. She might faint if I held her hand—or she might faint if I didn’t.

But all things end in time. When I came to her house one afternoon at the class hour, I was very sorry (and ashamed at my feeling of relief) to learn that she was quite ill with a heavy cold. She remained in bed several days. I took her flowers and sat with her, surrounded by little bottles and boxes of pills. When she was better, her aunt carried her away to a lower and warmer climate to convalesce. I never saw her any more. But she wrote me a card once from Cuernavaca, and signed it just, “Maria.”

Bullfights

Almost every week-end that winter, now that I was earning my own money, I went to the bullfights in Mexico City. Rudolfo Gaona was the famous Mexican matador of the day, a stocky Indian of great art and bravery. Sanchez Mejias was there from Spain that season, greatly acclaimed, as well as Juan Silveti, and a younger fighter called Juan Luis de la Rosa, who did not win much favor with the crowd. One afternoon, in the sunset, at the end of a six-bull corrida, (bulls from the Duque de Veragua) I saw de la Rosa trying to kill his final bull amidst a shower of cushions, canes, paper bags, and anything else throwable that an irate crowd could hurl at him. But he stuck it out, and finally the enormous animal slid to his knees, bleeding on the sand. But the matador was soundly hissed as he left the ring.

At the annual festival bullfight for the charities of la Cavadonga, when the belles of Mexico City, in their lace mantillas, drove about the arena in open carriages preceding the fight, and the National Band played, and the *Presidente de la Republica* was there, and Sanchez Mejias made the hair stand on your head and cold chills run down your back with the daring and beauty of his *veronicas*, after the fight there was a great rush into the ring on the part of many of the young men in the crowd, to lift the famous fighters on their shoulders or to carry off a pair of golden banderillas as a souvenir, with the warm blood still on them. I dived for the ring, too, the moment the fight was over. In leaping the *barrera*, I tore my only good trousers from knee to ankle—but I got my banderillas.

After the fights, I would usually have supper with the three charming and aging Mexican sisters, the Patiños, friends of my father's, who lived near the Zocalo, just back of the cathedral, and who always invited me to vespers. To

please them, I would go to vespers, and I began to love the great, dusky, candle-lighted interiors of the vast Mexican churches, smoky with incense and filled with sad virgins and gruesome crucifixes with real thorns on the Christ-head, and what seemed to be real blood gushing forth from His side, thick and red as the blood of the bulls I had seen killed in the afternoon. In the evenings I might go to see Margarita Xirgu, or Virginia Fabregas in some bad Spanish play, over-acted and sticky like the cakes in our Toluca sweet shop.

Meanwhile, ambitiously, I began to try to write prose. I tried to write about a bullfight, but could never capture it on paper. Bullfights are very hard things to put down on paper—like trying to describe the ballet.

Bullfights must be seen in all their strength of vigorous and graceful movement and glitter of sun on sleek hides and silken suits spangled with gold and silver and on the sharp points of the banderillas and on the thin blades of the swords. Bullfights must be heard, the music barbaric and Moorish, the roar of the crowd, the grunt of the bull, the cry of the gored horse, the trumpet signaling to kill, the silence when a man is gored. They must be smelt, dust and tobacco and animals and leather, sweat and blood and the scent of death. Then the cry of glory when a great kill is made and the flutter of thousands of handkerchiefs, with roses thrown at the feet of the triumphant matador, as he is awarded the tail and ears of the bull. Or the hiss of scorn when the fighter has been cowardly or awkward.

Then the crowd pouring out into the sunset, and the fighters covered with sand and splattered with blood, gliding off to their hotels in swift, high-powered cars; the women on the street selling lottery tickets; beggars; and men giving out cards to houses of pleasure; and the police clearing a passage for the big Duesenbergs of the rich; and

the naked bulls hanging beneath the arena, skinned, ready for the market.

A bullfight is like a very moving play—except that the fight is real, unrehearsed, and no two *corridas* are ever the same. Of course, the bull gets killed. But sometimes, the man dies first. It is not a game or a sport. It's life playing deliberately with death. Except that death is alive, too, taking an active part.

Tragedy in Toluca

I could not put the bullfights down, so, wanting to write prose, I wrote instead an article about Toluca, and another about the Virgin of Guadalupe, and a little play for children called, *The Gold Piece*. I sent them to the *Brownies' Book*, a magazine for Negro children, just begun in New York by Dr. DuBois and the *Crisis* staff. These pieces of mine were accepted, and encouraging letters came back from Jessie Fauset, who was managing editor there. So I sent her my poem written on the train, "The Negro Speaks of Rivers." And in June, 1921, it appeared in the *Crisis*, the first of my poems to be published outside Central High School.

My father reacted to my published work with two questions: "How long did it take you to write that?" And next: "Did they pay you anything?"

Neither the *Crisis* nor the *Brownies' Book* paid anything, but I was delighted to be published. For the next few years my poems appeared often (and solely) in the *Crisis*. And to that magazine, certainly, I owe my literary beginnings—insofar as publication is concerned.

Finally my father gave in and said, yes, he would send me to Columbia. So I wrote for registration and dormitory

space. I was admitted, and planned to leave for New York late in the summer. But that spring the block which our house occupied, facing the little park, was the scene of several weird and depressing happenings. I began to wish I had gone away sooner.

It began with my seeing an Indian at our corner get both his legs cut off by the bouncing little street car (on a Ford chassis) that wound from the center of the town to the station. Shortly after that, one early morning, I opened the big doors in the wall of the corral to let my father through, bound for the ranch. His horse dashed out, but suddenly balked for no reason in the middle of the road and threw him head-over-heels in the dust. My father got up, rubbed his head, grabbed the horse, and went on to the ranch. But Maximiliano declared the horse had seen the poor Indian's ghost walking through our park in the sunrise, with no legs.

A week or two later, one Sunday morning, leaving the house early to catch the seven o'clock train for Mexico City, I noticed a small crowd of Indians in their serapes, standing around the shallow basin of the fountain in the center of the park. As I passed, I looked down and there in scarcely three feet of water, lay the body of a young woman, curled about the base of the fountain. She was nicely dressed, and obviously of a decent family. The police found a suicide note. She was one of the good girls whose grilled *rejas* had not protected her from the step that in Mexico brings ruin and disgrace. But *what* will power it must have taken—to drown one's self in a shallow fountain of water hardly as deep as your knees!

In Mexico City, I told the three kind maiden ladies of the strange happenings on our plaza in Toluca, and they looked distressed and worried. They said they would pray that nothing happened to my father or me. And they

begged me to go to mass with them. Perhaps their prayers worked. For, although tragedy soon descended in a most unexpected manner upon our house itself, neither my father nor I was home when that strange explosion of passion and of violence took place.

Our German housekeeper, Frau Schultz, had an old friend from Berlin in Mexico City, whose husband was not well and whose income was therefore reduced. This friend had several children, the oldest, a daughter of seventeen or eighteen in need of work.

That winter in Toluca, the wife of the German brewery-master died, and so he began looking about for a housekeeper. The brewery-master was sixty-five years old, and merely wanted someone to manage his Mexican servants and see that he got something to eat, German-style, once in a while. Frau Schultz immediately thought of her friend's daughter for the job. Although a young girl, she was nevertheless sober and industrious in her habits, and a very good cook, to boot.

She sent for the girl. Her name was Gerta Kraus. She was a very plain girl, awkward, shy and silent, with stringy ashen hair and a long face. She spoke no Spanish beyond *Buenos Días*, so that was all we ever said to each other as long as I knew her. The old German gave her the job as his housekeeper. And as the winter went on, Frau Schultz reported that the girl was doing very well, that she kept the brewery-master's home spotless, and sent her wages to her parents in Mexico City.

Perhaps twice a week, Gerta would come down to our house and spend a few hours in the afternoon with Frau Schultz. Occasionally, I would come home from my various English classes and find them chattering away in German at a great rate, over a big pot of coffee and a platter of cakes. But I seldom joined them. My pupils' parents gave

me chocolate, or sweetmeats, or something to eat or drink almost every time I taught a class, so I was seldom hungry until dinner time.

In the spring, Frau Kraus came up from Mexico City to spend a week with Frau Schultz and see her daughter, whom she hadn't seen all winter. That week the outdoor brick oven in our corral was always full of long loaves of bread and yellow cakes. All the German friends of Frau Schultz in Toluca came to call on Frau Kraus from Mexico City—that is all the Germans in *their* circle—for the wealthier Germans, like the brewery-master, did not move in such poor society.

My father had gone to the ranch, so the women had the house to themselves. Because I found Frau Schultz very kind and amiable, I was glad she was having a holiday week with her friends. Every day, Gerta came down to our house to be with her mother, and things were very lively and the patio was filled with feminine voices speaking German. Most of the time, I kept out of the way, since we couldn't understand one another, the Germans and I.

Then Friday came. The week was almost over and Frau Kraus would return to Mexico City on Sunday. But on Friday the terrible thing happened. Fortunately, there were no guests in the house that afternoon. Only Frau Schultz and her little girl, Lotte, Frau Kraus and her daughter, Gerta. It was a chilly, dismal afternoon, so they were all seated at the table in the dining room just off the warm kitchen. The coffee was hot, and the apple-cakes almost like the cakes at home in Germany, where the ovens were not built of adobe brick in dusty corrals. They were having a good time, the two women talking of days before the war in their suburb of Berlin, and of their children, and how ten-year-old Lotte was learning Spanish and becoming Catholic already in that Catholic school, and of how well

Gerta had done with her job under the tall, cranky old brewery-master.

Just then someone knocked commandingly at the street entrance. Ten-year-old Lotte went down the corridor and across the patio to answer the door. There stood the brewery-master, tall with iron-white hair and a big white mustache. He did not say a word to Lotte. He came in and strode slowly along the corridor that skirted the patio, looking into each room as he passed. He came to the dining room, which was at the end of the corridor. Hearing voices, he pushed open the door and walked in.

No one had time to say a word, to rise to greet him, or to offer him a chair. For the brewery-master took a pistol from his pocket and, without warning, began to fire on the women. First he fired on Gerta point-blank, sending a bullet through her head, another through her jaw, another through her shoulder, before she slumped unconscious to the floor beneath the table. In panic, the two women tried to run, but the old man, blocking the door, fired again, striking Frau Schultz in the right arm and breaking it. Then he went all through the patio looking for me, looking, looking, out into the corral and through the stables.

Lotte, wild-eyed, reached the street and called the neighbors. Frau Kraus lay in a dead faint in the kitchen. Frau Schultz crouched, stunned, in a corner against the wall, afraid to move. A crowd of Indians assembled, but were wary of entering the house.

Finally the old German walked past the men on the sidewalk, with his pistol still in hand, and no one stopped him. He went directly to the police station and gave himself up. He had two bullets left in his gun, and he told the police he had intended them for me. He said he thought Gerta had been coming to our house to be with me. He

said he was in love with Gerta and he wanted to kill her and to kill me.

When I got home a half-hour after the shooting, the ambulance had just taken every one to the hospital. The police would not let me in until they had completed their inspection. When I finally did get into the house, I found the dining room floor a pool of blood, a chair splintered by a bullet, and the tiles of the corridor spotted with red.

Since my father was at the ranch, I went in search of a German friend of his, a buyer of mines, who saw to it that proper hospitalization was provided for the women. Then we went to visit the jail. The old brewery-master sat in his cell, not saying a word, except that he was glad he had killed the girl. He was glad, he mumbled, glad!

But strangely enough, Gerta did not die! She was unconscious for six weeks, and remained in the hospital almost a year—but she didn't die. She finally got well again, with the marks of three bullets on her face and body. The court gave the old man twenty years in prison.

Had I arrived at home that afternoon a half-hour earlier, I probably would not be here today.

Departure

In the late summer I began to make ready to leave for Columbia. In Toluca the schools had vacation at odd times, so most of my English classes continued throughout the summer. I hated to leave them, but I told Señorita Padilla and Professor Tovar that they would have to find someone else.

A short time later. Professor Tovar told me he had learned that a new American couple had come to Toluca, a road engineer and his wife, and that the woman was willing to take over my English classes. I was glad, because

the two Mexican teachers of English I had met there had a good knowledge of grammar, but atrocious pronunciation.

While I went for a final trip to the ranch with my father, Professor Tovar and Señorita Padilla called on the American woman and made final arrangements with her to take over the girls' school and business school classes. They set a day for her to come to the business school in the Portales to go over the lessons with me, and to visit the commercial classes.

Professor Tovar had neglected to tell the new teacher that I was an *americano de color*, brown as a Mexican, and nineteen years old. So when she walked into the room with him, she kept looking around for the American teacher. No doubt she thought I was one of the students, chalk in hand, standing at the board. But when she was introduced to me, her mouth fell open, and she said: "Why, Ah-Ah thought you was an American."

I said: "I am American!"

She said: "Oh, Ah mean a white American!" Her voice had a southern drawl.

I grinned.

She was a poor-looking lady of the stringy type, who probably had never been away from her home town before. I asked her what part of the States she came from. She said Arkansas—which better explained her immediate interest in color. The next two days, as she sat beside me at the teacher's desk, and I went over with her the different types of courses the students had—the conversation for the girls from Señorita Padilla's school, and the business English for the pupils of the academy—she kept looking at me out of the corners of her eyes as if she thought maybe I might bite her.

At the end of the first day, she said: "Ah never come across an educated Ne-gre before." (Southerners often make that word a slur between *nigger* and *Negro*.)

I said: “They have a large state college for colored people in Arkansas, so there must be some educated ones there.”

She said: “Ah reckon so, but Ah just never saw one before.” And she continued to gaze at me as her first example of an educated Negro.

I was a bit loath to leave my students, with whom I had had so much fun, in charge of a woman from one of our more backward states, who probably felt about brown Mexicans much as my father did. But there was no alternative, if they wanted to learn English at all. Then, too, I thought the young ladies from Señorita Padilla’s academy might as well meet a real *gringo* for once. Feminine gender: *gringa*.

Manhattan Island

I was glad to leave Mexico. My father came with me as far as the capital and when the train pulled out of Buena Vista station for Vera Cruz one day in September, 1921, I said: “*Gracias a dios!*”

The next day for the first time in my life I saw the ocean—the Gulf of Mexico, with its smell of seaweed and salt water, its wharves, and big boats. But Vera Cruz in September was the hottest city I have ever known and the mosquitoes were legion. You sweltered in a bed made airless by double mosquito netting, in a room that hummed like a beehive. And when you got on the boat for New York, you were *mighty* glad.

In Merida there was quarantine. In Havana there was quarantine. Folks were sick. We couldn’t go ashore.

But, boy! At last! New York was pretty, rising out of the bay in the sunset—the thrill of those towers of Manhattan with their million golden eyes, growing slowly taller

and taller above the green water, until they looked as if they could almost touch the sky! Then Brooklyn Bridge, gigantic in the dusk! Then the necklaces of lights, glowing everywhere around us, as we docked on the Brooklyn side. All this made me feel it was better to come to New York than to any other city in the world.

[...]



El inicio
del viaje

Zangston Hughes

En una ciudad mexicana¹

Toluca se encuentra en la meseta más alta de México, al pie del antiguo y extinto volcán Xinantécatl, que se dice lleva el nombre de uno de los antiguos reyes indios. En todo el alrededor hay montañas, y nuestro valle es amplio y fértil. Acá el clima es fresco y a menudo frío, pero la gente pobre nunca tiene zapatos que ponerse ni los ricos usan chimeneas en sus casas. En verano es temporada de lluvias, y cada día trae largos aguaceros y nubes brumosas que ocultan las montañas. En invierno el cielo está transparente y el sol brilla tibio al mediodía, pero en la sombra siempre hace frío.

La casa en que vivo da a una placita o parque, y desde mi ventana puedo ver muchas cosas interesantes. Cada mañana, una anciana descalza con un amplio sombrero de paja y falda larga conduce a un pequeño rebaño de ovejas blancas por la calle; a veces tiene un cordero pequeñito en sus brazos. Van al campo para pastar todo el día, y vuelven en la tarde. Con frecuencia veo un cortejo fúnebre atravesar la plaza, rumbo al panteón, y como acá no hay carrozas fúnebres, los hombres cargan el ataúd sobre sus hombros, mientras las personas en duelo caminan detrás de ellos. Los domingos el parque está lleno de mujeres con chales negros y hombres envueltos en sarapes o cobijas que vienen temprano en la mañana a misa, en la pintoresca y antigua iglesia de enfrente, con su bonita torre y sus no muy musicales campanas.

¹ Ilustrado por Hilda Rue Wilkinson.

Acá hay muchas iglesias, todas ellas antiguas. Algunas fueron construidas antes de la Independencia —cuando México todavía estaba bajo el dominio español—, y tienen hermosos domos y altas y elegantes torres. Prácticamente todos son católicos, y celebran muchas festividades. El día de los Santos Inocentes hay una costumbre que nos recuerda la de nuestro *April Fool*.² En esta fecha, no debe prestarse nada, y si se te olvida, lo más seguro es que el objeto te sea devuelto por el bromista amigo que lo pidió prestado, junto con una pequeña caja llena de juguetitos y una nota llamándote “pobre inocente santito”. El 2 de noviembre, que es el Día de Muertos, venden muchos ataúdes de cartón y muñecas de papel vestidas como dolientes, y si una persona te encuentra en la calle y te dice “estoy muriendo”, debes darle un regalo, a menos que tú hayas dicho primero “estoy muriendo”; entonces, por supuesto, él tiene que recompensarte con el regalo. En cierto día de enero, la gente lleva a sus animales a ser bendecidos, y en el atrio de la iglesia uno ve de todo, desde bueyes hasta conejos. Cada uno lleva un pedacito de listón de vivos colores, y esperan pacientemente a que venga el sacerdote.

Las casas aquí se parecen mucho por fuera, y no son sino una sucesión de puertas arqueadas y ventanas con pequeños balcones que dan a la banqueta. Con frecuencia tienen hermosos patios y corredores, pero ocultos a la vista de los transeúntes tras largos muros, y las fachadas de las casas nunca cuentan sobre la belleza que puede estar dentro de ellas. Cuando uno entra a una casa, la puerta usualmente conduce directamente al patio o a veces al largo corredor

² En México, el 28 de diciembre es el Día de los Santos Inocentes; si ese día se obtiene dinero o un objeto prestado, el recipiente puede decir: “Inocente palomita, que te dejaste engañar”, con lo cual indica que no hay deuda. Además hay muchas bromas, noticias falsas, para hacer caer a los ingenuos que las crean. En Estados Unidos, esta conducta se presenta el 1º de abril.

abierto en el que cada habitación tiene su entrada. En el patio hay flores todo el año, y, si es grande, puede haber ahí un jardín o árboles. En los barandales de los largos corredores también hay muchas macetas de geranios rojos y rosados, además de fragante heliotropo. Dentro de la casa probablemente habrá pocos muebles. Solo pocas personas bien acomodadas tienen muchos muebles, así que la mayoría de las casas usa principalmente sillas para rellenar espacios. Un día, en la sala de un amigo, conté veintisiete, y los únicos otros muebles eran dos mesitas. La mayoría de las salas de la gente de clase media muestran el mismo vacío, pero tal vez sea buena idea, porque en los días de fiesta hay mucho espacio para bailar sin tener que sacar ningún mueble.

Las cocinas aquí son muy diferentes de las estadounidenses, porque no usan hornos ni estufas de gas. El combustible es carbón, y los hornos están hechos de piedra o ladrillo, construidos dentro de la pared como un largo asiento, excepto que tienen encima tres parrillas cuadradas para el fuego y, en el frente, tres orificios cuadrados para retirar las cenizas. Algunas están bellamente construidas y cubiertas con azulejos de alegres colores. Para hacer el fuego, se encienden varias astillas de pino en la parrilla, y después se apilan encima los negros trozos de carbón. Entonces uno tiene que echar y echar aire a los orificios cuadrados del frente, hasta que el carbón empiece a arder, y en breve tendrás un bonito y brillante fuego listo para cocinar.

Acá, las tiendas en los portales, que es la zona elegante de Toluca, se parecen mucho a las estadounidenses, pero en los pequeños expendios de las calles adyacentes uno puede comprar un centavo de madera o una cucharada sopera de manteca o una lámpara llena de aceite. Los pobres aquí no tienen mucho dinero. Estas pequeñas tiendas

están pintadas con todo tipo de colores y tienen los nombres más cómicos. Conozco una que se llama “El ramo nupcial”. Otras son “La luz de América”, “La gran pelea”, “El zorro”, y así, incluso la tienda de un hojalatero se llama “Corazón de Jesús”. La última tienda en las afueras de la ciudad, donde el camino conduce a San Juan, tiene el muy apropiado nombre de “La despedida”. Quien no supiera español podría adquirir un vocabulario completo, solo con leer los nombres de las tiendas, que están pintados al frente en grandes letras coloridas, frecuentemente acompañados de dibujos o decoraciones que ilustran su significado. Por ejemplo, la carnicería llamada “El toro de Atenco” tiene el dibujo del animal a un lado de la puerta y un torero del otro lado, pintado sobre un fondo azul brillante.

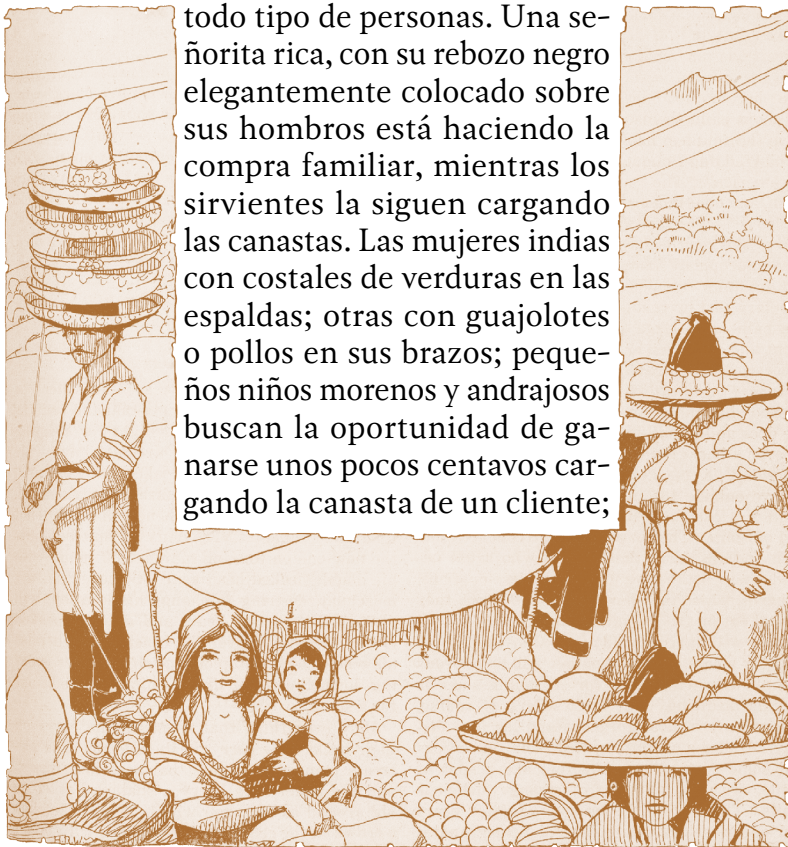
El viernes es día de tianguis³ en Toluca, y la plaza afuera del mercado es un mar de anchos sombreros mexicanos, donde compradores y vendedores se empujan y regatean. Las calles de los alrededores están llenas de indios que vienen del campo, acuclillados tras sus pilas de verduras o frutas o hierbas, que deben vender y extienden en el piso frente a ellos. Una anciana tendrá pequeñas y ordenadas pilas de chiles verdes, a un centavo cada fila. Otra tendrá frijoles y otra, hierbas silvestres para aderezar la sopa o hacer medicina. Los vendedores de fruta, por supuesto, siempre tienen la exhibición más hermosa y deliciosa. Bajo un techado formado con cuatro palos y algún tipo de cubierta para hacer un poco de sombra, se apila todo tipo de extrañas y deliciosas frutas. Ahí encuentra uno los cremosos aguacates y mangos de exótico sabor; rojas granadas y negros zapotes; pequeños melones redondos y gordos platanitos, así como la granada de delicado sabor, que se siente como una bolsa de papel que adentro tiene una pulpa suave, llena de semillas. Luego están las naranjas que nos llegan del

³ Mercadillo itinerante.

caluroso campo, junto con limas y jugosos limones, que no son amargos, como los que conocemos en el norte.

Acá la gente nunca compra sin regatear. Si el precio de una cosa es de dos centavos, están seguros de que lo obtendrán por uno. Estas discusiones por los precios son siempre afables; el vendedor, sabiendo que tendrá que rebajar, suele pedir más de lo que debería haber pedido en primer lugar. Todos los que van al tianguis deben llevar sus propias canastas y costales, e incluso el papel para su carne, porque todo se vende sin envoltura.

La multitud de un día de tianguis está compuesta por



todo tipo de personas. Una señorita rica, con su rebozo negro elegantemente colocado sobre sus hombros está haciendo la compra familiar, mientras los sirvientes la siguen cargando las canastas. Las mujeres indias con costales de verduras en las espaldas; otras con guajolotes o pollos en sus brazos; pequeños niños morenos y andrajosos buscan la oportunidad de ganarse unos pocos centavos cargando la canasta de un cliente;

Día de tianguis en Toluca

y pordioseros, innumerables pordioseros, ciegos, cojos y enfermos pordioseros, todos pidiendo pacientemente centavos o frutas medio podridas; estas son las personas que uno ve el día del tianguis, abriéndose paso a empujones y codazos entre la multitud, que es tan densa que nadie puede apurarse.

En un lado de la plaza están los vendedores de sombreros y los enormes tapetes amarillos que los indios extienden en el piso por las noches, a fin de dormir en ellos. Los sombreros mexicanos de paja tienen amplias y redondas alas y copas de pico alto; aunque son baratos, la mayoría tienen forma bonita. Los indios, tras comprar un nuevo sombrero, no se tomarán la molestia de quitarse el anterior, sino que se ponen el nuevo encima y se van a su casa con su equipo para la cabeza de doble piso. A veces un vendedor de sombreros, deseando cambiar su ubicación, se pondrá un sombrero en la cabeza, y como cada copa picuda encaja perfectamente en la otra, entonces apila toda su mercancía sobre sí mismo y se va por la calle, como una pagoda china que saliera de paseo.

Acá, todo lo que la gente no carga en sus espaldas lo lleva en la cabeza. El señor de los helados balancea su congelador mientras grita nieve, los panaderos llevan una canasta poco profunda tan grande como una rueda de carreta. Esta canasta tiene una copa en el centro; una vez que se llena de pan, se acomoda sobre la cabeza como un muy ancho sombrero mexicano, mientras que, abajo, quien lo porta queda tan insignificante como el tallo de un champiñón. A veces también vemos vendedores de frutas, con grandes coloridos montoncitos de fruta apilados en sus bandejas de madera y elegantemente balanceados sobre sus cabezas de negros cabellos. Cuando algo es muy pesado o demasiado difícil de manejar para llevarlo en la cabeza, entonces se carga en la espalda, y los indios llevan enormes

cargas de esta manera. Con frecuencia se ve a hombres, mujeres e incluso niños pequeños con grandes cargas de madera o carbón, o sacos de granos en sus espaldas, y la única carriola que un bebé indio conoce es la espalda de su madre, donde se encuentra muy contento todo el día, atado en el rebozo o chal de la madre.

La virgen de Guadalupe

Después de la llegada de los españoles, quienes trajeron sacerdotes y misioneros, además de soldados para conquistar México, la mayoría de los indios sometidos fueron convertidos a la fe católica. Los antiguos templos indios a los dioses bárbaros fueron demolidos por los europeos, quienes construyeron nuevas iglesias cristianas en su lugar. Así fue como los hombres morenos aprendieron a adorar a los santos e ídolos traídos por los invasores, y se olvidaron de sus antiguos dioses.

Un día, un pío seguidor de la fe de los españoles, de nombre Juan Diego, volvía de misa cruzando el cerro de Guadalupe, cuando repentinamente una figura velada, toda luz y belleza, apareció delante de él. El pobre indio quedó totalmente asombrado y lleno de sorpresa cuando la mujer le habló y le ordenó con voz suave que fuera con el obispo y le dijera a Su Excelencia que construyera una iglesia en el cerro donde se encontraba la figura. Eso hizo Juan, o lo intentó, pero los sirvientes del obispo, considerando al hombre un simple indio ignorante, no le permitieron ingresar a la casa, así que Juan Diego se regresó.

Por segunda vez la visión se le apareció, enunciando la misma orden con su hermosa voz, así que el indio volvió a buscar al obispo. Sin embargo, cada vez que iba se le negaba la entrada, pero la visión le dijo que perseverara. Finalmente, después de muchos días, fue admitido, y el anciano padre le preguntó qué quería. Cuando Juan Diego

le habló del hermoso espíritu y su mensaje, el obispo no pudo creer semejante cuento y pensó que tal vez el pobre hombre estaba loco. Finalmente le dijo al indio que debería traer alguna señal o prueba que sustentara sus extrañas palabras.

Una vez más el hombre volvió al cerro y ahí a sus faldas la brillante visión reapareció. Escuchando el mensaje que el obispo había enviado, ella dijo: “Arranca esas flores ahí a tus pies”. Pero Juan Diego, parado en la tierra desnuda y rocosa, preguntó: “¿Cuáles flores?” Entonces, repentinamente, al mirar hacia abajo vio la tierra cubierta con flores blancas, que empezó a recoger y con ellas llenó su pequeña tilma tejida, o manto, con que solía envolver sus hombros en las mañanas frías.

Entonces fue con el obispo y dijo: “Aquí está su señal”. Al abrir el manto las flores blancas rodaron a sus pies. El obispo miró, pero aun más maravilloso que las flores, el sorprendido sacerdote vio, pintado en el manto donde estuvieron las flores, la figura de la Virgen rodeada por un halo de luz. “Esto”, dijo, “es definitivamente la prueba”. Así que procedieron a erigir la iglesia en la cima del cerro. Más tarde, en las faldas del cerro fue construida una magnífica catedral, donde hasta la fecha se preserva, encima del altar, la tilma con la imagen de la Virgen; en el sitio donde la visión apareció por primera vez, brotó un manantial de agua, que está ahora cubierto por un bonito santuario donde la gente puede detenerse a beber.

Una vez al año, se celebra una gran fiesta en honor de esta santa patrona de México, y mucha gente viene desde muy lejos a visitarla. Cualquier día que uno quiera viajar a la majestuosa iglesia donde está alojada, cerca de la Ciudad de México, se puede ver a sus fieles adoradores recorrer de rodillas la larga distancia desde la puerta exterior hasta el altar mayor, llevando velas blancas en

sus manos para colocarlas delante de ella —La Virgen de Guadalupe—, cuyo nombre es conocido y amado por todo México.

Escalando hasta el cráter de un antiguo volcán⁴

Cerca de Toluca, México, hay un antiguo volcán, el Xinantécatl. Los fuegos que antaño ardieron en su seno se han agotado tiempo ha, y ahora —en el profundo cráter que en las pasadas centurias tenía lava hirviente y ardientes cenizas rojas— dos tranquilos lagos azules brillan como delicadas joyas en un tosco entorno. Nadie sabe cuándo fue la última erupción de este volcán, pero algunos dicen que fue mucho antes de Cristo, y cuando los indios aztecas vinieron desde el norte para fundar su poderoso imperio, el Xinantécatl, como lo denominaron, llevaba largo tiempo dormido. Ahora, como un gigante muerto y en reposo, sigue siendo grandioso y majestuoso. Elevado por encima de las insignificantes ciudades y los pequeños y bajos cerros que se apiñan a sus faldas, es como algún rey de la naturaleza que se eleva por encima de sus súbditos. Los antiguos indios lo consideraban un dios, y escalaban sus empinadas laderas cargando en sus espaldas oro, joyas y regalos preciosos como ofrendas para la deidad de la montaña. Incluso en la actualidad los indios del campo dicen que, cuando se disparan tiros al cráter o se arrojan piedras a los azules lagos, la montaña se enoja y llama a las nubes para que escondan sus picos y envíen lluvia sobre los perturbadores. Sin embargo, nosotros en Toluca no tenemos miedo del Xinantécatl. Para nosotros es como un

⁴ Por el paisaje de las imágenes y los datos que contiene esta crónica, se supone que las fotografías que la acompañan fueron tomadas por Langston Hughes durante el trayecto al Nevado de Toluca.



Vimos las montañas
erigirse como un muro
rodeando el valle

buen amigo, a quien vemos todos los días. En las mañanas despejadas sus picos son nítidos y se distinguen en el cielo azul; en el atardecer toda la montaña se proyecta como una gran silueta negra contra los colores del ocaso.

Cuando los chicos del Instituto, la preparatoria de Toluca, empezaron a planear un viaje de dos días a pie hacia el cráter, y me invitaron a ir con ellos, acepté con muchas ganas. Con la acostumbrada amabilidad mexicana, pusieron mi nombre en la lista de quienes iban al viaje, y varios alumnos fueron conmigo para ayudarme a elegir el tipo adecuado de tompiate, una especie de saco para cargar comida. Es tejido con palma y pesa poco. También se cercioraron de que comprara un ancho sombrero mexicano, para protegerme del sol, y me dijeron todas las cosas que iba a tener que cargar. En primer término, mucha comida; después, dos cobijas calientes, porque íbamos a dormir al aire libre; mi cámara para tomar fotografías; una botella de agua; un poco de coñac o algún otro licor en caso de mal de altura;⁵ y una pistola. “¡Pero por encima de todo”, dijeron, “lleva cebollas!” Aquellos que ya antes habían subido al volcán afirmaron que, si uno comenzaba a sentirse mal por el aire enrarecido cerca de la cima, lo mejor era oler cebollas. Yo pensé para mis adentros que, si yo me sentía mal, el olor de las cebollas solo me empeoraría. Sin embargo, las llevé, y cuando llegó el momento de usarlas, mi opinión sobre su olor cambió por completo.

⁵ El volcán tiene una altura de 4 680 metros sobre el nivel del mar.

Dejamos Toluca una hermosa y soleada mañana. Desde el andén de la pequeña estación, donde íbamos a abordar el tren de las siete de la mañana a Calimaya, podíamos ver los blancos picos del volcán, brillantes de nieve, que se veían muy altos y muy lejanos. Éramos cuarenta quienes íbamos al viaje y, antes de la hora de partida, el primer vagón del pequeño tren estaba completamente lleno con muchachos del Instituto. El pasillo era un revoltijo de cobijas enrolladas y tompiates gordos de comida, y las ventanas estaban llenas de rostros —principalmente rostros morenos— de jóvenes riendo, todos hablando al mismo tiempo y mirando a los recién llegados apresurarse por el andén. Estos amistosos estudiantes de cara morena eran como cualquier otro muchacho de piel oscura de mi propia raza que yo haya conocido en Estados Unidos. Me hicieron



Tuvimos dos hombres
para arrear burros

recordar una caminata veraniega a las dunas de arena que hicimos los chicos de color de la YMCA.⁶ La única diferencia fue que en Chicago hablábamos inglés; cuando el último miembro del grupo finalmente llegó al andén, todos gritaron: “*Hurry up!*”, mientras que acá, cuando Rodolfo, el que llegó tarde, cruzó corriendo las puertas, todos, desde las ventanas, gritaron “¡Apúrese!”, exactamente lo mismo que “*Hurry up!*” significa en español.

El trenecito iba haciendo chucu, chucu, chucu, a lo largo del hermoso valle. Pasamos varios pueblitos:

⁶ Young Men Christian Association (Asociación de Jóvenes Cristianos, en español), es un club internacional fundado en Inglaterra en 1844, con el propósito de desarrollar sanamente “cuerpo, mente y espíritu”.



Enormes troncos de árboles yacían atravesados en el camino

Metepec, con su grandiosa iglesia, lo suficientemente grande como para recibir a toda la población; San Francisco, un conjunto de pequeñas chozas y un blanco templo; Mexicaltzingo, donde se llevan a cabo las peleas de toros provincianas; y luego Calimaya, donde inicia el camino al volcán.

Calimaya nos pareció un pueblo pequeño y limpio, con calles adoquinadas, con agua corriendo en el centro de cada una, donde las vacas y los bueyes de largos cuernos se detienen a beber.

Amontonamos nuestras cobijas y sacos en una esquina de sus arqueados Portales, mientras esperábamos que dos de los muchachos fueran por el guía y los burros —pacientes pequeñas bestias de carga— que iban a transportar nuestras pertenencias. Después de un buen rato llegaron los burros. Había habido algún tipo de desacuerdo en relación con cuánto dinero debía ser pagado, según supimos, pues el guía había puesto un precio, pero repentinamente cambió de opinión, diciendo que no iba a arriesgar a sus animales en el frío aire de la montaña por tan poco dinero. Finalmente se llegó a un acuerdo y tuvimos tres burros, un muchacho y

dos hombres para arrearlos, y un guía —¡todo por un precio que podría llegar a solo cinco dólares estadounidenses, y eso por un viaje de dos días!—.

Cuando se enunció la palabra *vámonos*, los tres pequeños animales estaban prácticamente ocultos bajo sus cargas de cobijas y sacos de comida, pero eso no parecía importarles, por ser fuertes y testarudas pequeñas bestias. Iniciaron el camino trotando, con los dos arrieros y el muchacho gritando ¡burro!, ¡burro! para que fueran más rápido. Los miembros del grupo de senderismo, libres de su equipaje, ya no tenían que cargar más que sus cantimploras o botellas de agua y sus armas de fuego. Puesto que muy pocos tenían pistolas, había una inusual variedad de armas de fuego a la vista, desde modernos rifles hasta antiguas carabinas. La razón de tantas armas de fuego fue porque en el camino podríamos encontrar bandidos, y, aunque era solo *podríamos*, todos debíamos estar preparados. Durante la Revolución y hasta hace un año, los cerros estaban llenos de ladrones, quienes, no satisfechos con el dinero del viajero, a veces se llevaban su ropa, incluso sus zapatos, dejando que los asaltados volvieran a casa como pudieran. Actualmente, aunque ese tipo de robos ya no son frecuentes, nadie se adentra en el campo desarmado. Los muchachos del Instituto, mientras recorrían las pintorescas calles de Calimaya, parecían una pequeña milicia.

El camino que conducía a las colinas estaba completamente desprovisto de árboles. En lo alto, en un cielo sin nubes, el sol caía sobre nuestras cabezas sin piedad, mientras el polvo se elevaba en nubes bajo nuestros pies. A ambos lados, el camino estaba bordeado de magueyes y cactus que servían como una especie de cerca para los potreros, donde los lentos y perezosos bueyes empujaban yugos atados a sus cuernos, mientras peones con amplios sombreros los picaban lánguidamente con palos afilados.

Después de aproximadamente una hora de camino, pasamos Zaragoza, un pueblito que, como todos los pueblos mexicanos, tenía una alta y antigua iglesia que se elevaba triste y hermosa sobre las pequeñas chozas miserables. Para entonces, todas nuestras botellas de agua estaban vacías y nuestras gargantas, secas. El guía nos prometió que pronto llegaríamos a un río, y cuando finalmente llegamos a sus amigables orillas, después de lo que nos pareció una eternidad caminando sobre el polvo y bajo el sol, yacimos sobre nuestros vientres, como perros, y bebimos la fría y clara agua que descendía ondulante desde los cerros.

Pronto el camino comenzó a ser cuesta arriba, y nos encontramos escalando una pendiente cubierta de pequeños pinos. Cuando llegamos a la cima, solo vimos colinas cubiertas de pinos y luego más colinas, escondiéndonos el volcán. Volviendo la vista, abajo vimos el amplio valle de Toluca, salpicado con pueblos de techos rojos y torres blancas y cúpulas de antiguas, antiguas iglesias. Del lado opuesto vimos las montañas erigirse como un muro rodeando el valle, aislándolo del resto del mundo y protegiéndolo con su fuerza gris y violeta.

Ahora el camino iba cuesta arriba, y no era fácil escalar a través del bosque de árboles mal desarrollados, con el sol encima, como una bola candente. A eso de la una, con todos adoloridos y cansados, el guía nos mostró un pequeño cañón al lado del camino, y dijo que era la última oportunidad de abastecernos de agua antes de alcanzar el cráter, a la mañana siguiente; así que nos aconsejó que nos detuviéramos para almorzar y rellenar nuestras botellas de agua. Los burros fueron descargados y todos buscaron su almuerzo en la pila de tompiates. Como cada saco tejido se veía igual que cualquier otro, hubo mucho abrir e intercambiar e inspeccionar antes de que cada quien tuviera el suyo. Luego nos dispersamos por la ladera y nos preparamos

para comer. Uno de los muchachos de cada grupo bajó al manantial por agua, que era deliciosamente dulce y fría. Después del almuerzo decidimos descansar un rato. El guía dijo que habíamos hecho muy buen tiempo y que en tres horas alcanzaríamos el límite arbóreo,⁷ donde íbamos a acampar, en el límite de los bosques.

A las tres de la tarde escalamos el camino, cargamos a los burros y volvimos a emprender el viaje, subiendo, subiendo, subiendo. Dejamos atrás las colinas y llegamos a la misma ladera del volcán. Acá los árboles, más altos y delgados, constituían lo que llamamos un verdadero bosque. Tal vez habíamos comido demasiado, o tal vez estábamos cansados, pero de todos modos el sendero parecía difícil. Entonces, también, empezamos a notar la ligereza del aire y más o menos cada cien metros teníamos que detenernos para recuperar el aliento. Algunos de los muchachos empezaron a sentirse mareados, y fue en este trance cuando las cebollas hicieron su aparición. No me sentía muy bien, así que también empecé a buscar las cebollas en mis bolsillos; cuando, con un sordo dolor de cabeza y una sensación de falta de aliento en los pulmones, las presioné contra mi nariz, desapareció toda la aversión previa a su olor. Las mantuve bajo mi nariz todo el camino al campamento. Y no sé si debido o no a las cebollas, ya no me sentí peor, mientras que algunos de los muchachos tenían que caminar tan lentamente que se quedaron atrás del resto del grupo.

Al final de la tarde pasamos por una parte del bosque donde parecía que más de la mitad de los árboles habían sido arrancados de raíz. Enormes troncos de árboles, tan grandes que difícilmente podíamos escalarlos, yacían atravesados en el camino. Mirando hacia abajo, pude ver laderas sembradas de estos miembros caídos del bosque. Algunos

⁷ *Timber line*, es decir, el límite geográfico para el crecimiento de los árboles.

de los muchachos me explicaron que, dos años antes, un huracán había barrido las montañas y trató de llevarse todo el bosque. Los árboles caídos eran un serio impedimento para nuestro progreso porque, en una atmósfera donde uno no puede caminar sin perder el aliento, escalar un tronco gigante es un ejercicio nada placentero.

Eran casi las seis de la tarde cuando llegamos al sitio elegido para acampar, justo debajo del límite arbóreo, donde se acaban los árboles de la montaña. Ya estábamos cerca de los picos, y uno de ellos, que se veía muy cerca, se erigía entre nosotros y el sol poniente, de modo que toda la ladera de la montaña estaba en sombras. Más abajo vimos el valle —muy muy lejos— bañado en una niebla crepuscular rosa y púrpura; el pequeño río, que todo el día había sido un plateado hilo sinuoso, ahora se había vuelto dorado con la puesta de sol.

Empezamos a instalar el campamento. Alguien descargó a los burros y los ató a corta distancia de los árboles. Otros buscaron ramas secas y ramas de pino para hacer hogueras. Y otros, muy cansados y sin aliento para hacer cualquier cosa, se tiraron en el piso para descansar, porque la última hora del ascenso había sido la más dura de todas.

Las sombras en la ladera de la montaña se profundizaron y los colores del ocaso se desvanecieron en el cielo. Para mí, la tarde pasó rápidamente. Hubo cena alrededor de las fogatas encendidas, cada grupo de muchachos tenía la suya; después hubo canciones y relatos y más canciones, los dos arrieros de los burros contribuyeron con una hermosa balada que dijeron haber aprendido en el sur, en la tierra caliente. A las nueve, se asignaron los primeros centinelas y el campamento quedó en silencio. El único ruido que se oía era el ocasional “jijau” de los burros y la fuerte ¡alerta! que los vigilantes se gritaban entre ellos, desde las cuatro esquinas del campamento.

A las dos de la mañana, cuando fue mi turno de hacer guardia, la luna había bajado tras la montaña y el bosque estaba en negras tinieblas. Las ya débiles fogatas daban un poco de luz. Muy lejos, y en lo profundo del valle cubierto de noche, vimos las luces blancas de Toluca, brillando como un racimo de estrellas hundidas en la oscuridad.

A la mañana siguiente, al amanecer, partimos hacia el cráter. Media hora de caminata nos llevó más allá del límite arbóreo, fuera del bosque, a la ladera de la montaña. En poco tiempo nos encontramos al pie de uno de los picos del volcán, si decidíamos escalarlo, nos daría vista aérea del cráter. Mas o menos la mitad del grupo decidió escalarlo; los demás tomaron el sendero del burro, que conducía a un lado del pico, lo que les permitía llegar al cráter desde el acceso más bajo. El pico, que cerca de la cima estaba cubierto de grandes parches de nieve, no parecía estar muy alto. Pero pronto descubrimos que la inclinación de su pendiente y la ligereza del aire hacían que el ascenso fuera más laborioso de lo que habíamos pensado, y cada ocho o diez pasos teníamos que detenernos para recuperar el aliento. Parecía que nunca llegaríamos a la cima. Las rocas, arena y grava de que está hecha la montaña, se deslizaban bajo nuestros pies; cada vez que avanzábamos resbalábamos la mitad de lo adelantado. Teníamos que cruzar los espacios cubiertos de nieve gateando, pues eran muy resbalosos. Cuando finalmente llegamos a la cima, parecía que se nos había ido el último aliento. Estábamos a gran altura y, entre nosotros y los cerros abajo, las blancas nubes andaban a la deriva.

Cuando volteamos hacia abajo para mirar el cráter, lo vimos como doble, dividido en dos partes por una larga colina jorobada. A cada lado de la colina había una laguna azul con una costa rocosa. Los costados del cráter eran empinados y muy coloridos, y los tres picos más altos y serrados estaban nevados. Nosotros, desde lo alto de la

cima trabajosamente escalada, teníamos una excelente vista hacia abajo de esa parte del volcán donde La Laguna Chica⁸ brillaba bajo el sol de la mañana. Quienes tomaron el sendero del burro ya estaban descansando en sus costas, y la altura desde la que los veíamos los hacía parecer diminutos. Sintiendo las punzadas del hambre, porque aún no habíamos desayunado, y sabiendo que los burros que cargaban las bolsas del almuerzo nos esperaban allá abajo, iniciamos el descenso. Mitad corriendo, mitad deslizándonos en la arena y grava sueltas de la pendiente interior, tocamos fondo mucho más rápido de lo que tardamos en ascender. En la arenosa costa, donde había esparcidas grandes rocas más altas que un hombre, desayunamos y bebimos la fría, refrescante agua de la clara laguna azul.

Después del desayuno, decidimos ver La Laguna Grande, para lo cual rodeamos La Laguna Chica y empezamos a escalar una de las faldas de la colina jorobada. En poco tiempo, desde lo alto de su rocosa cresta, vimos debajo de nosotros las aguas azul profundo de La Laguna Grande, tan hermosa, linda y serena que era una verdadera sorpresa encontrarla enterrada en las paredes quemadas y cicatrizadas de este viejo volcán. Algunas personas dicen que esta hermosa laguna no tiene fondo, y que quienes se aventuran a nadar en sus frías aguas pueden ser arrastrados a profundidades desconocidas. Sin embargo, su lisa e inocente superficie no da señales de tal traición, y el encanto de su belleza hace pensar que es un buen lago de hadas, en lugar de la fama que tiene de vieja bruja malvada con cara bonita.

Caminamos alrededor de toda la costa rocosa, deteniéndonos de vez en cuando para recoger pequeñas piedras de extraños colores o las rocas cubiertas de azufre que se encuentran en la playa. Alcanzar el otro extremo del largo

⁸ Hoy conocida como la Laguna de la Luna.

óvalo de la laguna requirió más tiempo de lo que habíamos esperado, porque las distancias son engañosas en el aire alto y claro. Nos deteníamos con frecuencia para descansar, sentándonos en las enormes piedras y admirando los hermosos colores de los costados del cráter, cuyas paredes, coronadas con picos irregulares, eran a veces de un profundo carmesí, a veces rojo brillante o suave naranja con rayas moradas, y a veces solo roca gris cubierta con parches de nieve cerca del borde. Y la azul laguna, siempre como una joya en un tosco entorno. Al otro extremo del óvalo encontramos que, sobre la arenosa costa, se erigía una alta cruz de madera que un grupo de religiosos había subido por el empinado sendero algunos años antes. Celebraron una misa en el cráter. Detrás de la cruz se eleva El Pico del Fraile, el más alto de los picos del Xinantécatl, brillante, blanco de nieve bajo el sol de la mañana. En un día despejado, desde su cima en forma de diente, quien tenga un par de binoculares poderosos puede ver, en la costa de Guerrero, a más de ciento sesenta kilómetros de distancia, las plateadas aguas del Pacífico.

Cuando volvimos a escalar la colina jorobada y bajamos a la costa más ancha de La Laguna Chica, los burros ya habían sido cargados con nuestras cobijas y los muy disminuidos sacos de comida. Antes de que llegáramos al punto donde habíamos comido, partieron los primeros miembros del grupo. Llenamos nuestras botellas de agua y cantimploras en la laguna y salimos tras ellos. Cuando llegamos al punto más alto del estrecho camino, nos dimos vuelta para echar una última mirada, hacia abajo, a la pequeña laguna azul, la colina jorobada y las paredes rojas y moradas del volcán. Entonces volvimos a dar vuelta y seguimos el sendero, a una altura vertiginosa, en la pronunciada pendiente de los lados exteriores del cráter, donde un paso en falso muy cerca del borde nos habría precipitado kilómetro y medio

abajo, hacia un valle cubierto de verdes árboles. Tuvimos cuidado de no dar el paso en falso.

Al atardecer, cuando descargamos a los burros en los limpios y pequeños portales de Calimaya, aunque engarrotados y cansados y con los pies adoloridos, todos estábamos contentos, y de acuerdo en que había sido un buen viaje. Unos pocos minutos después, sentados en el andén de la provinciana estación, esperando el último tren a Toluca, podíamos ver, en lo alto y a lo lejos, los afilados e irregulares picos del viejo volcán vagamente perfilados contra el cielo del atardecer. Se veían tan altos y tan lejos de nosotros que era difícil creer que solo diez horas antes los habíamos visitado y bebido la fría y nívea agua de sus límpidos lagos azules.

Juegos mexicanos

Doña Blanca

Se elige un niño como doña Blanca y otro como don Felipe, su pretendiente. Los demás jugadores se toman de las manos para formar un amplio círculo, que será la casa de doña Blanca, quien permanece de pie en el centro. Don Felipe llega, llama y empieza a caminar alrededor del círculo, pero se encuentra con que cada mano está fuertemente unida, de modo que él no puede entrar. Los niños que forman el círculo cantan los siguientes versos tres veces:

*La dulce doña Blanca está refugiada
Dentro de paredes de oro y plata;
El que la ama debe romper una ventana,
para ver a la doña.*

Entonces doña Blanca pregunta:

¿Quién camina alrededor de mi casa?

Y el enamorado responde:

Don Felipe Felipón.

Y la dama dice:

¿Por qué, quién puede ser este gordo?

Y el pretendiente responde:

Don Felipe Felipón.

Entonces todos los niños del círculo cantan:

*Tú no puedes entrar a esta casa,
Don Felipe Felipón;
A menos que rompas una ventana,
Don Felipe Felipón.*

Entonces don Felipe intenta abrirse paso para llegar al centro del círculo. Sin embargo, en cuanto lo consigue, doña Blanca debe huir corriendo y don Felipe tiene que atraparla. Al lograrlo, el juego puede reanudarse, con otros niños haciendo los papeles de doña Blanca y don Felipe.

El burro perdido

Este juego es para cuando hay un número impar de niños, de manera que cuando se hagan las parejas siempre quede uno solo. Todos los participantes caminan en diferentes direcciones y pretenden recoger flores mientras cantan esta pequeña canción:

*Benny sale a pasear,
Recogiendo lindas flores.
Benny sale a pasear,
Bajo umbrosas enramadas.
Mas perderá su camino,
Burrito,
Y estará solo todo el día,*

*Burrito,
Y estará solo todo el día,
Burrito.*

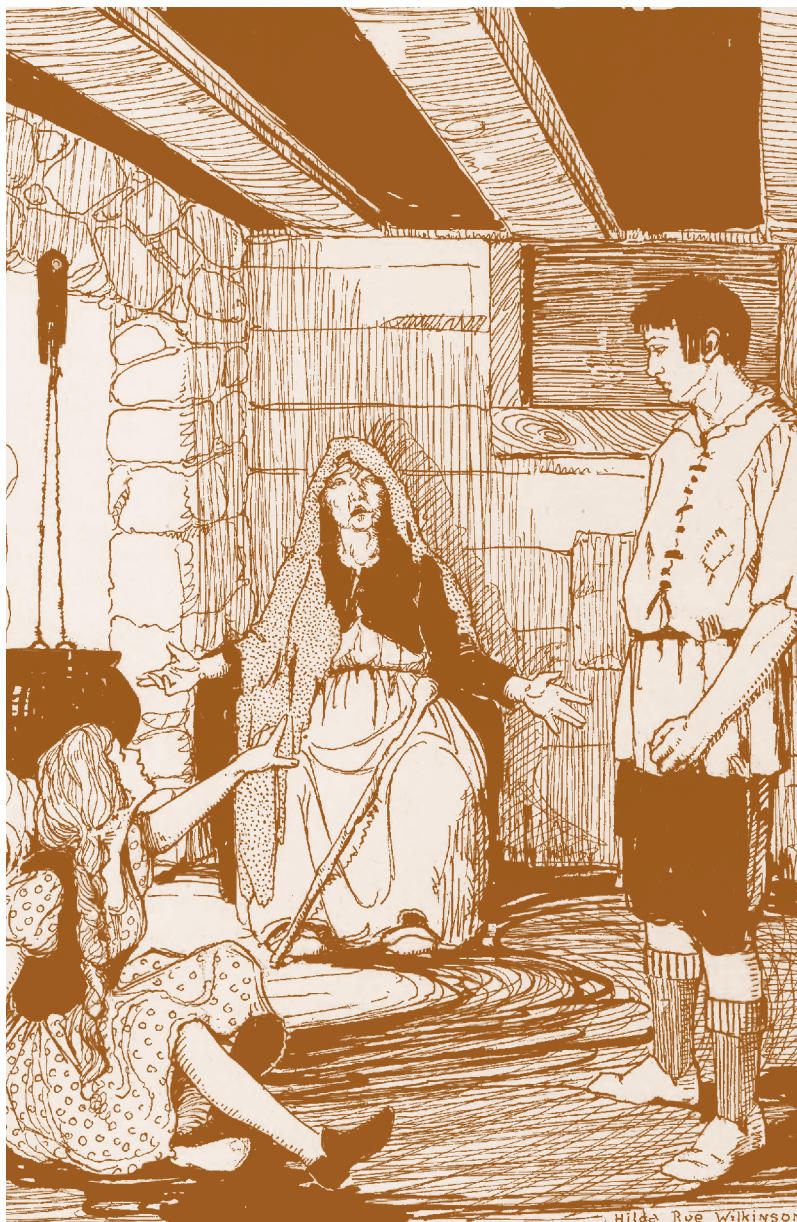
Al tercer *burrito*, todos los jugadores deben correr para tomarse de las manos con otro jugador a fin de tener compañero, y quien se quede sin pareja es el *burrito perdido*, hasta que la próxima ronda le dé oportunidad de obtener pareja.

El sacerdote y el profesor

En este juego, un niño es el sacerdote, otro es el profesor y un tercero es el tendero. El sacerdote y el profesor son los compradores. Todos los otros niños son artículos de mercancía y debe estar sentados en una larga fila. A cada uno de los niños en la fila, el tendero le da un nombre secreto, como *mantequilla*, *azúcar*, *canela*, y así, nombre que los compradores no deben saber. Entonces el sacerdote y el profesor toman turnos para comprar: solo pueden pedir un artículo cada vez. Por ejemplo, si el sacerdote pide *queso*, el jugador que tiene ese nombre debe levantarse e irse con él, pero si no hay queso el tendero lo informa y el sacerdote debe esperar hasta su próximo turno para pedir otra cosa. Cuando el tendero haya vendido toda su mercancía, el sacerdote y el profesor cuentan sus artículos; el que tenga la mayor cantidad puede ser el tendero en la próxima ronda, además de que tiene el privilegio de elegir al nuevo sacerdote y al nuevo profesor.

Queridos amiguitos:

Estos son tres juegos con que los niños disfrutan en el maravilloso país vecino, México. Espero que los disfruten.



Pero, Anciana, ¿venderías tu sueño de un reloj de madera?

La moneda de oro

Una obra de teatro que podría ser cierta⁹

Personajes *Un Muchacho Campesino.*
 Una Muchacha Campesina, su esposa.
 Una anciana.

Escena

El interior de una choza junto a la carretera. Atardece. Un muchacho y una muchacha están frente a la chimenea, en el piso hay una moneda de oro entre ellos. Hay una puerta a la derecha de la chimenea y una ventana a la izquierda. Durante la obra, el atardecer da paso a la noche.

LA MUCHACHA (*Mirando la moneda*) —¡Y pensar que esta brillante pieza de oro es nuestra! ¡Toda nuestra! ¡Cinuenta centavos completos!

EL MUCHACHO (*Sonriendo felizmente*) —Los diez cerditos estaban gordos, Rosa, y conseguimos un buen precio en el mercado.

LA MUCHACHA —Ahora Podemos comprar y comprar y comprar.

EL MUCHACHO —Por supuesto. Ahora podemos comprar todas las cosas que hemos querido desde que nos casamos, pero que no habíamos tenido dinero para obtenerlas.

LA MUCHACHA —¡Oh! ¡Qué bueno, Pablo! La espera se me ha hecho eterna.

⁹ Ilustrado por Hilda Rue Wilkinson.

EL MUCHACHO —Así es, pero ya no tenemos que esperar más. Ahora podremos tener le reloj de madera, Rosa. Tú sabes, el que hemos querido desde la primera vez que lo vimos en la ventana del anciano relojero. El que está tan bien tallado, que cada vez que se le da cuerda funciona durante toda una semana y da las horas todos los días. Y creo que tiene un cucú, también. Hará que nuestra casita se vea elegante.

LA MUCHACHA —Y ahora podrás comprar las gruesas botas cafés con clavos en las suelas, para trabajar en el campo.

EL MUCHACHO —Y tú podrás tener el chal de lana con flores rojas y moradas, y flecos en las orillas.

LA MUCHACHA —¡Oooh! ¿En serio, Pablo? He soñado con ese chal por meses.

EL MUCHACHO —Seguro, Rosa. He querido dártelo desde que te conocí. Va a hacer que te veas tan bonita. Y también tendremos dos largas velas blancas, para encenderlas los domingos y días festivos.

LA MUCHACHA —Y tendremos una pequeña olla de granito, para guisar verduras.

EL MUCHACHO —Y tendremos una cuchara grande para revolver el guiso.

LA MUCHACHA —Y dos platitos azules para comer.

EL MUCHACHO —Y cenaremos pescado seco y un pastelito todas las noches.

LA MUCHACHA —Y... pero ¡oh! ¡Pablo! ¡Es maravilloso!

EL MUCHACHO —¡Oh! ¡Rosa! ¡Está bien!

LA MUCHACHA Y EL MUCHACHO (*Se levantan y bailan alegremente dando vueltas y vueltas alrededor de la pequeña pieza de oro que reluce y brilla alegremente en el piso, frente al fuego de la chimenea, como si supiera que era la causa de su alegría*). —¡Oh! ¡Cuán felices somos! ¡Oh! ¡Cuán felices somos! ¡Porque podemos comprar!

¡Porque podemos comprar! ¡Porque podemos comprar
y comprar y comprar!

*(Justo entonces, la figura de una anciana cruza por la ventana
y hay un tímido golpe en la puerta. El baile cesa. El Muchacho
levanta la brillante moneda de oro y la aprieta fuertemente
en su puño).*

LA MUCHACHA *(Con el ceño un poco fruncido, mostrando
molestia)*. —¿Quién es?

*(La puerta se abre lentamente y entra una jorobada anciana
apoyada en un pesado bastón).*

EL MUCHACHO *(Groseramente)*. —Bien, Abuela, ¿qué quieres?

LA ANCIANA *(Jadeante y débil)*. —Hoy he tenido una larga
jornada, y estoy muy cansada. Solo quise descansar
un momento antes de continuar mi camino.

*(La Muchacha le trae un banco y la Anciana se sienta cerca
de la chimenea.)*

LA MUCHACHA *(Empáticamente)*. —Por supuesto, Anciana,
¿verdad que no vas a caminar más esta noche?

LA ANCIANA —Sí, voy a seguir caminando, niña, porque
debo hacerlo.

LA MUCHACHA —¿Y por qué debes seguir, Anciana?

LA ANCIANA —Porque mi niño está solo en casa, y es ciego.

LA MUCHACHA —¿Tu niño está ciego?

LA ANCIANA —Sí, desde hace dieciocho años. Perdió la vista
desde que era un bebito.

EL MUCHACHO —¿Y dónde has estado, que se te ha hecho
tan tarde en el camino?

LA ANCIANA —Estuve en la ciudad, y no he descansado desde el amanecer. Me dijeron que ahí había doctores famosos que podrían hacer que mi hijo ciego volviera a ver, así que fui a buscarlos.

LA MUCHACHA —¿Y los encontraste?

LA ANCIANA —Sí, los encontré, pero (*su voz se entristece*) no quisieron venir conmigo

LA MUCHACHA —¿Por qué no quisieron venir?

LA ANCIANA —Porque eran unos genios orgullosos. Dijeron: “Cuando tengas cincuenta centavos, manda por nosotros y tal vez iremos. Ahora no tenemos tiempo”. Uno, que era más amable que los demás, me dijo que una simple operación podría devolver la vista a mi hijo. Pero soy pobre. No tengo dinero y ¿de dónde en todo el mundo una exhausta anciana como yo podría sacar cincuenta centavos?

EL MUCHACHO Y LA MUCHACHA (*Rápidamente*). —¡No sabemos!

EL MUCHACHO (*Manteniendo la moneda de oro en su puño fuertemente cerrado*). —¡Cómo, si nunca hemos visto cincuenta centavos!

LA MUCHACHA —Nunca tendremos tanto dinero.

EL MUCHACHO —No, nunca lo tendremos.

LA ANCIANA —Si yo fuera joven, no diría eso, pero soy vieja y sé que nunca veré cincuenta centavos. ¡Ah! ¡Yo vendería todo lo que tengo para que mi hijo pudiera volver a ver! Yo vendería mis memorias, el vestido de seda que he tenido durante muchos años, mis recuerdos, ¡cualquier cosa para devolverle la vista a mi hijo!

LA MUCHACHA —Pero, Anciana, ¿venderías tu sueño de un reloj de madera, un reloj que da la hora cada día y no necesita que se le dé cuerda por toda una semana?

LA ANCIANA —Sí, muchacha, lo haría.

EL MUCHACHO —¿Y venderías tu deseo de encender velas blancas los días festivos y domingos?

LA ANCIANA —¡Oh! Muchacho, hasta vendería mi trabajo en días festivos y domingos, cuando no estuviera demasiado débil para trabajar.

LA MUCHACHA —¿Y renunciarías a tu sueño de un chal de lana con flores rojas y moradas y flecos en las orillas?

LA ANCIANA —Yo renunciaría a todos mis sueños, para que mi hijo volviera a ver.

(Hay una pausa. La Muchacha, olvidando por un momento sus propios deseos, comienza a hablar lentamente, como para sí misma).

LA MUCHACHA —Debe ser horrible no conocer el sol y las flores y la belleza de las colinas en primavera.

EL MUCHACHO —Debe ser espantoso no ver nunca a la alegre multitud en la plaza los días de mercado y nunca jugar con los compañeros en los juegos de mayo.

LA MUCHACHA —Y el doctor dice que tal vez este muchacho puede curarse.

EL MUCHACHO —Y la Anciana dice que solo costaría cincuenta centavos.

LA MUCHACHA *(Repentinamente)*. —No necesito un chal alegre, Pablo.

EL MUCHACHO —No tenemos repisa para un reloj de madera, Rosa.

LA MUCHACHA —Ni verduras para guisar en una olla de granito.

EL MUCHACHO —Y una cuchara grande sería inútil.

LA ANCIANA *(Levantándose)*. —Antes de que la noche oscurezca demasiado, debo seguir mi camino. *(Se dirige a la puerta)*.

EL MUCHACHO —Espere un momento, Madre. Permítanos deslizar algo en su bolsillo.

LA MUCHACHA —Algo brillante y dorado, Madre.

EL MUCHACHO —Algo que brilla bajo la luz del sol.

LA MUCHACHA —Algo de nosotros para su hijo.

(Abren la bolsa de la Anciana y el Muchacho desliza la pieza de oro en la bolsa. La Anciana no ve lo que le dieron).

LA ANCIANA —Gracias, buenos muchachos. Sé que mi hijo disfrutará el juguete que le han dado. Será algo que podrá sostener en sus manos y olvidar su ceguera momentáneamente. Dios los bendiga a ambos por su regalo y adiós.

EL MUCHACHO Y LA MUCHACHA —Adiós, Anciana.

(La puerta se cierra. Ha oscurecido y el cuarto es iluminado solo por el fuego en la chimenea).

LA MUCHACHA —¿Estás feliz, Pablo?

EL MUCHACHO —Muy feliz. ¿Y tú, Rosa?

LA MUCHACHA —También feliz. Más feliz de lo que podría haberme hecho un reloj de madera.

EL MUCHACHO —Y yo, más feliz que con zapatos con clavos en las suelas.

LA MUCHACHA —O yo, con un florido chal con flecos carmesí.

(Se sientan frente a la chimenea y miran cómo brillan los grandes troncos. La madera crepita, arde e ilumina toda la habitación con su cálida luz roja. Afuera, a través de la ventana, brilla una estrella nocturna. El Muchacho y la Muchacha permanecen en silencio mientras baja el telón).

Poemas

La nueva luna

Hay una nueva, joven luna cabalgando las colinas esta noche;
hay una vivaz, joven luna explorando las nubes;
hay una tímida, joven luna con el rostro velado como
una virgen,
esperando a su amante.

Pregunta

Cuando la anciana Muerte ropavejera
viene a recoger nuestros cuerpos
y los arroja en el saco del olvido,
me pregunto si le parecerá que
el cadáver de un multimillonario blanco
vale más centavos de eternidad,
que el negro torso de
un negro recolector de algodón?

Mujer de mercado mexicano

Esta anciana decrepita
que se sienta en el suelo
a vender sus escasos productos,
día tras día,

ha conocido altas montañas barridas por el viento;
y muy oscurecida ha sido
su piel por el sol.

El negro habla de ríos

Yo he conocido ríos:
He conocido ríos tan antiguos como el mundo y más
viejos que el fluir de la sangre humana en las humanas
venas.

Mi alma ha crecido tan profunda como los ríos.

Me bañé en el Éufrates cuando los amaneceres eran jóvenes.
Construí mi choza cerca del Congo, quien me arrullaba
hasta dormirme.

Miré al Nilo y sobre él erigí pirámides.
Escuché el canto del Misisipi cuando Abe Lincoln bajó a
Nueva Orleans, y he visto su seno de barro volverse
de oro con la puesta del sol.

Yo he conocido ríos;
Antiguos, oscuros ríos.

Mi alma ha crecido tan profunda como los ríos.

El gran mar (fragmentos)

[Primer viaje a México]¹⁰

Cuando yo tenía cinco o seis años, mis padres decidieron volver a estar juntos. Se habían separado poco después de haber nacido yo, porque mi padre quería irse a otro país, donde un hombre de color pudiera prosperar y hacer dinero más rápidamente, pero mi madre no quería irse. Mi padre fue a Cuba y luego a México, donde no había ninguna distinción de color ni ningún Jim Crow.¹¹ Finalmente mandó por nosotros y también fuimos allá.

Pero, apenas habíamos llegado mi madre, mi abuela y yo a la Ciudad de México, hubo un gran terremoto; la gente salía corriendo de sus casas a la Alameda, y la gran Ópera Nacional¹² que estaban construyendo se hundió, y salían tarántulas de las paredes, y mi madre dijo que quería volver a casa de inmediato, a Kansas, donde la gente hablaba inglés o algo que ella podía entender, y no había terremotos. Y nos fuimos. Y esa fue la última vez que vi a mi padre antes de mis diecisiete años.

Cuando estaba en segundo grado, mi abuela me llevó a Lawrence para criarme. Y yo fui infeliz por un largo

¹⁰ Como ya indiqué, mis agregados u omisiones al texto están marcados entre corchetes.

¹¹ Ley estadounidense que en el sur establecía los criterios de discriminación racial con los cuales se reafirmaba que los afroamericanos eran ciudadanos de segunda.

¹² Se refiere al entonces Teatro Nacional, actualmente, Palacio de Bellas Artes.

tiempo, y muy solitario, viviendo con mi abuela. Y entonces me encontré con los libros, y ya no creía en nada, sino en los libros y el maravilloso mundo en los libros, donde si la gente sufría, sufrían en un hermoso lenguaje, no en monosílabos, como lo hacíamos en Kansas. Y donde casi siempre la hipoteca era pagada, los buenos caballeros ganaban, y el chico Alger¹³ triunfaba.

[...]

[El primer poema]

Yo era el poeta de mi clase. Sucedió así. Habían elegido a todos los oficiales de la clase,¹⁴ pero no había nadie en nuestra clase que luciera como poeta, o que hubiera escrito algún poema. Había dos niños de color en mi clase, una niña y yo. En Estados Unidos la mayoría de la gente piensa, por supuesto, que *todos* los afroamericanos pueden cantar y bailar, y que tienen sentido del ritmo. Así que mis compañeros, sabiendo que un poema debe tener ritmo, me eligieron unánimemente, pensando, sin lugar a dudas, que yo tenía algo de ritmo, por ser negro.

El día que fui elegido, me fui a casa preguntándome qué debería escribir. Dado que teníamos ocho profesores en nuestra escuela, pensé que debería haber un verso para cada profesor, con uno especialmente bueno para mi maestra favorita, la señorita Ethel Welsh. Y visto que los maestros iban a tener ocho versos, sentí que la clase debería

¹³ Horatio Alger (1832-1899) escribió novelas en las que chicos adolescentes lograban escapar de la pobreza gracias a una conducta virtuosa.

¹⁴ Constituidos por el presidente, vicepresidente, secretario, tesorero y cronista, son electos para organizar las actividades oficiales de su generación, así como las reuniones posteriores a la graduación.

tener ocho también. Así que mi primer poema fue el más largo que jamás haya escrito, dieciséis versos, que después fueron menos. En la primera mitad del poema, decía yo que nuestra escuela tenía los mejores profesores que jamás hayan existido. En la segunda mitad, decía yo que nuestra clase era la mejor que jamás se hubiera graduado. Así que en la graduación, cuando leí el poema, naturalmente todos aplaudieron muy fuerte.

Así fue como empecé a escribir poesía.

[...]

Abrupto encuentro

Once años habían pasado sin que yo viera a mi padre. De repente, un día de la primavera de 1919, llegó una carta desde México, que decía:

Mi querido Langston:

Voy a ir a Nueva York unos pocos días por viaje de negocios, en junio. Durante mi regreso te enviaré un telegrama a fin de que estés listo para encontrarme cuando el tren pase por Cleveland. Me acompañarás a México durante el verano.

Con afecto,
tu padre,
James N. Hughes.

Esta carta hizo que mi madre se enojara mucho. Dijo que era típico de mi diabólico, malvado padre, que cuando ya estaba yo lo suficientemente grande para ayudar a ganar

sustento, él quería venir y llevarme a México. Después empezó a llorar. Dijo que, después de todo lo que ella había hecho por mí, si yo quería irme y dejarla, que me fuera, ¡me fuera!

Yo dije que quería ir a México durante el verano para ver cómo era el país —y mi padre—. Después, volvería en otoño.

Mi madre era mesera en un restaurante en la Avenida Central, y ella y mi padrastro habían vuelto a estar juntos. Mi madre no iba a estar sola si yo iba a México, así que me preparé para marcharme. Mi padrastro pensó que sería algo bueno, y dijo: “Claro, ve”.

Esa primavera yo había obtenido mi letra de insignia¹⁵ por salto de altura y carrera de relevos de 400 metros, pero no tenía dinero para comprar un suéter nuevo, así que guardé la insignia en mi maleta, para enseñársela a mi padre.

¡James N. Hughes, mi padre! Vagamente lo recordaba cargándome en sus brazos la noche del gran terremoto en la Ciudad de México, cuando yo tenía seis años. Desde entonces él había estado siempre en México y yo había estado en Estados Unidos, creciendo, tiempo en que mi abuela murió y el hombre de la hipoteca se quedó con la casa. Mi madre viajó por el país buscando a mi padrastro o un mejor trabajo, siempre mudándose de una casa a otra, donde la renta fuera más barata o que al menos hubiera un baño o un patio para colgar ropa. Y yo crecí viviendo con mi abuela, con tías con las que en realidad no teníamos relación, con mi madre en cuartos rentados, o solo, tratando de terminar la preparatoria —siempre con algún tipo de crisis en nuestras vidas—. Mi padre,

¹⁵ En Estados Unidos de América, letra que se cose en la ropa, premio que recibe un estudiante destacado en actividades extracurriculares, particularmente en deportes.

siempre en México durante todos esos años turbulentos, representaba para mí el único factor estable en mi vida. Al menos él seguía estable.

“Tu padre es un demonio en ruedas”, dijo mi madre. “¡Tan malvado y maligno como ningún negro que haya existido jamás!”.

Cuando yo la decepcionaba, ella afirmaba que yo era igual a mi padre.

Yo no le creía. En mi mente, concebía a mi padre como un tipo de fuerte vaquero de bronce, con un gran sombrero mexicano, yendo y viniendo de sus negocios en la ciudad a su rancho en las montañas, libre en una tierra donde no había gente blanca que trazara la línea de color, sin inquilinos con rentas siempre vencidas, solo montañas y sol y cactus: ¡México!

Esa primavera, estaba ansioso por ver a mi padre.

Entonces algo desafortunado sucedió en Cleveland. Nos cambiamos de casa el 1º de junio. Pero dejé dicho a la casera que cualquier mensaje que llegara para mí lo enviara directamente al nuevo lugar donde vivíamos. Y cada mañana, para estar seguro, iba a nuestra antigua dirección para ver si había algún mensaje de mi padre, quien estaba ahora en Nueva York.

Su telegrama llegó una tarde en que nuestra excasera no estaba en casa, así que el mensajero simplemente lo metió en el buzón, y la mujer no lo notó sino hasta la mañana siguiente.

El telegrama decía: “PASO ESTA NOCHE A LAS DIEZ CINCUENTA PREPÁRATE PARA ABORDAR EL TREN EN LA ESTACIÓN JAMES N. HUGS”.

¡Eso era la noche anterior! La casera encontró el telegrama cuando fui a la mañana siguiente. Mi corazón dejó de latir. ¿Se había ido mi padre a México sin mí, cuando no me encontró en la plataforma de la estación? No había más

mensajes suyos. ¿Podiera ser que se bajó del tren y pasó la noche en Cleveland? Si así fue, ¿dónde estaría?

Fui al teléfono para llamar a los distintos hoteles para gente de color. En el segundo al que llamé me dijeron que sí, que ahí estaba alojado un James Hughes, pero que había salido a desayunar. Les pedí que le dijeran, cuando regresara, que su hijo iba para allá.

El hotel estaba en la Avenida Central, a una cuadra y media de donde mi madre trabajaba como mesera. Empecé a caminar hacia esa avenida tan rápido como pude. Cuando estaba a unas tres cuadras del hotel, vi a un pequeño hombre de bronce, con bigote, que venía rápidamente por la calle hacia a mí. Nos miramos fijamente cuando nos cruzamos. Después nos volteamos y nos volvimos a mirar.

El hombre dijo: “¿Eres Langston?”.

Yo dije: “Sí. ¿Eres mi padre?”.

“¿Por qué no estuviste en el tren anoche?” preguntó.

“Nos mudamos, y no recibí tu telegrama hasta esta mañana”.

“Como todos los negros”, escupió. “¡Siempre mudándose! ¿Estás listo para partir?”.

“En cuanto me despida de mi madre”.

“Acabo de ver a tu madre”, dijo, “sirviendo mesas en un restaurante. Si se hubiera quedado conmigo, estaría usando diamantes”.

No supe qué contestar, así que solo me quedé ahí parado.

“Voy a una barbería”, dijo mi padre. “Nos vemos en el hotel en media hora. Nos vamos en el tren de mediodía”.

Se dio vuelta y se fue por la calle. Nunca dijo nada sobre estar contento de verme.

Esa mañana, por casualidad, había ido a desayunar al mismo restaurante donde mi madre trabajaba. Cuando se reconocieron, él dijo: “¿Cómo estás?”.

Todo lo que mi madre dijo fue: “¿Qué va a pedir?”.

Ella le sirvió huevos con jamón y él le dejó una moneda de diez centavos de propina. Ella le dijo a la responsable del restaurante que arrojara la moneda a la calle.

Cuando entré, mi madre estaba muy enojada, mientras me decía: “¡Pero vete si quieres! ¡Vete! Vete a México si quieres.

[...]

Padre

Ese verano en México fue el peor que yo haya tenido jamás. No supe nada de mi madre por varias semanas. No me agradó mi padre. Y no sabía qué hacer acerca de ninguno de los dos.

Mi padre era lo que los mexicanos llaman *muy americano*, el típico estadounidense. Él era diferente de cualquiera que yo hubiera conocido. Solo le interesaba ganar dinero.

Mi madre y mi padrastro también querían ganar dinero, por eso estaban siempre cambiando de trabajo, mudándose de pueblo en pueblo, a donde quiera que escucharan que había mejores condiciones. Pero a ellos les interesaba ganar dinero para gastarlo. Y para divertirse. Estaban siempre comprando tocadiscos y radios y relojes y anillos, e iban a espectáculos y beber cerveza y jugar cartas, y trataban de pasarla bien después del horario laboral.

Pero a mi padre le interesaba ganar dinero para *conservarlo*.

Porque es muy difícil para un negro ganar dinero en Estados Unidos, visto que se le niegan demasiados trabajos, están excluidos de demasiados sindicatos y asociaciones profesionales, demasiados bancos les niegan préstamos, y

demasiadas aseguradoras se niegan a asegurar su negocio, mi padre fue a Cuba y a México, donde podría ganar dinero más rápidamente. Había tenido entrenamiento legal en el sur, pero allá no lo admitían en la barra de abogados. En México sí fue admitido, y ejercía la abogacía. Adquirió propiedades en la Ciudad de México y un gran rancho en las montañas. Prestaba dinero y ejecutaba hipotecas.

Durante las revoluciones, cuando todos los estadounidenses blancos tenían que huir de Toluca, Estado de México, a causa del emergente nacionalismo, mi padre se convirtió en el gerente general de una compañía de luz eléctrica que pertenecía a una empresa estadounidense de Nueva York. Como él era de piel oscura, los mexicanos no podían distinguir a primera vista que era yanqui, e incluso después de saberlo, no creían que fuera como los yanquis blancos. Así que los seguidores de Zapata y Villa no lo corrieron, como lo hicieron con los blancos. De hecho, en Toluca, los mexicanos siempre llamaban a mi padre *el americano*, en lugar del menos amable *el gringo*, término cargado de desconfianza y odio.

Pero mi padre era exactamente igual a los otros hombres de negocios alemanes e ingleses y estadounidenses con los que se asoció en México. Hablaba de los mexicanos igual de mal que esos otros extranjeros. Decía que eran ignorantes y atrasados y haraganes. Decía que eran exactamente como los negros en Estados Unidos, tal vez peores. Y decía que eran malos para ganar dinero.

Mi padre odiaba a los negros. Creo que se odiaba a sí mismo, también, por ser negro. No le gustaba nadie de su familia, porque eran negros y se quedaron en Estados Unidos, donde ninguno de ellos tenía oportunidad de ser sino sirvientes, como mi madre, quien empezó con una buena educación en la Universidad de Kansas, decía, pero había caído tan bajo como para trabajar en un restaurante,

como mesera de negros, cuando no estaba en la cocina de alguna mujer blanca. Mi padre decía que quería que yo dejara Estados Unidos tan pronto como terminara la preparatoria, y nunca volviera, a menos que quisiera ser portero o un maletero toda mi vida.

Al segundo día de haber salido de Cleveland, el tren en que íbamos pasó por Arkansas. Mientras pasábamos por un poblado en los campos de algodón, mi padre miró por la ventana de nuestro Pullman a un grupo de peones negros en la calle principal, y dijo desdeñosamente: “Mira a los negros”.

Cuando cruzamos hacia México en Laredo, y nos dirigimos al sur sobre las planicies bañadas por el sol, me señaló un grupo de peones de piel oscura que miraban cómo el tren se detenía en una estación de adobe. Él dijo: “¡Mira a los mexicanos!”.

Mi padre tenía un gran desprecio por toda la gente pobre. Pensaba que era su propia culpa ser pobres.

En la Ciudad de México fuimos al Gran Hotel.¹⁶ Luego mi padre me llevó a visitar a tres encantadoras damas mexicanas de mediana edad que eran sus amigas; tres hermanas solteras, una de las cuales se hacía cargo de las rentas de mi padre en la ciudad. Eran muy latinas y muy católicas, vivían en una casa con un patio encantador, y servían en la mesa los más maravillosos platos: pato asado relleno de peras y guajolote con salsa de *mole*, una salsa cuya preparación toma varios días, por lo complejo del proceso. Y siempre había una pila de tortillas muy calientes, envueltas en una servilleta, en una esquina de la mesa.

¹⁶ No confundir con el actual Gran Hotel, edificio de lujo, *art nouveau*, en el centro de la Ciudad de México, cuyos orígenes se remontan a 1526, como casa noble. Después de otras transformaciones se inaugura como hotel en 1968, un año después de la muerte de Langston Hughes (Gran Hotel Ciudad de México, “El Hotel”, <https://granhoteldelaciudaddemexico.com.mx/es/el-hotel/>).

En su juventud, eran unas damas muy agradables a la vista, como vagamente las recordaba de mi viaje cuando niño. Y todavía usaban, con dignidad y gracia, sus chales de encaje negro. Las tres eran de color pergamino, un suave amarillo-marfil, la sangre de España solo un poco empañada por la sangre de México, pues ellas no eran indias. Tampoco eran revolucionarias. Habían adorado al exdictador-presidente, Porfirio Díaz, y cuando querían hablar de alguien basto, decían: “*Muy indio.*” ¡Muy indio!

Estas tres damas maduras fueron, creo, las únicas personas en todo el mundo que en verdad apreciaban a mi padre. Tal vez eso se debía a que las propiedades de mi padre ayudaban a que ellas tuvieran ingresos. Y tal vez también porque compartían muchas de sus ideas aristocráticas concernientes a los peones.

Lo único que les preocupaba de mi padre era su alma. Él no era católico y nunca iba a misa. Lo primero que me regalaron fue un pequeño amuleto de la Virgen de Guadalupe. Pero mi padre se rio cuando volvimos al hotel y dijo que esperaba que yo no creyera en esas tonterías. Él dijo que los grasientos¹⁷ y los negros nunca llegarían a ningún lado, porque eran demasiado religiosos, siempre rezando.

A la mañana siguiente salimos rumbo a Toluca. Yo quería ver las casas que mi padre rentaba en la Ciudad de México, pero él dijo que yo podría verlas en otra ocasión. Estaba ansioso por volver a la planta en Toluca.

Excepto por la gran línea troncal entre la capital y la frontera, los viajes por ferrocarril en México eran lentos e incómodos. Muchos de los vagones habían sido quemados o completamente balaceados durante las revueltas, así que los trenes estaban saturados. Tenían un vagón de primera clase para el viaje de la Ciudad de México a

¹⁷ *Greasers*, en el original, término despectivo para los latinoamericanos, en este caso, los mexicanos.

Toluca, en el cual se podía reservar un asiento, pero mi padre era demasiado frugal con el dinero como para usar este servicio. Así que viajamos amontonados en un vagón de segunda clase, con gente de pie en los pasillos, sobre nuestros pies, y paquetes y canastas colgando por todos lados. Mi padre dijo: “Ten cuidado con los carteristas y ladrones. Los mexicanos roban”.

El tren ascendía cada vez más alto en las montañas, y finalmente descendió a uno de los más hermosos valles en el mundo, todo lleno de vegetación, verdes campos y lagos, en los que flotaban lirios acuáticos, con un volcán embozado en nieve a la distancia, *el Nevado de Toluca*. Estábamos en el valle habitado más alto de México. El aire era muy frío y dulce, y el cielo de un azul brillante.

Llegamos a Toluca a la hora del almuerzo. El *mozo* de mi padre nos esperaba en la estación. Era un muchacho indio llamado Maximiliano, con una ancha cara morena y cabello negro que le caía sobre los ojos. Usaba la camisa y pantalones blancos tan comunes en todo México, y *huaraches* en sus pies. Puso todo nuestro equipaje en su espalda y lo aseguró con una especie de tira de piel alrededor de su cuello, y trotó delante de nosotros hacia la casa.

La casa de mi padre estaba frente a un pequeño parque cerca de la estación. Era una casa baja, azul y blanca, de un solo piso, toda extendida y rodeada por un muro azul y blanco. Conforme te acercabas a la casa, solo podías ver altas paredes de adobe, bordeadas en la parte superior con opacas tejas rojas. En un extremo del muro, había un portón doble para los caballos. En el otro extremo, una puerta pequeña conducía al patio y a la casa.

El patio habría sido lindo, si mi padre se hubiera molestado en atender el pasto y las flores. No obstante, él cuidaba mucho mejor del corral en la parte trasera de la casa, donde estaban los caballos, los pollos y la vaca.

Recientemente se había quedado con la vaca por una deuda no pagada. Pero en esa ocasión algunos astutos mexicanos deben haberse aprovechado de él, porque la vaca estaba enferma. Tenía algo duro en las ubres; daba leche amarga, hasta que finalmente dejó de dar leche, mientras que sus ubres comenzaban a petrificarse. Pocas semanas después de mi llegada, la vaca murió.

Pero en el corral había dos hermosos caballos, y cerca de cien pollos estadounidenses grandes y saludables, nada parecidos a los flacos pollos mexicanos que otras personas tenían. Mi padre decía que, cuando él quisiera, podía cambiar un par de sus pollos por un becerro o una oveja, lo cual era cierto.

El ama de llaves de mi padre era una mujer mexicana alta, con un amable rostro bronceado, y dos niños preadolescentes, a quienes mi padre no permitía comer en nuestra casa. Pero, por las noches, ella solía llevarse comida a casa para ellos. Mi padre vivía con una dieta bastante escasa de carne de res y frijoles. Pero pronto la cocinera y yo nos confabulamos en su contra, y cuando él estaba en el rancho, ordenábamos todo tipo de cosas buenas para comer, las cuales quedaban en su cuenta en las tiendas donde él tenía negocios. Yo aceptaba toda la culpa. Mi padre se enfurecía y decía que yo era tal como mi madre, siempre desperdiciando el dinero. Así es que solía montar un drama cada vez que volvía a casa desde el campo, lo que hacía que la cocinera saliera volando de la cocina en llanto. Sin embargo, siempre comía cualquier cosa buena que se le sirviera.

Maximiliano, el *mozo*, cuidaba a los caballos y a los pollos, barría el patio y el corral, y ensillaba los caballos para mí o mi padre. Era un chico callado que hablaba poco español, por ser hablante nativo de una lengua indígena de las montañas. Dormía en un montón de sacos en el cobertizo donde se guardaban las herramientas, así que

pregunté a mi padre por qué no le daba una cama, dado que había varias camas viejas.

Él dijo: “Nunca le des nada a un indio. Él no lo aprecia”.

Pero él estaba equivocado. Yo le daba a Maximiliano los cigarros y centavos¹⁸ que me sobraban, y nos volvimos muy buenos amigos. Él me enseñó a montar a caballo sin silla ni espuelas, cómo distinguir entre un sarape mal tejido y uno de calidad, y varias otras cosas que es útil saber en ese alto valle debajo de los blancos volcanes.

Mi padre pagaba a Maximiliano y a la cocinera casi nada, pero a mí me daba diez pesos a la semana para mis gastos, que yo solía compartir con ambos sirvientes. No había mucho en qué gastar en Toluca. Al menos, sin conocer a nadie y sin poder hablar español, no encontraba en qué gastar dinero, excepto en películas una vez a la semana, los domingos.

La exhibición de la película semanal era una ocasión de gala para toda la pequeña ciudad. La gente de sociedad y sus bonitas hijas asistían y se sentaban en palcos circulares que iban de un lado al otro del escenario del antiguo auditorio. Los jóvenes atractivos y llenos de confianza, así como otros solteros de las mejores familias se sentaban en la orquesta, y entre cada rollo de mala película hollywoodesca, o de una película alemana de arte, prácticamente todos los varones se levantaban y recorrían con la mirada los parques circulares, hasta encontrar la chica que les gustaba. A continuación la miraban fijamente hasta que las luces volvían a apagarse. Las funciones iniciaban a las cuatro de la tarde y duraban demasiado tiempo, porque solo había un proyector, y tenían que exhibir cada película rollo tras

¹⁸ Considérese que el peso mexicano valía aproximadamente cincuenta centavos de dólar estadounidense en esa época. Cincuenta años después, en los años setenta del siglo pasado, con veinte centavos mexicanos se podía comprar el almuerzo escolar en primaria o secundaria.

rollo. Al ocaso, en Toluca hacía mucho frío, y el viejo teatro no tenía calefacción, pero te envolvías en tu abrigo y te quedabas ahí hasta que el último vaquero había matado al último piel roja y sofocaba a la heroína con un beso. Y luego te ibas a casa por calles mal iluminadas, donde los mansos indios policías, acurrucados en cobijas hasta las cejas, dormían recargados en las esquinas de adobe, con una linterna en el piso a sus pies.

Empecé a sentirme muy fastidiado de Toluca. Mi padre no me llevaba con él al rancho, porque decía que los caminos estaban infestados de bandidos, y yo todavía no podía montar lo suficientemente bien. En lugar de permitirme ir con él al campo o a la Ciudad de México, me puso a aprender contabilidad. Nunca fui bueno con los números, y siempre me enredaba desesperadamente con los problemas que él me daba. Mi estupidez le molestaba desmedidamente, y me sermoneaba sobre la necesidad de adquirir una buena cabeza para los negocios. “¡Diecisiete años y todavía no sabes sumar!” gritaba. Luego se inclinaba sobre el libro mayor y me mostraba de nuevo cómo hacer el balance de la página echada a perder, y decía: “¡Ahora, apúrate y hazlo! ¡Apúrate! ¡Apúrate!”.

“¡Apúrate!” era su expresión favorita, en español o en inglés. Siempre estaba diciéndole a los empleados bajo su mando en la compañía de luz eléctrica, a la cocinera en casa, o a Maximiliano, o a mí, que nos apuráramos, apurarnos y hacer lo que fuera que estuviéramos haciendo, a fin de que lo termináramos e hiciéramos otra cosa que él siempre tenía lista para que se hiciera.

¡Apúrate! Mi padre tenía tremenda energía. Siempre caminaba y cabalgaba rápidamente. Era bajo y fuerte, como un yóquey. Se levantaba a las cinco de la mañana y trabajaba en su contabilidad o su correo o sus libros de leyes, hasta que era hora de ir a la oficina. Entonces, hasta las diez u once de

la noche estaba ocupado en diversas tareas, haciendo pausa solo para comer. Los días en que hacía el largo recorrido al rancho, se levantaba a las tres y media o las cuatro, a fin de partir temprano y ver qué hacían sus trabajadores. En su opinión, todo mundo trabajaba demasiado lento, así que todo el tiempo era “¡apúrate!”.

Conforme pasaban las semanas, cada vez tenía menos que decirle a mi padre. Su estilo de vida era muy diferente del mío, su actitud hacia la vida y la gente era tan sorprendente, que yo me quedaba callado y no podía abrir la boca cuando él estaba en la casa. Ni siquiera cuando me gritaba: “¡Apúrate!”.

Ya era julio, y yo no había sabido de mi madre. Sabía que estaba enojada conmigo porque me fui a México. Sin embargo, entonces comprendí por qué ella había sido incapaz de vivir con mi padre, y no la culpé. Pero me preguntaba por qué se había casado con él, para empezar. ¿Y por qué me tuvieron? Ahora, a los diecisiete, empezaba a sentir lástima de mí mismo, en una tierra extraña en una pequeña ciudad montañosa, donde no había ni una persona que hablara inglés. Hacía mucho frío en las silenciosas noches, y no tenía dinero para irme de ahí, y estaba solitario. Empecé a desear nunca haber nacido, no bajo tales circunstancias.

Hacía largas cabalgatas en un caballo negro llamado Tito hacia pueblitos con chozas de adobe, anidadas en verdes campos de maíz y alfalfa, pequeños pueblos, cada uno con una iglesia grande con una hermosa torre construida cientos de años atrás, una torre blanca española con grandes campanas columpiándose en la torreta.

Empecé a aprender a leer español. Batallaba con la contaduría. Tomé una de las viejas pistolas del escritorio de mi padre y por la tarde disparé a un blanco que Maximiliano había puesto en el corral. Pero la mayor parte del

tiempo yo estaba deprimido e infeliz y aburrido. Un día, cuando no había nadie en la casa, excepto yo, puse la pistola contra mi cabeza y ahí la mantuve, cargada, durante mucho tiempo, y me pregunté si sería más feliz si jalara el gatillo. Pero entonces empecé a pensar, si lo hago, podría perderme de algo. Todavía no había ido al rancho ni a la cima del volcán ni a las corridas de toros en México ni graduado de la preparatoria ni casado. Así que bajé la pistola y volví a mi contabilidad.

Mi padre rara vez estaba en casa, pero cuando estaba, debe haber notado mi silencio y mi lúgubre cara, porque, si me veía como me sentía, en verdad me veía desconsolado. Un día de agosto me dijo que iba a ir a la Ciudad de México por una semana, y que me llevaría a ese viaje. Me dijo que podría ver las corridas de toros veraniegas y Xochimilco. Faltaban diez días para el viaje, pero yo empecé a soñar con él, y a planchar mi ropa y prepararme.

Parecía que mi padre no se podía resistir a decir “¡apúrate!” cada vez más y más durante esos diez días, y a darme problemas de contabilidad cada vez más difíciles que debían estar resueltos para cuando él llegara de la oficina. Además, me estaba enseñando mecanografía, y cada tarde me daba varios ejercicios para que los dominara. “Apúrate y teclea eso cien veces antes de que te vayas a dormir. Apúrate y termina esa página de números, para que yo pueda revisarla. Apúrate y aprende el verbo *estar*”.

Apúrate... apúrate... apúrate... apúrate, empezó a sonar en mis oídos como una obsesión.

Llegó la mañana en que íbamos a la Ciudad de México. El tren salía a las siete, pero, a menos de haber reservado asientos en el vagón de primera clase, tenías que hacer fila en la estación antes del amanecer para asegurarte de subirte al tren, porque los vagones se llenaban a reventar. Mi padre no quería gastar más pagando por asientos en

primera clase, así que me levantó a las cuatro y media. Todavía estaba oscuro.

“Apúrate y vístete”, dijo desde la oscuridad.

A esa hora, la mañana es gélida en el alto y montañoso valle de Toluca. Para lavarnos, Maximiliano nos trajo del pozo agua que parecía hielo. La cocinera preparó el desayuno. Nos sentamos a comer. En la mesa, mi padre tragó la comida rápidamente, me miró y me gritó, sin razón alguna: “¡Apúrate!”.

De repente, mi estómago comenzó a revolverse una y otra vez. Y ya no pude tragar bocado. Me envolvieron oleadas de calor. Mis ojos ardían. Mi cuerpo temblaba. Más que nada en el mundo quería golpear a mi padre, pero en lugar de eso me levanté de la mesa y volví a la cama. La cama giraba y giraba y la habitación se oscureció. La ira se me coaguló en cada vena, y mi lengua sabía a sangre seca.

Mi padre asomó su cabeza por la puerta de la habitación y me preguntó que cuál era el problema.

Yo dije: “Nada”.

Él dijo: “¿No quieres ir a la Ciudad de México?”

Yo dije: “No, no quiero ir”.

No sé qué más dijo, pero después de un rato lo escuché decirle a Maximiliano en español que se apurara con sus maletas. Después la puerta a la calle se cerró y él se fue al tren.

El ama de llaves entró y me preguntó qué quería.

Yo dije: “Nada”.

Maximiliano volvió de la estación y se sentó en silencio en el piso de azulejos justo dentro de mi puerta, con su cobija encima. A mediodía la cocinera me trajo un gran tazón de sopa tibia, pero no pude beberla. Mi estómago seguía revolviéndose dentro de mí una y otra vez. Y cuando pensaba en mi padre, me enfermaba más y más. Odiaba a mi padre.

Mandaron traer al doctor. Vino y me dio una receta. El ama de casa la tomó y se hizo cargo de surtirla, no se la confió al *mozo*. Pero cuando mi padre volvió, después de cuatro días en la ciudad, yo aún seguía sin comer. Tenía fiebre alta. Él mando traer al doctor de nuevo, y el doctor dijo que lo mejor era ir al hospital.

En esta ocasión mi padre reservó asientos en el vagón de primera clase y me llevó al Hospital Americano en la Ciudad de México. Ahí, después de muchos exámenes, decidieron que permaneciera internado por varias semanas, dado que pensaban que tenía una infección estomacal.

Las tres hermanas mexicanas de edad madura vinieron a verme y me trajeron de regalo jalea de guayaba. Preguntaron qué podía haber pasado para que me hubiera enfermado tanto. Debo haber tenido un gran trauma, dijeron, porque mis ojos tenían un color amarillo intenso. Pero nunca les dije, ni a los doctores, que estaba enfermo porque odiaba a mi padre.

Por dos o tres semanas me empujaban en una silla de ruedas por los encantadores jardines del Hospital Americano. Cuando me enteré de que le costaba a mi padre veinte dólares al día mantenerme internado, no hice ningún esfuerzo por mejorar. Me daba mucho gusto tenerlo gastando veinte dólares al día. En septiembre volví a Cleveland sin haber visto Xochimilco o una corrida de toros.

[...]

[Verano siguiente, 1920]

Llegó junio. Y la graduación. Como la mayoría de las graduaciones, te hacía sentir tanto triste como contento: triste por irte y feliz por seguir adelante. Algunos estudiantes

planeaban entrar a la universidad, pero no muchos, porque no había dinero para la universidad en la mayoría de las familias de la Central.¹⁹

Mi padre me había escrito que volviera a México, a fin de discutir con él mis planes futuros. Insinuó que podría enviarme a la universidad, si yo planeaba seguir mis estudios, que él pensaba era lo mejor.

Yo no quería volver a México, pero tenía la sensación de que nunca podría seguir estudiando si no lo hacía, dado que mi madre quería que me pusiera a trabajar y fuera, en sus palabras, “de alguna utilidad para ella”. ¡Me cuestionaba sobre cómo podía estar considerando ir a la universidad, mientras ella estaba ahí, trabajando como un perro!

Yo respondí que pensaba sería de mayor ayuda para ella una vez que terminara mis estudios universitarios, en lugar de trabajar recién salido de la preparatoria, porque no había mucho que hacer con el salario de un portero o ayudante de mesero. Y tales trabajos no ofrecían posibilidad de superación para un negro.

Por lo que respecta a mi viaje para reunirme con mi padre, mi madre reaccionó como lo había hecho el año pasado. Supongo que es la vieja historia de padres divorciados que no se soportan mutuamente, y se desquitan con los hijos. Tenía la sensación de que quería alejarme de casa por completo, de ambas casas, y acaso, si iba a México una vez más, podría ir a alguna universidad en algún lugar nuevo, y estar solo.

Así que volví a Toluca.

Mi madre me dejó ir solo a la estación, y me sentí muy mal cuando me subí al tren. Me sentí mal los siguientes tres o cuatro años, para ser sincero, y esos fueron los años en los que escribí la mayoría de mi poesía. (Porque mis

¹⁹ Se refiere a la Central High School de Cleveland, la preparatoria pública en la que estudió.

mejores poemas fueron todos escritos cuando me sentía peor. Cuando estaba contento, no escribía nada).

De mis poemas, el que tal vez haya sido más reproducido en antologías fue escrito en el tren durante este viaje a México, cuando yo me sentía muy mal. Se titula “El negro habla de ríos”, y fue escrito justo en las afueras de San Luis, mientras el tren se dirigía a Texas.

Surgió de esta manera. Todo el día en el tren había estado pensando en mi padre y su extraña aversión por su propia gente. No lo comprendía, porque yo era negro y me agradaban mucho los negros. Uno de los trabajos más felices que he tenido fue durante mi primer año en la preparatoria, cuando trabajaba en la máquina de refrescos en la fuente de sodas²⁰ de la señora Kitzmiller, ubicada en la Avenida Central, en el corazón del barrio para gente de color.

La gente recién llegada del sur solía venir por helados y refrescos y sandías. Y yo no me cansaba de oírlos hablar, escuchando el estruendo de sus risas, sus problemas, sus discusiones sobre la guerra y los hombres que se habían ido a Europa desde el Jim Crow del sur, sus quejas sobre las altas rentas y las largas horas de tiempo extra en el trabajo, que traían lo que parecían generosos cheques, hasta que se pagaban las facturas semanales. A mí me parecían las personas más alegres y valientes que pudiera haber —estos negros de los guetos sureños— enfrentando tremendas vicisitudes, trabajando y riendo y tratando de llegar a algún lado en el mundo.

Yo había cenado temprano esa tarde en el tren. Ahora, al atardecer, cruzamos el Misisipi, lentamente, sobre un largo puente. A través de la ventana del Pullman miré el gran río fangoso fluyendo al corazón del sur, y comencé a

²⁰ En el original la máquina que sirve bebidas gaseosas se llama *soda fountain*, mientras que el establecimiento es un *refreshment parlor*. Ajusté los nombres a la terminología del español mexicano.

pensar en lo que ese río, el viejo Misisipi, había significado para los negros en el pasado; cómo ser vendido río abajo era el peor destino para un esclavo en la época del cautiverio. Luego recordé cómo Abraham Lincoln viajó en una balsa por el Misisipi hasta Nueva Orleans, cómo vio lo peor de la esclavitud, y decidió que debía ser removida de la vida estadounidense. Entonces empecé a pensar en otros ríos de nuestro pasado: el Congo, el Níger y el Nilo en África, y entonces me vino el pensamiento: “He conocido ríos”, y lo escribí en el reverso de un sobre que tenía en mi bolsillo, y durante diez o quince minutos, conforme el tren aceleraba entre el polvo, escribí este poema, al que titulé “El negro habla de ríos”

Yo he conocido ríos:
He conocido ríos tan antiguos como el mundo
y más viejos que el fluir de la sangre humana
en las humanas venas.

Mi alma ha crecido tan profunda como los ríos.

Me bañé en el Éufrates cuando los amaneceres
eran jóvenes.
Construí mi choza cerca del Congo,
quien me arrullaba hasta dormirme.

Miré al Nilo y sobre él erigí pirámides.
Escuché el canto del Misisipi cuando Abe Lincoln bajó
a Nueva Orleans, y he visto su seno de barro volverse
de oro con la puesta del sol.

Yo he conocido ríos;
Antiguos, oscuros ríos.

Mi alma ha crecido tan profunda como los ríos.

No tengo dudas de que cambié algunas pocas palabras al día siguiente, o tal vez taché uno o dos versos. Pero rara vez hay muchos cambios en mis poemas, una vez escritos. Generalmente, los primeros dos o tres versos me vienen de algo que pienso, o que miro, y el resto del poema (si es que hay un poema) fluye de esos primeros versos, usualmente de inmediato. Si hay la oportunidad de escribir el poema en ese momento, lo escribo. Si no, trato de recordarlo hasta conseguir lápiz y papel, porque los poemas son como arcoíris: se te escapan rápidamente.

México otra vez

Ese verano en México escribí muchísimos poemas, porque era infeliz, a pesar del hecho de que fue un verano mucho más variado que los anteriores. Hasta mi padre parecía más amable y menos complicado. Ahora tenía una nueva ama de llaves, una alemana llamada Frau Schultz, con quien después se casó. Gracias a ella, la casa era mucho más disfrutable.

Frau Schultz estaba recién llegada de Alemania, donde ella decía que la gente moría de hambre. Era una viuda con varios hijos, había traído con ella a la menor, Lotte, de diez años. Ella llegó en un gran barco con otros alemanes que viajaban al nuevo mundo, a Cuba, a México y Sudamérica, para reiniciar sus vidas. Su marido había muerto en la guerra, y cuando tú le mencionabas la guerra ella decía: “*Mensch!*”²¹ y escupía.

Era una mujer amable y robusta, con ojos de un azul opaco y cabello castaño. Su hija pequeña era muy vivaz y notoriamente alemana. Lo que sé de alemán lo aprendí de Frau Schultz y Lotte, porque ellas no hablaban ni inglés ni español, así que tuve que aprender alemán para

²¹ Término yidis que se refiere a un hombre ejemplar.

comunicarme con ellas. Dado que mi padre había estudiado alemán por años, y era un gran admirador de los alemanes, la empleó como su ama de llaves. Y Frau Schultz estaba feliz de tener trabajo, porque había llegado a México con solo unos pocos pesos, y había tenido que depender de la bondad de coterráneos, a quienes había sido recomendada.

Dado que Frau Schultz no sabía ni una palabra de español para dar órdenes, no pudo conservar a nuestra cocinera mexicana, así que terminó cocinando ella misma. Y estuvo muy bien por un tiempo, hasta que mi padre consideró que las cuentas del carnicero eran demasiado altas. Así es que por semanas volvíamos a los frijoles mexicanos, excepto en los días que él estaba en el rancho. Entonces Frau Schultz y yo solíamos matar una de sus premiadas gallinas, y ella hacía caldo de pollo con *dumplings* y teníamos una gran comida. O si no, yo me hacía responsable de subir las facturas por las compras, e iba a la tienda con Maximiliano y un costal de yute, y regresamos con todo tipo de quesos y salchichas y muy buenas cosas importadas de Alemania que le gustaban a Frau Schultz, y varias latas de sardinas, salmón, fruta y maíz estadounidense.

En una ocasión volví con una lata de deliciosa carne blanca con una etiqueta en español que ninguno de los dos pudo leer. La carne era tan buena que volví a la tienda y compré tres o cuatro latas más, y Frau Schultz la preparaba en sándwiches, en las tardes de café. Un día se me ocurrió buscar el nombre de esa delicia en mi diccionario español-inglés. Resultó que era anguila. No me importó, porque no tenía prejuicios contra las anguilas. Pero cuando en el diccionario inglés-alemán Frau Schultz vio la temible palabra en su propio idioma, casi se muere, ¡afirmando que prácticamente había comido víbora! Pero para entonces ambos habíamos consumido varias libras de anguila.

Durante buena parte del verano, mi padre estuvo lejos, en el rancho. Pero cuando venía a casa en la ciudad, hablaba alemán todo el tiempo en la mesa. Y español todo el tiempo en los otros sitios. Así es que empecé a aprender muy buen español. Al menos lo suficientemente bueno para salir y conocer gente y leer las novelas de Blasco Ibáñez, cuyos *Cuentos valencianos* me gustaron mucho. Y el terrible realismo de *Cañas y barro* aún permanece en mi mente.

No hice mucho ese verano, excepto leer mucho y montar mi caballo, Tito, comer el pastel de manzana de Frau Schultz, sentirme solo y escribir poemas cuando me sentía demasiado solo. Empecé a desear que hubiera algunos amigos negros con los que pudiera convivir. Dado mi mal español, aún estaba tímido como para hacer amigos mexicanos. Y me preocupaban los días venideros. Mi padre aún no había hablado conmigo sobre la universidad, y ya estábamos a finales de julio.

Durante ese verano mi padre estaba doblemente ocupado, porque la compañía eléctrica estaba en proceso de liquidación. Su planta principal en las montañas había sido destruida por los revolucionarios, quienes odiaban a los gringos por los aires que se daban y los bajos salarios que pagaban. Los revolucionarios también se habían llevado todas las reses y ovejas del rancho de mi padre, dejándolo sin recursos. El camino al rancho estaba infestado de bandidos, y visto que habían robado a mi padre dos veces, deteniéndolo en el camino y quitándole todo, desde las botas hasta el caballo, y dejándolo en un bosque de coníferas, con nada más que su ropa interior, desde entonces, mi padre no iba solo al rancho, sino con otros rancheros, o inversionistas alemanes de las minas, quienes hacían frecuentes viajes a las minas de plata de esa región.

Según mi padre, lo más valioso de su rancho era la madera. Ahora las minas estaban inundadas, pero si nunca

volvieran a ser abiertas, él obtendría miles de dólares de sus tierras madereras, visto que las minas tendrían que ser reconstruidas, además de construir nuevas barracas y casas para los trabajadores.

Cuando mi padre consideró que yo podía cabalgar lo suficientemente rápido y disparar con la puntería necesaria para defenderme a mí mismo en caso de peligro, me permitió ir con él al rancho un fin de semana, junto con un grupo de rancheros mexicanos y de alemanes propietarios de minas. Partimos al amanecer. Fue todo un día de cabalgata por caminos rocosos y senderos en las montañas, en medio de paisajes majestuosos. El camino estaba seguro temporalmente, porque las tropas federales acababan de pasar por el camino y, muy apropiadamente, en un paso alto llamado *Las Cruces*, habían colgado a tres bandidos, y los habían dejado ahí colgando, como ejemplo para otros. Ahí seguían el día que pasamos, tres pobres bandidos indios, descalzos, colgados de pinos bajos cerca del camino, sus delgados y percutidos pantalones blancos ondulando en el frío viento de la montaña. A uno, el largo y negro cabello le azotaba el rostro. Sus cuerpos oscilaban lentamente en el alto viento de la cima del paso, como rígidas marionetas contra el cielo.

Esa tarde pasamos por un pueblo grande en ruinas, destruido, dijo mi padre, varios años antes por los zapatistas. Ahora crecía maleza entre los adoquines de la calle principal, y nadie vivía en las casas derruidas. La iglesia seguía sin techo, con su alto campanario de piedra tallada dominando la desolación de lo que una vez había sido una ciudad.

“Los zapatistas eran bandidos”, dijo mi padre. “Amaban destruir las propiedades”.

“En algún lado leí que Zapata era un pobre zapatero, quien quería recuperar la tierra para los peones”, respondí.

“¡Mentiras!” gritó mi padre. “¡Zapata, Villa, todos ellos eran mugrosos bandidos!”.

Llegamos al rancho en el ocaso. Nos retrasamos en el camino porque Tito, el caballo que yo montaba, se enamoró de una yegua que pertenecía a los alemanes. En un repentino arrebató de afecto, Tito dio un salto volador hacia la yegua. Esta se desbocó, rompió su brida, lanzó al piso al jinete alemán, y luego huyó rápidamente por el camino. No pude sino contener a Tito, quien se portaba como un bronco en rodeo, mientras que los demás caballos empezaron a dar vueltas mientras relinchaban y relinchaban.

Varios de los hombres salieron galopando en persecución de la yegua. El resto de nosotros fuimos a ayudar al alemán caído, quien había aterrizado en un rocoso borde, a unos dos metros abajo del camino. Estaba un poco alterado, pero cuando se recuperó no parecía demasiado afectado por la caída, excepto por algunos hematomas por las piedras y una rasgadura en sus pantalones.

Estábamos en una zona rural salvaje y solitaria donde las sombras vespertinas se alargaban, conforme el tiempo pasaba y las montañas escondían el sol. El grupo comenzó a dispersarse, algunos iban a las minas abandonadas, otros a un rancho más lejano. Quienes iban a regresar pronto a Toluca acordaron encontrarse al amanecer en dos días, a fin de viajar juntos.

El rancho de mi padre parecía abarcar toda la ladera de una montaña y más allá del borde. Pequeñas hogueras brillaban en su montaña, mientras subíamos cabalgando en la oscuridad hacia un grupo de chozas campesinas, medio escondidas en el follaje en el extremo más alejado de un campo amplio e inclinado. Hacía frío y los peones habían encendido fogatas frente a sus puertas, y estaban sentados alrededor de las fogatas, envueltos en mantas. Una vieja marchita nos preparó una deliciosa comida de tortillas y

frijoles colorados. Luego dormimos en el suelo dentro de una de las chozas de barro.

Al día siguiente fui con mi padre a una cercana mina inundada. El alemán que se había caído de la yegua el día anterior estaba ahí. Él y mi padre hablaban mucho y hacían cuentas, mientras que Tito y la yegua mordisqueaban y relinchaban y se miraban poniendo los ojos en blanco desde los árboles en que estaban atados, a metros de distancia.

De regreso al rancho, mi padre repentinamente me anunció que ya había decidido que yo estudiara ingeniería minera.

“En unos cinco o seis años”, dijo, “estas minas serán abiertas y habrá mucho trabajo para ti, aquí, cerca del rancho”.

“Pero yo no puedo ser ingeniero de minas, no soy bueno en matemáticas”, dije, mientras caminábamos los caballos.

“Puedes aprender todo lo que decidas aprender”, dijo mi padre. “Y ser ingeniero te dará dinero. ¿Qué quieres hacer, vivir como un negro toda tu vida? ¡Mira a tu madre, de mesera en un restaurante! ¿No quieres ser alguien?”.

“Seguro”, dije. “Pero no quiero ser un ingeniero de minas”.

“¿Qué quieres ser?”

“No sé. Pero creo que un escritor”.

“¿Un escritor?” dijo mi padre. “¿Un escritor? ¿Ganan algo?”.

“Creo que algunos de ellos ganan algo”.

“Nunca he sabido de uno de color que lo haya hecho”, dijo mi padre.

“Alejandro Dumas”, respondí.

“Sí, pero él estaba en París. En donde no importa el color. Eso es lo que yo quiero que hagas, Langston. Que aprendas algo de lo que puedas mantenerte en cualquier

parte del mundo, en Europa o Sudamérica, y que no te quedes en Estados Unidos, donde tienes que vivir como negro entre los negros”.

“Pero a mí me caen bien los negros”, dije. “Nosotros nos divertimos mucho”.

“¡Divertirse!” gritó mi padre. “¿Cómo pueden divertirse con la segregación racial frente a tu cara? Yo nunca pude”.

Estábamos cabalgando en un valle lleno de pinos, cercado por las montañas y un cielo muy azul. Extrañamente, en esta ocasión mi padre no parecía tener prisa. Dejó que su caballo anduviera de un lado a otro, mordiendo la hierba al lado del camino. Mientras cabalgábamos, mi padre esbozó un plan que había ideado para mí, un plan que nunca antes había yo soñado. Quería que yo fuera a la universidad en Suiza, posiblemente a Basilea, o a una de las regiones en las que se puede aprender tres idiomas a la vez —francés, alemán e italiano—, directamente de los hablantes nativos. Y luego quería que yo fuera a una escuela alemana de ingeniería. Y después volver a vivir en México.

Pensar en trigonometría, física y química en una lengua *extranjera* era más de lo que yo podía soportar. Ya en inglés eran bastante difíciles. Pero como condición para Suiza y Alemania, sugerí Columbia en Nueva York, principalmente porque yo quería ver Harlem.

Mi padre no quería escucharme. Pero mientras más lo pensaba yo, más me gustaba la idea. Tenía un deseo abrumador por ver Harlem. Más que París o el país de Shakespeare o Berlín o los Alpes, yo quería ver Harlem, la mejor ciudad de negros en el mundo. *Shuffle Along*²² acababa de surgir y yo quería oír cantar a Florence Mills. Así que le dije a mi padre que prefería ir a Columbia en lugar de Suiza.

²² Obra musical considerada una de las principales influencias para el Harlem Renaissance en el que Langston Hughes fue piedra angular.

Mi padre se calló. Yo me callé. Nuestros caballos bajaron la montaña hacia las sombras azules. Casi no hablamos por días. En casa me daba muchos problemas de contabilidad para resolver y me dijo que dejara de pasar tanto tiempo con los mexicanos, paseando en los portales por las tardes. Pero su consejo me entraba por un oído y me salía por el otro. Me gustaban los portales, pero no la contaduría.

Portaleando

En Toluca, el paseo vespertino por los portales era una institución establecida para los jóvenes ciudadanos y, en las noches de conciertos musicales, para la gente mayor también. La zona comercial de Toluca era principalmente tres lados de un cuadrado, con un pasillo techado que los recorría. Una enorme y muy antigua iglesia era el cuarto lado del cuadrado. El pasillo techado tenía altos portales abiertos a la calle adoquinada, de ahí el nombre, *Los Portales*.

Las principales tiendas estaban en los portales. También la oficina postal. Y el hotel más grande. Y una tienda de dulces y chocolates muy apetecibles, que exhibe enormes pasteles en capas, goteando glaseados almibarados y con frutas confitadas. Una vez a la semana, la banda del pueblo daba un concierto en los Portales. Pero todas las tardes, con concierto o sin concierto, los jóvenes del pueblo, entre las seis y las siete, hacían allí su paseo vespertino.

Yo había conocido a Tomás, hijo de un vendedor de mercería que tenía negocios con mi padre, y Tomás me llevó a pasear con los otros jóvenes del pueblo por los Portales, a la hora en que todas las jovencitas salían a pasear también. Pero no caminaban con los jóvenes. ¡Oh, no! Para

nada. Eso era inaudito en Toluca. Las niñas de las mejores familias mexicanas solo paseaban lentamente de un lado a otro con sus madres o hermanas casadas, o tías ancianas o el sirviente de la familia, pero nunca sin chaperón o solas.

Los muchachos portaleaban en grupos de tres o cuatro, usualmente, disminuyendo el paso cuando estaban cerca de una chica en particular a la que querían impresionar. Las jóvenes fingían que no se percataban de la presencia de ninguno de los muchachos, volteando la cabeza, con risitas y mirando las vitrinas de las tiendas. No se consideraba de buena educación que una niña bien demostrara estar consciente de los muchachos, aunque se consideraba correcto que los muchachos se dieran vuelta y miraran fijamente a las chicas conforme pasaban. Así es que los muchachos hacían una pausa y miraban y luego seguían caminando, dando vuelta al final de la caminata para volver sobre sus pasos hasta haber cubierto los tres lados de los Portales por quince o veinte veces cada tarde. De repente llegaba la hora de la cena y las aceras quedaban desiertas. Las tiendas empezaban a bajar sus cortinas metálicas y todo mundo se iba a su casa transitando de la fría oscuridad de las montañas a una *merienda* caliente, con humeante chocolate, tamales, queso de cabra y bollos. Y tal vez algo del pegajoso y muy dulce pastel que viste en la vitrina de los portales.

En Toluca, si un muchacho se enamoraba de una muchacha, no podía visitarla en su casa, a menos de que ya estuvieran comprometidos. Solo podía ir a hablar con ella a través de las rejas de su ventana, porque todas las casas en Toluca tenían rejas metálicas en las ventanas para mantener fuera a los amantes y a los bandidos. Dentro de la sala, en algún sitio en penumbra, se sentaba la chaperona, y los enamorados tenían que hablar en voz muy baja para que esa atenta dama no escuchara cada

palabra. El muchacho podía sostener la mano de la chica, y tal vez besar la punta de sus dedos, pero rara vez era lo suficientemente alto como para robarle un beso en los labios, puesto que la mayoría de las ventanas tenían un alféizar muy alto. Y, aunque la joven se sentara en el piso, no era fácil conseguir un beso de verdad a través de las rejas y con la chaperona en la penumbra.

En Toluca, las niñas bien,²³ como se acostumbra en los países muy católicos y latinos, eran salvaguardadas, antes y después de que se casaran. No salían solas a la calle. No estaban cerca de un hombre sin chaperón. Las jóvenes que trabajaban, sirvientas, mecanógrafas y meseras y otras que andaban libremente por las calles eran consideradas presas fáciles para cualquier hombre. Pero para las niñas bien estaban las altas barras de hierro de *la reja* entre ellas y el mundo, esas formidables ventanas enrejadas de los países latinos. Algunas veces grupos de muchachos enamorados se reunían, con guitarras, e iban de casa en casa dando serenatas a sus amadas. Y muchos muchachos escribían poemas a sus chicas y se los daban, en cartitas cuidadosamente dobladas, entre las barras de las rejas, para que las amadas los leyeran de noche en sus camas.

Pero cuando la madre, o una vieja tía, o una sirvienta de la familia decidía que era tiempo de cerrar las persianas de *la reja*, el pretendiente se iría por la calle al anochecer, porque las persianas solían cerrarse temprano. Tal vez se iría a casa, o tal vez se iría a jugar *carambola* en uno de los billares de la ciudad. O tal vez, si podía pagarlo, iría a la casa de Nacha. En Toluca había dos casas de amor; una para los caballeros y oficiales del ejército, y la otra para obreros y soldados rasos. La casa de Nacha era para los caballeros y oficiales.

²³ Jóvenes de clase alta, a quienes se exigía recatada e intachable conducta.

Formas para escapar

Septiembre se acercaba y yo no había logrado convencer a mi padre sobre a dónde ir a la universidad. Él decía que a Europa. Yo decía que a Nueva York. Decía que no iba a gastar ni un centavo para que yo estudiara en Estados Unidos. Le pregunté cuánto tiempo tenía que permanecer yo en México. Respondió que hasta que yo decidiera actuar sabiamente. Sin importarme lo que eso significara, me decidí a ver cómo largarme por mis propios medios.

Yo no tenía dinero, pero el padre de Tomás me había pedido si podía enseñarle inglés a su hijo, lo cual acepté, recibiendo una módica paga. Probablemente debido a que Tomás resultó ser un buen alumno (y porque nos hicimos amigos), otros supieron de su rápido progreso al hablar en inglés, y pronto me encontré con más solicitudes de clases de las que podía atender. Subí mi tarifa. Cuando abrieron las escuelas me ofrecieron dos plazas como maestro de inglés: una en el colegio de negocios del señor Luis Tovar; la otra, en el liceo privado para señoritas de la señorita Padilla. Pude tomar ambas plazas, debido a que las clases de la señorita Padilla eran matutinas, mientras que las del señor Tovar eran vespertinas.

Yo usaba el método Berlitz, toda la clase en inglés, y me encontré con que funcionaba muy bien. Mis alumnos realmente aprendieron, y además nos divertíamos mucho. Muy pronto, el alcalde de la ciudad envió por mí y me pidió clases privadas para su hijo e hija en casa.

La hija tenía unos dieciséis años y era muy hermosa, pero el hijo era tan malo como puede serlo un joven quinceañero, y había decidido no aprender ni una palabra de nada. Como resultado, ni la joven ni el muchacho fueron más allá de aprender las palabras *door* y *chair* ese invierno, y no creo que les importara. Eran más bien malcriados,

niños de piel blanca, que jugaban tenis con la familia de un doctor, de piel más oscura y con rasgos más indígenas; una de las pocas familias indígenas consideradas “aristocracia” en Toluca, donde aún prevalecía la sangre española en los mejores círculos y todavía no triunfaba la exaltación de lo indígena, porque Diego Rivera aún estaba en París.

Como maestro de inglés de las “mejores” familias, conocí a mucha gente interesante, y mis fondos para escapar crecieron considerablemente. Por primera vez en mi vida, tenía mi propio dinero para gastar en cantidades decentes, para enviarlo a mi madre y para ahorrar. Todo ese invierno no le pedí ni un centavo a mi padre. Y sabía que para el verano tendría suficiente para ir a Nueva York, así que empecé a planear mi viaje mucho antes de que el invierno terminara. Soñaba con Harlem.

Una postal desde Cuernavaca

Seis meses en cualquier lado es suficiente para complicarse la vida. Para entonces, si te quedas en un sitio, de seguro conoces muy bien a la gente como para que las cosas sigan siendo sencillas. Bien, ese invierno una de mis alumnas se enamoró de mí. Era una mujer de treinta y tantos años, a quien yo había estado dando clases dos tardes a la semana. Vivía recluida con una vieja tía, sin lugar a dudas con bajos ingresos. Nunca se había casado, porque desde su infancia había padecido del corazón. Era una mujer muy delicada, color marfil oscuro, con una gran mata de pesado cabello negro y ojos muy brillantes, aunque tristes. Siempre pensé que tal vez era una especie de Emily Dickinson, enclaustrada y extraña, ansiosa y solitaria, como seguramente lo fue Emily.

Pero no había forma de que yo supiera que ella se iba a enamorar de mí. Ella leía y hablaba un poco de inglés, pero quería poder leer grandes novelas, como las de Scott y Dickens. Sin embargo, no ponía suficiente atención a las clases. Cuando yo leía en voz alta, ella me miraba, hasta que yo la miraba. Entonces bajaba la vista. Después de varias semanas de clases, tímidamente, en una graciosa pequeña oración en su extraño inglés, finalmente me hizo darme cuenta de que estaba enamorada.

Empezó a decir cosas como: “Estimado señor, me resulta difícil esperar que vuelva hasta el viernes”.

“Pero tienes que aprender los verbos”, yo le decía. “Y eso va a tardar hasta el viernes”.

“Los verbos no es muy difícil. Es usted el que pienso, señor”.²⁴

Para mí, a mis dieciocho años, ella me parecía casi una anciana. Yo estaba confundido y no sabía qué decir. Después de unas pocas oraciones como esa en inglés, ella se sonrojaba mucho y se refugiaba en el español. Y todo lo que se me ocurrió decirle fue que no debía enamorarse de mí, porque yo me iba a ir a Nueva York tan pronto como pudiera pagar el viaje.

Los ojos de la damita se agrandaron y su rostro palideció cuando se lo dije. Por un momento pensé que seguramente se iba a desmayar. Y un día sí se desmayó, pero no, supongo, por amor. Sucedió mientras estudiábamos condicionales, oraciones como “Yo escribiría si pudiera”, cuando ella simplemente se desplomó en su silla.

Su anciana tía y los sirvientes me habían dicho que eso podría suceder casi en cualquier momento. Las tensiones y emocionarse la ponían mal. Así que después de eso no volví a estar seguro de qué hacer cuando la encontraba

²⁴ Traduzco imitando los errores de concordancia del original: “The verbs is not much difficult. It’s you I am think about, Mister”.

mirándome. Podía desmayarse si yo le tomaba la mano o podía desmayarse si yo no lo hacía.

Pero todo termina a su tiempo. Una tarde, cuando fui a su casa a la hora de la clase, me dio mucha pena (y vergüenza, porque me sentí aliviado) enterarme de que estaba muy enferma, con un fuerte resfriado. Permaneció en cama varios días. Le llevé flores y me senté con ella, rodeada de pequeñas botellas y cajas de pastillas. Cuando mejoró, su tía se la llevó lejos, a un clima más cerca del nivel del mar y caliente, para la convalecencia. Nunca volví a verla. Pero una vez me mandó una postal desde Cuernavaca, y la firmó simplemente “María”.

Corridas de toros

Durante ese invierno, ahora que yo ganaba mi propio dinero, casi cada fin de semana iba a la Ciudad de México a las corridas de toros. En esos días, Rodolfo Gaona era el matador mexicano más famoso, un robusto indio de gran arte y valor. El muy aclamado Sánchez Mejías, de España, estuvo en esa temporada; también Juan Silveti; y un torero más joven llamado Juan Luis de la Rosa, que no obtuvo mucho reconocimiento de la multitud. Una tarde, durante el ocaso, al final de la sexta corrida (toros del duque de Veragua), vi a de la Rosa tratando de matar su último toro en medio de una lluvia de cojines, bastones, bolsas de papel y cualquier cosa arrojable que una airada multitud pudiera lanzarle. Pero él lo resistió todo, y finalmente el enorme animal cayó postrado, sangrando en la arena. Sin embargo, el *matador* fue sonoramente abucheado mientras abandonaba el ruedo.

En el festival anual de corridas de toros para las caridades de la Covadonga, las bellas de la Ciudad de México,

en sus mantillas de encaje, paseaban en carruajes abiertos antes de la corrida, y la banda nacional tocaba, y el *presidente de la República* estaba ahí, y Sánchez Mejías hacía que se erizara el cabello y tuvieras escalofríos con el atrevimiento y la belleza de sus *verónicas*. Después de la corrida, muchos jóvenes varones del público corrían al ruedo para levantar sobre sus hombros a los toreros famosos o llevarse un par de *banderillas* doradas como un recuerdo, con la sangre tibia todavía en ellas. Yo también corrí al ruedo en cuanto terminó la corrida. Al saltar la barrera, rasgué mi único pantalón bueno desde la rodilla hasta el tobillo, pero obtuve mis *banderillas*.

Después de las corridas, usualmente cenaba con las tres encantadoras hermanas mexicanas de avanzada edad, las Patiño, amigas de mi padre, que vivían cerca del Zócalo, justo atrás de Catedral, y que siempre me invitaban a vísperas. Para complacerlas, iba a las vísperas, y empecé a amar los interiores grandes, oscuros, iluminados por velas, de las enormes iglesias mexicanas humeantes de incienso y llenas de vírgenes tristes y macabros crucifijos con verdaderas espinas en la cabeza de Cristo, y lo que parecía ser sangre verdadera brotando de su costado, espesa y roja como la sangre de los toros que yo había visto matar en la tarde. Por las noches a veces iba a ver a Margarita Xirgu o a Virginia Fábregas en alguna mala obra de teatro española, sobreactuada y empalagosa, como los pasteles de nuestra tienda de dulces en Toluca.

Mientras tanto, ambiciosamente, empecé a escribir prosa. Traté de escribir sobre las corridas de toros, pero nunca pude capturarlas en papel. Las corridas de toros son muy difíciles de poner en papel, es como tratar de describir el ballet.

Las corridas de toros deben ser vistas en toda la fuerza de sus vigorosos y gráciles movimientos, y el brillante

reflejo del sol en lustrosos trajes de cuero y seda, salpicados de oro y plata, y en las puntas de las banderillas, y en las delgadas hojas de las espadas. Las corridas de toros deben ser oídas, la barbárica y morisca música, el rugir de la multitud, el clamor del toro, el grito del caballo corneado, la trompeta que da la orden de muerte, el silencio cuando un hombre es corneado. Se debe oler el polvo, el tabaco y los animales y el cuero, sudor y sangre y el olor de la muerte. Y luego el grito de gloria cuando se logra una gran muerte y el revoloteo de miles de pañuelos, con rosas arrojadas a los pies del triunfante matador, mientras se le premia con la cola y las orejas del toro. O el abucheo cuando el torero ha sido cobarde o no cumplió lo que se esperaba de él.

Después la multitud salía hacia el ocaso, y los toreros cubiertos de arena y salpicados de sangre, deslizándose a sus hoteles en automóviles veloces y potentes; mujeres en la calle vendiendo billetes de lotería, mendigos, hombres repartiendo tarjetas de casas de placer, la policía abriendo camino a los enormes Duesenberg²⁵ de los ricos, y los desnudos toros colgando tras la arena, desollados, listos para el mercado.

Una corrida de toros es como una conmovedora obra de teatro, excepto que el enfrentamiento es real, no es ensayado, y nunca dos *corridos* son iguales. Por supuesto, el toro es muerto. Pero, a veces, el hombre muere primero. No es un juego ni un deporte. Es la vida jugando deliberadamente con la muerte. Excepto que la muerte está viva también, tomando parte activa.

²⁵ Autos de lujo de la época. La compañía operó de 1913 a 1937.

Tragedia en Toluca

No pude captar por escrito las corridas de toros, así que, queriendo escribir prosa, escribí un artículo sobre Toluca, otro sobre la Virgen de Guadalupe y una breve obra de teatro para niños titulada *La moneda de oro*. Los envié a *The Brownies' Book*, una revista para niños negros, que el Dr. DuBois y el personal de *The Crisis* acababan de iniciar en Nueva York. Mis textos fueron aceptados y Jessie Fauset, quien era una de las editoras ahí, empezó a enviarme cartas animándome a seguir enviando mis escritos. Así que le mandé el poema que escribí en el tren, "The Negro Speaks of Rivers". Y en junio de 1921 apareció en *The Crisis*, el primero de mis poemas publicados fuera de la Preparatoria Central.

Mi padre reaccionó a la obra publicada con dos preguntas: "¿Cuánto te tardaste en escribir eso?" Y luego: "¿Te pagaron algo?"

Ni *The Crisis* ni *The Brownies' Book* pagaban nada, pero yo estaba encantado por haber sido publicado. Durante pocos años siguientes, mis poemas aparecían con frecuencia (y solamente) en *The Crisis*. Y a esa revista, verdaderamente, debo mis inicios literarios, al menos en lo que a publicación respecta.

Finalmente mi padre cedió y dijo que sí, que me enviaría a Columbia. Así que escribí pidiendo ser inscrito y un espacio en el dormitorio. Fui admitido, y planeaba partir hacia Nueva York a finales del verano. Pero en esa primavera, la cuadra en que estaba nuestra casa frente al pequeño parque, fue escenario de varios extraños y deprimentes sucesos. Empecé a desear haberme ido antes.

Todo empezó cuando vi a un indio en la esquina de la casa, el cual perdió ambas piernas, cortadas por el pequeño tranvía rebotante (con un chasis Ford) que serpenteaba del

centro de la ciudad hasta la estación. Poco después, temprano una mañana, abrí los portones de la pared del corral para permitir que mi padre saliera rumbo al rancho. Su caballo salió disparado, pero de repente se detuvo sin razón alguna a mitad del camino y lo lanzó de cabeza al polvo. Mi padre se levantó, se sobó la cabeza, tomó al caballo y se fue al rancho. Pero Maximiliano afirmó que el caballo había visto el fantasma del pobre indio caminando por el parque hacia el amanecer, sin piernas.

Una o dos semanas después, una mañana de domingo, salía yo temprano de casa para tomar el tren de las siete de la mañana rumbo a la Ciudad de México, cuando noté una pequeña multitud de indios envueltos en sus sarapes, parados alrededor de la poco profunda fuente en el centro del parque. Cuando pasé, miré y ahí, a menos de un metro de profundidad de agua, rodeando la base de la fuente, yacía el cuerpo de una joven mujer. Estaba bien vestida, obvio que era de buena familia. La policía encontró una nota de suicidio. Ella era una de las niñas buenas cuyas *rejas* no la habían protegido de ese paso que en México trae ruina y desgracia. Pero *¡qué* poder debe haber sido necesario para ahogarse voluntariamente en una pequeña fuente donde el agua con trabajos te llegaba a las rodillas!

En la Ciudad de México, les platicué a las tres amables señoritas sobre los extraños sucesos en nuestra plaza en Toluca, y ellas se veían incómodas y preocupadas. Me dijeron que iban a rezar para que nada nos pasara a mi padre o a mí. Y me rogaron que fuera a misa con ellas. Tal vez los rezos funcionaron. Porque, aunque la tragedia vino rápidamente a nuestra casa de la manera más inesperada, ni mi padre ni yo estábamos en casa cuando esa extraña explosión de pasión y violencia tuvo lugar.

Nuestra ama de llaves alemana, Frau Schultz, tenía una vieja amistad de Berlín en la Ciudad de México, cuyo

esposo no estaba bien y cuyos ingresos estaban, por tanto, reducidos. Esta amiga tenía varios hijos, la mayor de los cuales era una hija de diecisiete o dieciocho años, y que necesitaba trabajar.

Durante ese invierno en Toluca, murió la esposa del maestro cervecero, así que él empezó a buscar una ama de llaves. El maestro cervecero tenía sesenta y cinco años, y solo quería a alguien que diera instrucciones a sus sirvientes mexicanos y se asegurara de que tenía algo que comer, al estilo alemán, de vez en cuando. Frau Schultz inmediatamente pensó en la hija de su amiga para ese trabajo. Aunque joven, siempre estaba seria y tranquila; trabajaba mucho por costumbre, además de ser excelente cocinera.

Mandó llamar a la chica. Se llamaba Gerta Kraus. Era una chica muy sencilla, torpe, tímida y callada, de lacio y cenizo cabello, y una cara alargada. De español solo sabía decir *buenos días*, y eso era todo lo que ella y yo hablamos el tiempo en que la conocí. El viejo alemán le dio trabajo como su ama de llaves. Y conforme el invierno avanzaba, Frau Schultz reportó que la joven se desempeñaba muy bien, que mantenía la casa del maestro cervecero immaculada, y enviaba su salario a los padres de ella en la Ciudad de México.

Tal vez dos veces a la semana, Gerta venía a nuestra casa y pasaba algunas horas en la tarde con Frau Schultz. Ocasionalmente, yo volvía a casa después de mis muchas clases de inglés y las encontraba platicando muy rápido en alemán, con una gran jarra de café y una charola de panecillos. Pero rara vez me les unía. Los padres de mis alumnos me daban chocolate o dulces o algo para comer o beber casi en cada clase, así que rara vez tenía hambre antes de la hora de la cena.

En la primavera, Frau Kraus vino desde la Ciudad de México a pasar una semana con Frau Schultz y ver a su hija,

a quien no había visto durante todo el invierno. Durante esa semana el horno de ladrillos al aire libre de nuestro corral estuvo siempre lleno de largas hogazas de pan y pasteles amarillos. Todos los amigos alemanes de Frau Schultz en Toluca vinieron desde la Ciudad de México a visitar a Frau Kraus; esto es, todos los alemanes en su círculo, porque los alemanes ricos, como el maestro cervecero, no se movían en tan pobre sociedad.

Mi padre se había ido al rancho, así que las mujeres podían tener dominio de la casa. Como Frau Schultz me parecía muy amable y amigable, me dio gusto ver que tenía una semana de vacaciones con sus amigos. Cada día, Gerta venía a nuestra casa para estar con su madre, había mucho entusiasmo, y el patio se llenaba de voces femeninas hablando alemán. La mayor parte del tiempo, yo me mantenía a un lado, porque no nos entendíamos, los alemanes y yo.

Y vino el viernes. Ya casi terminaba la semana y Frau Kraus volvería a la Ciudad de México el domingo. Pero el viernes sucedió lo terrible. Afortunadamente, no había huéspedes en casa esa tarde. Solo Frau Schultz y su hijita, Lotte, Frau Kraus y su hija, Gerta. Era una tarde fría y deprimente, así es que todas estaban sentadas a la mesa del comedor, al lado de la tibia cocina. El café estaba caliente, y los pasteles de manzana casi como los pasteles de casa, en Alemania, donde los hornos no estaban construidos por bloques de adobe en corrales polvosos. Se estaban divirtiendo, las dos mujeres hablando de los tiempos previos a la guerra en su suburbio en Berlín, y de sus hijos, y cómo Lotte, a sus diez años, estaba aprendiendo español y convirtiéndose al catolicismo en esa escuela católica, y lo bien que le iba a Gerta en su trabajo para el alto, enojón y viejo maestro cervecero.

En ese momento alguien tocó imperiosamente la puerta de entrada de la calle. La niña de diez años, Lotte

cruzó el corredor y el patio para atender a la puerta. Ahí estaba el maestro cervecero, alto con cabello blanco como el hierro y un gran bigote blanco. No le dijo ni una palabra a Lotte. Entró y con lentas zancadas recorrió el corredor que rodeaba el patio, mirando en cada habitación que pasaba. Fue al comedor, que estaba al final del corredor. Al escuchar voces, empujó la puerta para abrirla y entró.

Nadie tuvo tiempo de decir ni una palabra, de levantarse para saludarlo, de ofrecerle una silla. Porque el maestro cervecero sacó una pistola de su bolsillo y, sin advertencia alguna, comenzó a disparar a las mujeres. Primero le disparó a Gerta a quemarropa, enviando una bala a través de su cabeza, otra cruzó su quijada, otra su hombro, antes de que ella cayera inconsciente debajo de la mesa. Presas del pánico, las dos mujeres trataron de correr, pero el anciano bloqueó la puerta y disparó de nuevo hiriendo a Frau Schultz en el brazo derecho y rompiéndoselo. Después recorrió todo el patio buscándome, mirando, buscando afuera, en el corral y los establos.

Lotte, con los ojos desorbitados, logró salir a la calle y llamó a los vecinos. Frau Kraus yacía desmayada en la cocina. Frau Schultz estaba acucillada, aturdida, en un rincón contra la pared, temerosa de moverse. Se reunió una multitud de indios, pero no se atrevían a entrar a la casa.

Finalmente el viejo alemán caminó al lado de los hombres, por la acera, con la pistola aún en la mano, y nadie lo detuvo. Fue directamente a la estación de policía y se entregó. Le quedaban dos balas en la pistola, y le dijo a la policía que las había destinado para mí. Dijo que creía que Gerta había estado yendo a nuestra casa para estar conmigo. Dijo que estaba enamorado de Gerta y quería matarla y matarme.

Cuando llegué a casa una media hora después del tiroteo, la ambulancia acababa de llevarse a todas al hospital.

La policía no me permitió entrar hasta no terminar su inspección. Cuando finalmente entré en la casa, encontré en el comedor un charco de sangre, una silla astillada por una bala, y los mosaicos del corredor salpicados de rojo.

Dado que mi padre estaba en el rancho, fui a buscar a un alemán amigo suyo, un comprador de minas, quien se hizo cargo de que las mujeres recibieran la hospitalización adecuada. Después fuimos a la cárcel. El anciano maestro cervecero estaba sentado en su celda, sin decir palabra, excepto que estaba contento de haber matado a la joven. ¡Estaba contento, murmuraba, contento!

Pero por raro que parezca, ¡Gerta no murió! Estuvo inconsciente seis semanas y quedó hospitalizada por casi un año, pero no murió. Finalmente se repuso, con las cicatrices de las tres balas en su cara y en su cuerpo. El tribunal sentenció al anciano a veinte años en prisión.

Si esa tarde yo hubiera llegado a casa media hora antes, probablemente no estaría aquí ahora.

La partida

A finales del verano comencé a prepararme para partir rumbo a Columbia. En Toluca, las escuelas tenían vacaciones en distintas fechas, así que la mayoría de mis clases de inglés continuaron durante el verano. Tuve que dejarlas, pero les dije a la señorita Padilla y al profesor Tovar que tendrían que encontrar a otra persona.

Poco tiempo después, el profesor Tovar me dijo que se había enterado de que una nueva pareja estadounidense había llegado a Toluca, un ingeniero de caminos y su esposa, y que la mujer quería hacerse cargo de mis clases de inglés. Yo estaba contento, porque los dos maestros mexicanos de inglés que había conocido aquí tenían un

buen conocimiento de la gramática, pero terrible pronunciación.

Mientras hice el último viaje al rancho con mi padre, el profesor Tovar y la señorita Padilla llamaron a la mujer estadounidense e hicieron los arreglos finales con ella para que se hiciera cargo de las clases en la escuela para señoritas y en la escuela de negocios. Pusieron fecha para que ella fuera a la escuela de negocios en los portales y repasara las clases conmigo y visitáramos las clases de comercio.

El profesor Tovar no le dijo a la nueva profesora que yo era un estadounidense de color, café como un mexicano, y de diecinueve años de edad. Así que cuando ella entró al salón con él, seguía buscando al profesor estadounidense. Sin lugar a dudas pensó que yo era uno de los alumnos, con el gis en la mano, frente al pizarrón. Pero cuando me la presentaron, se quedó boquiabierta, y dijo: “Cómo, y-y-yo pensé que eras estadounidense”.

Yo dije: “Soy estadounidense”.

Ella dijo: “¡Oh, quise decir un estadounidense blanco!”. Su voz tenía acento sureño.

Sonreí.

Era una dama de aspecto pobre, del tipo fibroso, quien probablemente nunca había estado fuera de su ciudad natal hasta ahora. Le pregunté de qué parte de Estados Unidos provenía. Dijo que de Arkansas, lo que explicaba su inmediato interés por el color. Los siguientes dos días, mientras ella se sentaba a mi lado en el escritorio del profesor, y yo repasaba con ella los diferentes tipos de cursos que los estudiantes tenían —conversación para las chicas de la escuela de la señorita Padilla, e inglés de negocios para los alumnos de la academia—, ella seguía mirándome desde el rabllo de sus ojos, como si pensara que tal vez yo iba a morderla.

Al final del primer día, ella dijo: “*Io* nunca antes había conocido a un *nigre* con estudios”. (Con frecuencia

los sureños pronuncian esa palabra como una mezcla entre *nigger* y *negro*).

Yo dije: “Hay una enorme universidad estatal para gente de color en Arkansas, así es que ahí debe haber algunos con estudios”.

Ella dijo: *Io* estoy de acuerdo, pero *io* nunca antes había visto uno”. Y siguió mirándome como su primer ejemplo de un negro con estudios.

Me costó trabajo dejar a mis alumnos, con quienes me había divertido tanto, a cargo de una mujer procedente de uno de nuestros estados más atrasados, quien probablemente sentiría por los mexicanos café lo mismo que mi padre. Pero no había alternativa, si es que querían aprender inglés. Entonces, también, pensé que las jóvenes de la academia de la señorita Padilla podrían también conocer, al menos por una vez, a un verdadero *gringo*. Género femenino: *gringa*.²⁶

La isla de Manhattan

Estaba contento de salir de México. Mi padre me acompañó hasta la capital, y cuando el tren partió de la estación de Buena Vista rumbo a Veracruz un día en septiembre de 1921, dije: “¡Gracias a Dios!”.

Al día siguiente, por primera vez en mi vida vi el océano, el Golfo de México, con su olor a algas marinas y agua salada, sus muelles y grandes botes. Pero Veracruz en septiembre fue la ciudad más cálida que yo hubiera conocido y los mosquitos eran una legión. Te sofocabas en una cama sin aire debido a la doble capa de mosquiteros, en una

²⁶ Como puede observarse por el uso de cursivas, Hughes está usando el término en español. Puesto que en inglés los gentilicios no tienen género, pero sí en español, hace la aclaración pertinente.

habitación que zumbaba como una colmena. Y cuando subías al barco para Nueva York, estabas *muy* alegre.

En Mérida había cuarentena. En la Habana había cuarentena. La gente se enfermaba. No podíamos desembarcar.

Pero, ¡vaya!, ¡al fin! Nueva York era bella, erigiéndose en la bahía al ocaso, ¡la emoción de esas torres de Manhattan con su millón de ojos dorados, creciendo más y más sobre el agua verde, hasta que parecía que podían tocar el cielo! ¡Después el puente de Brooklyn, gigante al atardecer! Después los collares de luces, brillando por todos los sitios alrededor de nosotros, mientras atracábamos en el lado de Brooklyn. Todo esto me hizo sentir que había sido mejor haber venido a Nueva York que a ninguna otra ciudad en el mundo.

[...]

Anexos

Francisco Javier Beltrán Cabrera

Cronología

Fecha	Sucesos	Fuente
1º de febrero de 1902	Nace James Langston Hughes en Joplin, Missouri. Padres: James Nathaniel Hughes (estenógrafo) y Carrie Mercer Langston Hughes (administrativa del gobierno).	(Hughes, 2013).
1903	Vive con su abuela Mary Langston en Lawrence, Texas. Abuelo: Charles Langston (abolicionista, político, republicano, hombre de negocios).	(Hughes, 2013).
1905	Viaja con su familia a la Ciudad de México.	(Hass, 2012).
1907	Langston y su madre regresan a Lawrence, tras un fallido intento de reconciliación matrimonial con su padre, James Langston Hughes.	(Hughes, 2013).
1909	Langston asiste a la escuela de Topeka, Kansas. Vive con su madre y luego regresa a vivir con su abuela en Lawrence.	(Hughes, 2013).

Anexos

Fecha	Sucesos	Fuente
1915	Fallece su abuela. Se instala en Lincoln, Illinois. Vive con su madre y el segundo marido, Homer Clark.	(Hughes, 2013).
1916	Se va a vivir a Cleveland (Ohio). Asiste al Instituto Central. Langston es elegido como poeta de su clase.	(Hughes, 2013).
1918	Publica sus primeros poemas y cuentos en la revista mensual del Instituto Central.	(Hughes, 2013).
Junio, julio y agosto de 1919	Pasa el verano con su padre en Toluca, México. Viaja con su padre desde Cleveland, donde quedaron de verse.	(Hughes, 1944: 39).
Septiembre de 1919	Regresa a Cleveland.	(Hughes, 2013).
Junio de 1920	Se gradúa en el Instituto Central como poeta de su clase.	(Hughes, 2013).
Finales de junio de 1920	Regresa a Toluca, México, a vivir con su padre. Concibe el poema “El negro habla de los ríos” en San Louis, rumbo a Texas, en su viaje hacia México.	(Hughes, 1944: 55).

Fecha	Sucesos	Fuente
Agosto-febrero de 1921	Da clases de inglés a particulares, en la escuela Comercial del señor Tovar y en la superior de niñas de la señorita Padilla. El padre niega dinero a Langston ante su negativa para estudiar ingeniería en minas.	(Hughes, 1944: 55).
Enero de 1921	Solicita su ingreso al Instituto Científico y Literario en calidad de oyente. Es aceptado en las materias de Francés y de Química. Asiste a las corridas de toros en México, visita a las Padilla, amigas de su padre que vivían atrás de catedral y va al teatro.	(AHPALM, 1921).
	Publica “Mexican Games” en la revista <i>The Brownies’ Book</i> .	(Hughes, 1921b).
Abril de 1921	Publica “In a Mexican City” en la revista <i>The Brownies’ Book</i> .	(Hughes, 1921).
Junio de 1921	Publica <i>The Negro Speaks of Rivers</i> en la revista <i>The Crisis</i> . Primer poema publicado fuera del ámbito escolar. Entra en la Universidad de Columbia en Nueva York.	(Hughes, 1921d).

Anexos

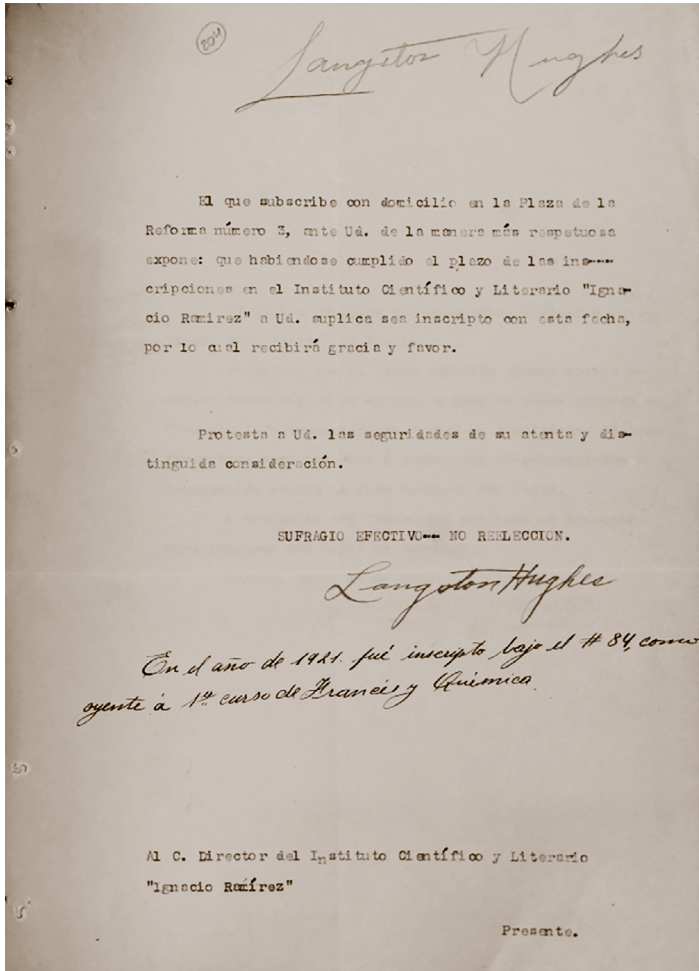
Fecha	Sucesos	Fuente
Julio de 1921	Publica “The Gold Piece: A Play That Might Be True” en <i>The Brownies’ Book</i> . “La moneda de oro, pequeña comedia”, tercero de los textos escritos en Toluca.	(Hughes, 1921c). (Hughes, 1944: 72).
Septiembre de 1921	Abandona Toluca después de quince meses de estancia. Se embarca en Veracruz hacia Nueva York.	(Hughes, 1944: 78).
Diciembre de 1921	Publica “Up to the Crater of an Old Volcano” en <i>The Brownies’ Book</i> . Publica “The Virgin of Guadalupe” en <i>The Crisis</i> . Aunque publicado en este mes, Hughes dice que el texto fue el segundo que escribió en Toluca.	(Hughes, 1921f). (Hughes, 1921e). (Hughes, 1944: 72).
Marzo de 1922	Publica “Mexican Market Woman” en <i>The Crisis</i> .	(Hass, 2012).
1925	Su poema <i>The Weary Blues</i> gana el primer premio en un concurso organizado por la revista <i>Opportunity</i> .	(Hughes, 2013).

Fecha	Sucesos	Fuente
1926	En enero se publica su primer libro, <i>The Weary Blues</i> . El semanario <i>Nation</i> publica su ensayo <i>The Negro Artist and the Racial Mountain</i> .	(Hughes, 2013).
1927	Se publica su segundo libro de poemas <i>Fine Clothes to the Jew</i> . Conoce a su mecenas, la señora Charlotte Osgood.	(Hughes, 2013).
1929	Hughes se gradúa en la Universidad de Lincoln.	(Hughes, 2013).
1930	Publica su primera novela, <i>Not Without Laughter</i> . Viaja a Cuba y conoce al poeta Nicolás Guillén.	(Hughes, 2013).
1931	Viaja a Haití. Publica textos en la revista comunista <i>New Masses</i> . Junto con el ilustrador Prentiss Taylor publican un panfleto en verso, <i>The Negro Mother</i> .	(Hughes, 2013).
1933-1934	Visita México en el invierno, luego de la muerte de su padre. Se queda en la Ciudad de México y frecuenta círculos vanguardistas.	(Hass, 2012).
1935	Escribe libro infantil <i>The Pasteboard Bandit</i> .	(Hass, 2012).

Anexos

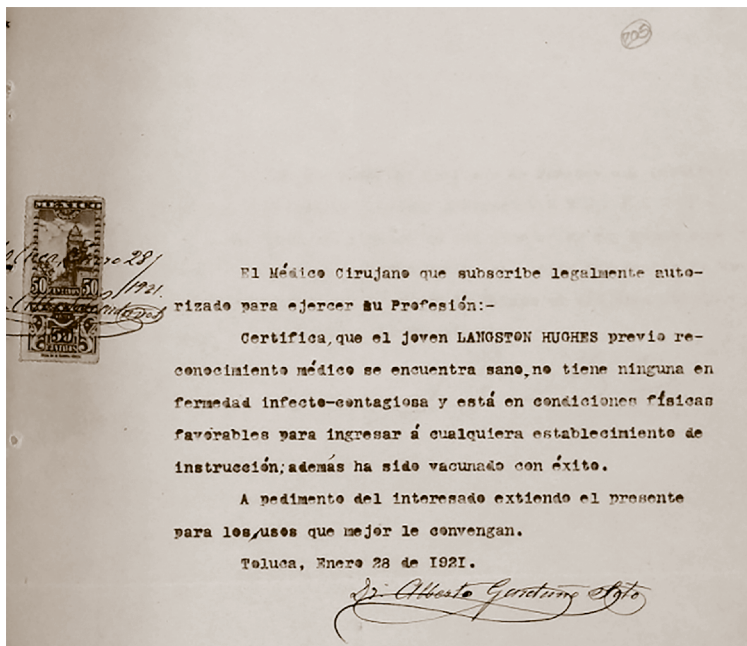
Fecha	Sucesos	Fuente
1940	Publica “Love in México” en la revista <i>Opportunity</i> .	(Hass, 2012).
1952	Publica “Tragedy at the Baths”.	(Hass, 2012).
1953	Realiza un viaje de un día a Ciudad Juárez.	(Hass, 2012).
1962	Visita México.	(Hass, 2012).
22 de mayo de 1967	Fallece en Nueva York a los 65 años.	(Hughes, 2013).

Huellas de Langston Hughes en el Instituto Científico y Literario "Ignacio Ramírez"²⁷

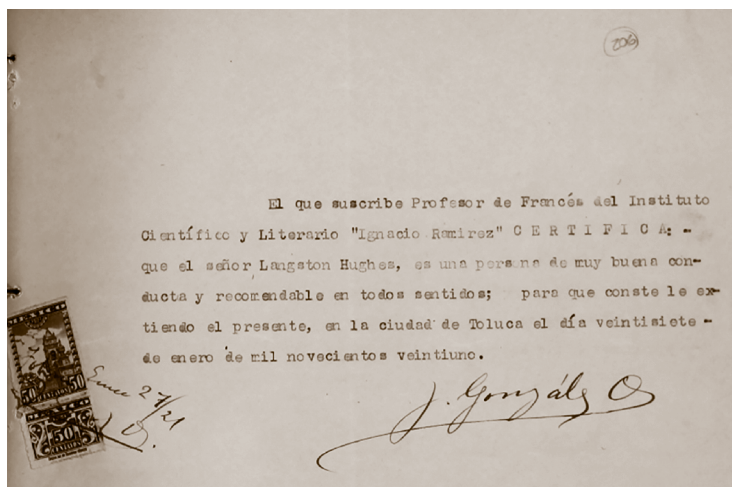


Solicitud de inscripción

²⁷ Los tres documentos que forman parte de este anexo se encuentran en el AHPALM (Archivo Histórico Presidente Adolfo López Mateos) (1921), Universidad Autónoma del Estado de México, Fondo Instituto Científico y Literario Autónomo, Exp. 6566, fs. dig. 204-206.



Certificado de salud



Certificado de buena conducta

Fuentes

- AHPALM (Archivo Histórico Presidente Adolfo López Mateos) (1921), Universidad Autónoma del Estado de México, Fondo Instituto Científico y Literario Autónomo, Exp. 6566, fs. dig. 204-206.
- Hass, Astrid (2012). “A Continent of Color: Langston Hughes and Spanish America”, *Expanding Latinidad*, ed. Luz Angélica Kirschner, Tempe, Arizona / Bergerstraße, Hassen: Bilingual Press / WVT Wissenschaftlicher, pp. 177-194.
- Hughes, Langston (1921a), “In a Mexican City”, *The Brownies’ Book*, vol. 2, núm. 4, Nueva York, abril, pp. 102-105, <https://www.loc.gov/resource/rbc0001.2004ser01351/?sp=520>
- Hughes, Langston (1921b), “Mexican Games”, *The Brownies’ Book*, vol. 2, núm. 1, Nueva York, enero, p. 18, <https://www.loc.gov/resource/rbc0001.2004ser01351/?sp=430>
- Hughes, Langston (1921c), “The Gold Piece: A Play That Might Be True”, *The Brownies’ Book*, vol. 2, núm. 7, Nueva York, julio, pp. 191-194, <https://www.loc.gov/resource/rbc0001.2004ser01351/?sp=618>
- Hughes, Langston (1921d), “The Negro Speaks of Rivers”, *The Crisis*, vol. 22, núm. 2, Nueva York, junio, p. 71, <https://modjournal.org/issue/bdr513685/>
- Hughes, Langston (1921e), “The Virgin of Guadalupe” *The Crisis*, vol. 23, núm. 2, Nueva York, diciembre, p. 77, <https://modjournal.org/issue/bdr514003/>
- Hughes, Langston (1921f), “Up to the Crater of an Old Volcano”, *The Brownies’ Book*, vol. 2, núm. 12, Nueva York, diciembre, pp. 334-338, <https://credo.library.umass.edu/view/pageturn/mums312-b215-i245/#page/7/mode/1up>
- Hughes, Langston (1922), “Poems”, *The Crisis*, vol. 23, núm. 5, Nueva York, marzo, p. 210, <https://modjournal.org/issue/bdr514154/>
- Hughes, Langston (1944), *El inmenso mar, una autobiografía de Langston Hughes*, Buenos Aires, Lautaro, Colección Mirajes.

Hughes, Langston (2013) *Divago mientras vago. Un viaje autobiográfico*, edición e introducción de Joseph McLaren, tr. Mariano Peyrou, Madrid, Machado Grupo de Distribución, Colección La balsa de la Medusa, 190.

EL INICIO DEL VIAJE

Langston Hughes

Francisco Javier Beltrán Cabrera
Cynthia Araceli Ramírez Peñaloza

Compiladores

Se terminó de editar el 27 de octubre de 2023.

En su composición se utilizó
la fuente Soberana Texto.

Departamento de Producción
y Difusión Editorial de la SIEA

Lourdes Gómez Zamora	Análisis e interpretación del sistema antiplagio
Piedad Liliana Rivera Cuevas	Corrección de estilo y ortotipográfica en español
Caridad Rodríguez Hernández	Corrección ortotipográfica en inglés
Hugo Iván González Ortega	Diseño de forros y formación
Patricia Vega Villavicencio	Coordinación editorial

Por disposición del Reglamento de Acceso Abierto de la Universidad Autónoma del Estado de México se publica la versión PDF de este libro en el Repositorio Institucional de la Universidad Autónoma del Estado de México.



Francisco Javier Beltrán Cabrera

Dedicado a las letras mexicanas, y miembro correspondiente de la Academia Mexicana de la Lengua, entre sus libros destaca *Poesía, tiempo y sacralidad: la poesía de Gilberto Owen*, aunque ha coordinado varios otros. Ha publicado en revistas indexadas diversos artículos especializados, en particular sobre Gilberto Owen.



Cynthia Araceli Ramírez Peñaloza

Es coautora de seis libros y numerosos artículos y capítulos de libro. Destaca su trabajo como transcriptor del *Diario de Burdeos* de Antonieta Rivas Mercado, cuya edición crítica y facsimilar (publicada por Uaemex / Siglo XXI, que ya va por la tercera edición) coordinó junto con Javier Beltrán.

Los textos que se dan a conocer —de manera bilingüe— de Langston Hughes brindan nuevas aportaciones al género de relato de viajes escrito por extranjeros en las primeras décadas del siglo XX, sin dejar de lado la importancia de su producción poética.

Dr. José de Jesús Arenas Ruiz

Hughes dejó testimonio importantísimo durante sus estancias en el Estado de México, particularmente de la ciudad de Toluca y sus alrededores, lo que ayudará a comprender la configuración de la ciudad y de su cultura en las primeras décadas del siglo XX, observadas a través de la mirada de un ciudadano norteamericano, que además es considerado uno de los poetas más importantes en Latinoamérica; una persona que defendió los derechos de las minorías durante toda su vida y que, por lo mismo, dejó una huella importante en nuestro continente.

Dr. Daniar Chávez Jiménez

El libro *El inicio del viaje* rescata varios relatos y poemas escritos por Langston Hughes durante su estancia en la ciudad de Toluca de 1919 a 1921, tiempo dividido en dos momentos diferentes que corresponden a dos de las seis veces que visitó nuestro país. Además, este acontecimiento se corresponde con los primeros escritos de su innumerable y valiosa obra literaria de valor universal. Los textos fueron escritos en inglés y publicados en 1920 y 1921 en Estados Unidos en las revistas *The Crisis* y *The Brownies' Book* de Nueva York. Se suman a esta publicación las páginas que escribió a propósito de la vida toluqueña y sucesos vividos en la capital del Estado de México.